Diseño de tapa: Marcelo Bigliano

Rawson 17 "A" - Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ISBN 950-764-120-5

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

NOTA DE LA EDITORIAL

Si bien debimos identificar los tomos de las
OBRAS COMPLETAS DEL CHE GUEVARA
en forma numérica, esto no quiere decir que los trabajos
transcriptos en los mismos se encuentren cronológicamente
ubicados en cada tomo.
El carácter histórico de sus escritos
cobran exacta dimensión en su conjunto.
Con su estudio se podrán analizar los pasos dados en el
camino de la liberación de América y de la
incidencia que estos acontecimientos
tienen en el presente.
Igualmente en sus respectivos encabezados
figura la fecha en que cada uno de ellos fue escrito.

CREAR DOS, TRES..., MUCHOS VIETNAM ES LA CONSIGNA

Mayo de 1967

> Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz.
>
> JOSÉ MARTÍ

Ya se han cumplido veintiún años desde el fin de la última conflagración mundial y diversas publicaciones, en infinidad de lenguas, celebran el acontecimiento simbolizado en la derrota del Japón. Hay un clima de aparente optimismo en muchos sectores de los dispares campos en que el mundo se divide.

Veintiún años sin guerra mundial, en estos tiempos de confrontaciones máximas, de choques violentos y cambios repentinos, parecen una cifra muy alta. Pero, sin analizar los re-

sultados prácticos de esa paz por la que todos nos manifestamos dispuestos a luchar (la miseria, la degradación, la explotación cada vez mayor de enormes sectores del mundo) cabe preguntarse si ella es real.

No es la intención de estas notas historiar los diversos conflictos de carácter local que se han sucedido desde la rendición del Japón, no es tampoco nuestra tarea hacer el recuento, numeroso y creciente, de luchas civiles ocurridas en estos años de pretendida paz. Bástenos poner como ejemplos contra el desmedido optimismo las guerras de Corea y Vietnam.

En la primera, tras años de lucha feroz, la parte norte del país quedó sumida en la más terrible devastación que figura en los anales de la guerra moderna; acribillada a bombas; sin fábricas, escuelas u hospitales; sin ningún tipo de habitación para albergar a diez millones de habitantes.

En esta guerra intervinieron, bajo la fementida bandera de las Naciones Unidas, decenas de países conducidos militarmente por los Estados Unidos, con la participación masiva de soldados de esa nacionalidad y el uso, como carne de cañón, de la población sudcoreana enrolada.

En el otro bando, el ejército y el pueblo de Corea y los voluntarios de la República Popular China contaron con el abastecimiento y asesoría del aparato militar soviético. Por parte de los norteamericanos se hicieron toda clase de pruebas de armas de destrucción, excluyendo las termonucleares pero incluyendo las bacteriológicas y químicas, en escala limitada. En Vietnam, se han sucedido acciones bélicas,

sostenidas por las fuerzas patrióticas de ese país casi ininterrumpidamente contra tres potencias imperialistas: Japón, cuyo poderío sufriera una caída vertical a partir de las bombas de Hiroshima y Nagasaki; Francia, que recupera de aquel país vencido sus colonias indochinas e ignoraba las promesas hechas en momentos difíciles; y los Estados Unidos, en esta última fase de la contienda.

Hubieron confrontaciones limitadas en todos los continentes, aun cuando en el americano, durante mucho tiempo, sólo se produjeron conatos de lucha de liberación y cuartelazos, hasta que la Revolución Cubana diera su clarinada de alerta sobre la importancia de esta región y atrajera las iras imperialistas, obligándola a la defensa de sus costas en Playa Girón, primero, y durante la Crisis de Octubre, después.

Este último incidente pudo haber provocado una guerra de incalculables proporciones, al producirse, en torno a Cuba, el choque de norteamericanos y soviéticos.

Pero, evidentemente, el foco de las contradicciones, en este momento, está radicado en los territorios de la península indochina y los países aledaños. Laos y Vietnam son sacudidos por guerras civiles, que dejan de ser tales al hacerse presente, con todo su poderío, el imperialismo norteamericano, y toda la zona se convierte en una peligrosa espoleta presta a detonar.

En Vietnam la confrontación ha adquirido características de una agudeza extrema. Tampoco es nuestra intención historiar esta guerra. Simplemente, señalaremos algunos hitos de recuerdo.

En 1954, tras la derrota aniquilante de Dien Bien Fu, se firmaron los acuerdos de Ginebra, que dividía al país en dos zonas y estipulaba la realización de elecciones en un plazo de 18 meses para determinar quiénes debían gobernar a Vietnam y cómo se reunificaría el país. Los norteamericanos no firmaron dicho documento, comenzando las maniobras para sustituir al emperador Bao Dai, títere francés, por un hombre adecuado a sus intenciones. Este resultó ser Ngo Din Diem, cuyo trágico fin —el de la naranja exprimida por el imperialismo— es conocido de todos.

En los meses posteriores a la firma del acuerdo, reinó el optimismo en el campo de las fuerzas populares. Se desmantelaron reductos de lucha antifrancesa en el sur del país y se esperó el cumplimiento de lo pactado. Pero pronto comprendieron los patriotas que no habría elecciones a menos que los Estados Unidos se sintieran capaces de imponer su voluntad en las urnas, cosa que no podía ocurrir, aun utilizando todos los métodos de fraude de ellos conocidos.

Nuevamente se iniciaron las luchas en el sur del país y fueron adquiriendo mayor intensidad hasta llegar al momento actual, en que el ejército norteamericano se compone de casi medio millón de invasores, mientras las fuerzas títeres disminuyen su número, y sobre todo, han perdido totalmente la combatividad.

Hace cerca de dos años que los norteamericanos comenzaron el bombardeo sistemático de la República Democrática de Vietnam en un intento más de frenar la combatividad del sur y obligar a una conferencia desde posiciones de

fuerza. Al principio, los bombardeos fueron más o menos aislados y se revestían de la máscara de represalias por supuestas provocaciones del norte. Después aumentaron en intensidad y método, hasta convertirse en una gigantesca batida llevada a cabo por las unidades aéreas de los Estados Unidos, día a día, con el propósito de destruir todo vestigio de civilización en la zona norte del país. Es un episodio de la tristemente célebre escalada.

Las aspiraciones materiales del mundo yanqui se han cumplido en buena parte a pesar de la denodada defensa de las unidades antiaéreas vietnamitas, de los más de 1,700 aviones derribados y de la ayuda del campo socialista en material de guerra.

Hay una penosa realidad: Vietnam, esa nación que representa las aspiraciones, las esperanzas de victoria de todo un mundo preferido, está trágicamente solo. Ese pueblo debe soportar los embates de la técnica norteamericana, casi a mansalva en el sur, con algunas posibilidades de defensa en el norte, pero siempre solo.

La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria.

Cuando analizamos la soledad vietnamita nos asalta la angustia de este momento ilógico de la humanidad.

El imperialismo norteamericano es culpable de agresión; sus crímenes son inmensos y repartidos por todo el orbe. ¡Ya lo sabemos, seño-

res! Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Vietnam parte inviolable del territorio socialista, corriendo, sí, los riesgos de una guerra de alcance mundial, pero también obligando a una decisión a los imperialistas norteamericanos. Y son culpables los que mantienen una guerra de denuestos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista.

Preguntemos, para lograr una respuesta honrada: ¿Está o no aislado el Vietnam, haciendo equilibrios peligrosos entre las dos potencias en pugna?

Y ¡qué grandeza la de ese pueblo! ¡Qué estoicismo y valor, el de ese pueblo! Y que lección para el mundo entraña esa lucha.

Hasta dentro de mucho tiempo no sabremos si el presidente Johnson pensaba en serio iniciar algunas de las reformas necesarias a un pueblo, para limar aristas de las contradicciones de clase que asoman con fuerza explosiva y cada vez más frecuentemente. Lo cierto es que las mejoras anunciadas bajo el pomposo título de lucha por la gran sociedad han caído en el sumidero de Vietnam.

El más grande de los poderes imperialistas siente en sus entrañas el desangramiento provocado por un país pobre y atrasado y su fabulosa economía se resiente del esfuerzo de guerra. Matar deja de ser el más cómodo negocio de los monopolios. Armas de contención, y no en número suficiente, es todo lo que tienen estos soldados maravillosos, además del amor a su patria, a su sociedad y un valor a toda prueba. Pero el imperialismo se empantana en Vietnam,

no halla camino de salida y busca desesperadamente alguno que le permita sortear con dignidad este peligroso trance en que se ve. Mas los "cuatro puntos" del norte y "los cinco" del sur lo atenazan, haciendo aún más decidida la confrontación.

Todo parece indicar que la paz, esa paz precaria a la que se ha dado tal nombre, sólo porque no se ha producido ninguna conflagración de carácter mundial, está otra vez en peligro de romperse ante cualquier paso irreversible, e inaceptable, dado por los norteamericanos.

Y a nosotros, explotados del mundo, ¿cuál es el papel que nos corresponde? Los pueblos de tres continentes observan y aprenden su lección en Vietnam. Ya que, con la amenaza de guerra, los imperialistas ejercen su chantaje sobre la humanidad, no temer la guerra, es la respuesta justa. Atacar dura e ininterrumpidamente en cada punto de confrontación, debe ser la táctica general de los pueblos.

Pero, en los lugares en que esta mísera paz que sufrimos no ha sido rota, ¿cuál será nuestra tarea? Liberarnos a cualquier precio.

El panorama del mundo muestra una gran complejidad. La tarea de la liberación espera aún a países de la vieja Europa, suficientemente desarrollados para sentir todas las contradicciones del capitalismo, pero tan débiles que no pueden ya seguir el rumbo del imperialismo o iniciar esa ruta. Allí las contradicciones alcanzarán en los próximos años carácter explosivo, pero sus problemas y, por ende, la solución de los mismos son diferentes a la de nuestros pueblos dependientes y atrasados económicamente.

El campo fundamental de la explotación del imperialismo abarca los tres continentes atrasados, América, Asia y Africa. Cada país tiene características propias, pero los continentes, en su conjunto, también las presentan.

América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de su territorio los capitales monopolistas norteamericanos mantienen una primacía absoluta. Los gobiernos títeres o, en el mejor de los casos, débiles y medrosos, no pueden oponerse a las órdenes del amo yanqui. Los norteamericanos han llegado casi al máximo de su dominación política y económica, poco más podrían avanzar ya; cualquier cambio de la situación podría convertirse en un retroceso en su primacía. Su política es mantener lo conquistado. La línea de acción se reduce en el momento actual, al uso brutal de la fuerza para impedir movimientos de liberación de cualquier tipo que sean.

Bajo el slogan, "no permitiremos otra Cuba", se encubre la posibilidad de agresiones a mansalva, como la perpetrada contra Santo Domingo o, anteriormente, la masacre de Panamá, y la clara advertencia de que las tropas yanquis están dispuestas a intervenir en cualquier lugar de América donde el orden establecido sea alterado, poniendo en peligro sus intereses. Esa política cuenta con una impunidad casi absoluta; la OEA es una máscara cómoda, por desprestigiada que esté; la ONU es de una ineficiencia rayana en el ridículo o en lo trágico; los ejércitos de todos los países de América están listos a intervenir para aplastar a sus pueblos. Se ha formado, de hecho, la internacional del crimen y la traición.

Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución.

Asia es un continente de características diferentes. Las luchas de liberación contra una serie de poderes coloniales europeos, dieron por resultado el establecimiento de gobiernos más o menos progresistas, cuya evolución posterior ha sido, en algunos casos, de profundización de los objetivos primarios de la liberación nacional y en otros de reversión hacia posiciones proimperialistas.

Desde el punto de vista económico, Estados Unidos tenía poco que perder y mucho que ganar en Asia. Los cambios le favorecen; se lucha por desplazar a otros poderes neocoloniales, penetrar nuevas esferas de acción en el campo económico, a veces directamente, otras utilizando al Japón.

Pero existen condiciones prácticas especiales, sobre todo en la península indochina, que le dan características de capital importancia al Asia y juegan un papel importante en la estrategia militar global del imperialismo norteamericano. Este ejerce un cerco a China a través de Corea del Sur, Japón, Taiwan, Vietnam del Sur y Tailandia, por lo menos.

Esa doble situación; un interés estratégico tan importante como el cerco militar a la República Popular China y la ambición de sus capitales por penetrar esos grandes mercados que todavía no dominan, hacen que el Asia sea uno de los lugares más explosivos del mundo ac-

tual, a pesar de la aparente estabilidad fuera del área vietnamita.

Perteneciendo geográficamente a este continente, pero con sus propias contradicciones, el Oriente Medio está en plena ebullición, sin que se pueda prever hasta dónde llegará esa guerra fría entre Israel, respaldado por los imperialistas, y los países progresistas de la zona. Es otro de los volcanes amenazadores del mundo.

En Africa, ofrece las características de ser un campo casi virgen para la invasión neocolonial. Se han producido cambios que, en alguna medida, obligaron a los poderes neocoloniales a ceder sus antiguas prerrogativas de carácter absoluto. Pero, cuando los procesos se llevan a cabo ininterrumpidamente, al colonialismo sucede, sin violencia, un neocolonialismo de iguales efectos en cuanto a la dominación económica se refiere.

Estados Unidos no tenía colonias en esta región y ahora lucha por penetrar en los antiguos cotos cerrados de sus socios. Se puede asegurar que Africa constituye, en los planes estratégicos del imperialismo norteamericano, su reservorio a largo plazo, sus inversiones actuales sólo tienen importancia en la Unión Sudafricana y comienza su penetración en el Congo, Nigeria y otros países, donde se inicia una violenta competencia (con carácter pacífico hasta ahora) con otros poderes imperialistas.

No tiene todavía grandes intereses que defender salvo su pretendido derecho a intervenir en cada lugar del globo en que sus monopolios olfateen buenas ganancias o la existencia de grandes reservas de materias primas.

Todos estos antecedentes hacen lícito el planteamiento interrogante sobre las posibilidades de liberación de los pueblos a corto o mediano plazo.

Si analizamos el Africa veremos que se lucha con alguna intensidad en las colonias portuguesas de Guinea, Mozambique y Angola, con particular éxito en la primera y con éxito variable en las dos restantes. Que todavía se asiste a la lucha entre los sucesores de Lumumba y los viejos cómplices de Tshombe en el Congo, lucha que, en el momento actual, parece inclinarse a favor de los últimos, los que han "pacificado" en su propio provecho una gran parte del país, aunque la guerra se mantenga latente.

En Rhodesia el problema es diferente: el imperialismo británico utilizó todos los mecanismos a su alcance para entregar el poder a la minoría blanca que lo detenta actualmente. El conflicto, desde el punto de vista de Inglaterra, es absolutamente antioficial, sólo que esta potencia, con su habitual habilidad diplomática —también llamada hipocresía en buen romance— presenta una fachada de disgustos ante las medidas tomadas por el gobierno de Ian Smith, y es apoyada en su taimada actitud por algunos de los países del Commonwealth que la siguen, y atacada por una buena parte de los países del Africa Negra, sean o no dóciles vasallos económicos del imperialismo inglés.

En Rhodesia la situación puede tornarse sumamente explosiva si cristalizarán los esfuerzos de los patriotas negros para alzarse en armas y este movimiento fuera apoyado efectivamente por las naciones africanas vecinas. Pero

por ahora todos los problemas se ventilan en organismos tan inocuos como la ONU, el Commonwealth o la OUA.

Sin embargo, la evolución política y social del Africa no hace prever una situación revolucionaria continental. Las luchas de liberación contra los portugueses deben terminar victoriosamente, pero Portugal no significa nada en la nómina imperialista. Las confrontaciones de importancia revolucionaria son las que ponen en jaque a todo el aparato imperialista, aunque no por eso dejemos de luchar por la liberación de las tres colonias portuguesas y por la profundización de sus revoluciones.

Cuando las masas negras de Sud Africa o Rhodesia inicien su auténtica lucha revolucionaria, se habrá iniciado una nueva época en el Africa. O, cuando las masas empobrecidas de un país se lancen a rescatar su derecho a una vida digna, de las manos de las oligarquías gobernantes.

Hasta ahora se suceden los golpes cuartelarios en que un grupo de oficiales reemplaza a otro o a un gobernante que ya no sirva sus intereses de casta y a los de las potencias que los manejan solapadamente pero no hay convulsiones populares. En el Congo se dieron fugazmente estas características impulsadas por el recuerdo de Lumumba, pero han ido perdiendo fuerza en los últimos meses.

En Asia, como vimos, la situación es explosiva, y no son sólo Vietnam y Laos, donde se lucha, los puntos de fricción. También lo es Cambodia, donde en cualquier momento puede iniciarse la agresión directa norteamericana, Tailandia, Malasia y, por supuesto, Indonesia,

donde no podemos pensar que se haya dicho la última palabra pese al aniquilamiento del Partido Comunista de ese país, al ocupar el poder los reaccionarios. Y, por supuesto, el Oriente Medio.

En América Latina se lucha con las armas en la mano en Guatemala, Colombia, Venezuela y Bolivia y despuntan ya los primeros brotes en Brasil. Hay otros focos de resistencia que aparecen y se extinguen. Pero casi todos los países de este continente están maduros para una lucha de tipo tal, que para resultar triunfante, no puede conformarse con menos que la instauración de un gobierno de corte socialista.

En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional del Brasil, con cuyo pueblo los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud entre ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo "internacional americano", mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común, los unen. El grado y las formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores explotados de una buena parte de los países de nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella.

Podemos preguntarnos: esta rebelión, ¿cómo fructificará?; ¿de qué tipo será? Hemos sostenido desde hace tiempo que, dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación.

En el marco de esa lucha de alcance conti-

nental, las que actualmente se sostienen en forma activa son sólo episodios, pero ya han dado los mártires que figurarán en la historia americana como entregando su cuota de sangre necesaria en esta última etapa de la lucha por la libertad plena del hombre. Allí figurarán los nombres del Comandante Turcios Lima, del cura Camilo Torres, del Comandante Fabricio Ojeda, de los comandantes Lobatón y Luis de la Puente Uceda, figuras principalísimas en los movimientos revolucionarios de Guatemala, Colombia, Venezuela y Perú.

Pero la movilización activa del pueblo crea sus nuevos dirigentes; César Montes y Yon Sosa levantan la bandera en Guatemala, Fabio Vázquez y Marulanda lo hacen en Colombia, Douglas Bravo en el occidente del país y Américo Martín en El Bachiller, dirigen sus respectivos frentes en Venezuela.

Nuevos brotes de guerra surgirán en estos y otros países americanos, como ya ha ocurrido en Bolivia, e irán creciendo, con todas las vicisitudes que entraña este peligroso oficio de revolucionario moderno. Muchos morirán víctimas de sus errores, otros caerán en el duro combate que se avecina; nuevos luchadores y nuevos dirigentes surgirán al calor de la lucha revolucionaria. El pueblo irá formando sus combatientes y sus conductores en el marco selectivo de la guerra misma, y los agentes yanquis de represión aumentarán. Hoy hay asesores en todos los países donde la lucha armada se mantiene y el ejército peruano realizó, al parecer, una exitosa batida contra los revolucionarios de ese país, también asesorado y entrenado por los yanquis. Pero si los focos de guerra se llevan con

suficiente destreza política y militar, se harán prácticamente imbatibles y exigirán nuevos envíos de los yanquis. En el propio Perú, con tenacidad y firmeza, nuevas figuras aún no completamente conocidas, reorganizan la lucha guerrillera. Poco a poco, las armas obsoletas que bastan para la represión de las pequeñas bandas armadas, irán convirtiéndose en armas modernas y los grupos de asesores con combatientes norteamericanos, hasta que, en un momento dado, se vean obligados a enviar cantidades crecientes de tropas regulares para asegurar la relativa estabilidad de un poder cuyo ejército nacional títere se desintegra ante los combates de las guerrillas. Es el camino de Vietnam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como Juntas de Coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa.

América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la Tricontinental en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución Cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del segundo o tercer Vietnam o del segundo y tercer Vietnam del mundo.

En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del imperialismo. La participación que nos toca

a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos, de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y a donde exportan nuevos capitales —instrumentos de dominación—, armas y toda clase de artículos, sumiéndonos en una dependencia absoluta.

El elemento fundamental de esa finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá, a través de lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una revolución socialista.

Al enfocar la destrucción del imperialismo, hay que identificar su cabeza, la que no es otra que los Estados Unidos de Norteamérica.

Debemos realizar una tarea de tipo general que tenga como finalidad táctica sacar al enemigo de su ambiente obligándolo a luchar en lugares donde sus hábitos de vida choquen con la realidad imperante No se debe despreciar al adversario; el soldado norteamericano tiene capacidad técnica y está respaldado por medios de tal magnitud que lo hacen temible. Le falta esencialmente la motivación ideológica que tienen en grado sumo sus más enconados rivales de hoy: los soldados vietnamitas. Solamente podremos triunfar sobre ese ejército en la medida en que logremos minar su moral. Y ésta se mina infligiéndole derrotas y ocasionándole sufrimientos repetidos.

Pero este pequeño esquema de victorias encierra dentro de sí sacrificios inmensos de los pueblos, sacrificios que deben exigirse desde hoy,

a la luz del día, y que quizás sean menos dolorosos que los que debieron soportar si rehuyéramos constantemente el combate, para tratar de que otros sean los que nos saquen las castañas del fuego.

Claro que, el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrará a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha o sus efectos, en una contienda de carácter mundial y se sufra igual o más aún. No podemos predecir el futuro, pero jamás debemos ceder a la tentación claudicante de ser los abanderados de un pueblo que anhela su libertad, pero reniega de la lucha que ésta conlleva y la espera como un mendrugo de victoria.

Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse en forma pacífica. Para nosotros está clara la solución de esta interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes —donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares— en

la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo.

Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla.

Los comienzos no serán fáciles; serán sumamente difíciles. Toda la capacidad de represión, toda la capacidad de brutalidad y demagogia de las oligarquías se pondrá al servicio de su causa. Nuestra misión, en la primera hora, es sobrevivir, después actuará el ejemplo perenne de la guerrilla realizando la propaganda armada en la acepción vietnamita de la frase, vale decir, la propaganda de los tiros, de los combates que se ganan o se pierden, pero se dan, contra los enemigos. La gran enseñanza de la invencibilidad de la guerrilla prendiendo en las masas de los desposeídos. La galvanización del espíritu nacional, la preparación para tareas más duras, para resistir represiones más violentas. El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.

Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles? y aun dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre; hacerle sentir una fiera acosada por cada lugar que transite. Entonces su moral irá decayendo. Se hará más bestial todavía, pero se notarán los signos del decaimiento que asoma.

Y que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario con ejércitos proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se luche sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil, para citar sólo los escenarios actuales de la lucha armada, sea igualmente gloriosa y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aun, un europeo.

Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere, es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado.

Es la hora de atemperar nuestras discrepancias y ponerlo todo al servicio de la lucha.

Que agitan grandes controversias al mundo que lucha por la libertad, lo sabemos todos y no lo podemos esconder. Que han adquirido un carácter y una agudeza tales que luce sumamente difícil, si no imposible, el diálogo y la conciliación, también lo sabemos. Buscar métodos para iniciar un diálogo que los contendientes rehuyen es una tarea inútil. Pero el enemigo está allí, golpea todos los días y amenaza con nuevos golpes y esos golpes nos unirán, hoy, mañana o pasado. Quienes antes lo capten y se preparen a esa unión necesaria tendrán el reconocimiento de los pueblos.

Dadas las virulencias e intransigencias con que se defiende cada causa nosotros, los desposeídos, no podemos tomar partido por una u otra

forma de manifestar las discrepancias, aun cuando coincidamos a veces con algunos planteamientos de una u otra parte, o en mayor medida con los de una parte que con los de la otra. En el momento de la lucha, la forma en que se hacen visibles las actuales diferencias constituyen una debilidad; pero en el estado en que se encuentran, querer arreglarlas mediante palabras es una ilusión. La historia las irá borrando o dándoles su verdadera explicación.

En nuestro mundo en lucha, todo lo que sea discrepancia en torno a la táctica, método de acción para la consecusión de objetivos limitados, debe analizarse con el respeto que merecen las apreciaciones ajenas. En cuanto al gran objetivo estratégico, la destrucción total del imperialismo por medio de la lucha, debemos ser intransigentes.

Sinteticemos así nuestras aspiraciones de victoria: destrucción del imperialismo mediante la eliminación de su baluarte más fuerte: el dominio imperialista de los Estados Unidos de Norteamérica. Tomar como función táctica la liberación gradual de los pueblos, uno a uno o por grupos, llevando al enemigo a una lucha difícil fuera de su terreno; liquidándole sus bases de sustentación, que son sus territorios dependientes.

Eso significa una guerra larga. Y, lo repetimos una vez más, una guerra cruel. Que nadie se engañe cuando la vaya a iniciar y que nadie vacile en iniciarla por temor a los resultados que pueda traer para su pueblo. Es casi la única esperanza de victoria.

No podemos eludir el llamado de la hora Nos lo enseña Vietnam con su permanente lección

de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria final.

Allí, los soldados del imperialismo encuentran la incomodidad de quien, acostumbrado al nivel de vida que ostenta la nación norteamericana, tiene que enfrentarse con la tierra hostil; la inseguridad de quien no puede moverse sin sentir que pisa territorio enemigo; la muerte a los que avanzan más allá de sus reductos fortificados; la hostilidad permanente de toda la población. Todo eso va provocando la repercusión interior en los Estados Unidos; va haciendo surgir un factor atenuado por el imperialismo en pleno vigor, la lucha de clases aun dentro de su propio territorio.

¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para éste de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!

Y si todos fuéramos capaces de unirnos, para que nuestros golpes fueran más sólidos y certeros, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aún más efectiva, ¡qué grande sería el futuro, y qué cercano!

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, va nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de

nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado, pero nos sentimos orgullosos de haber aprendido de la Revolución Cubana y de su gran dirigente máximo la gran lección que emana de su actitud en esta parte del mundo: "qué importar los peligros o sacrificios de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad".

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del genero humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

GUERRA DE GUERRILLAS: UN METODO

Septiembre de 1963

La guerra de guerrillas ha sido utilizada innúmeras veces en la historia en condiciones diferentes y persiguiendo distintos fines. Ultimamente ha sido usada en diversas guerras populares de liberación donde la vanguardia del pueblo eligió el camino de la lucha armada irregular contra enemigos de mayor potencial bélico. Asia, Africa y América han sido escenario de estas acciones cuando se trataba de lograr el poder en lucha contra la explotación feudal, neocolonial o colonial. En Europa se la empleó como complemento de los ejércitos regulares propios o aliados.

En América se ha recurrido a la guerra de guerrillas en diversas oportunidades. Como antecedente mediato más cercano puede anotarse

la experiencia de César Augusto Sandino, luchando contra las fuerzas expedicionarias yanquis en la Segovia nicaragüense. Y, recientemente, la guerra revolucionaria de Cuba. A partir de entonces, en América se han planteado los problemas de la guerra de guerrillas en las discusiones teóricas de los partidos progresistas del continente y la posibilidad y conveniencia de su utilización es materia de polémicas encontradas.

Estas notas tratarán de expresar nuestras ideas sobre la guerra de guerrillas y cuál seria su utilización correcta.

Ante todo hay que precisar que esta modalidad de lucha es un método; un método para lograr un fin. Ese fin, indispensable, ineludible para todo revolucionario, es la conquista del poder político. Por tanto, en los análisis de las situaciones específicas de los distintos países de América, debe emplearse el concepto de guerrilla reducido a la simple categoría de método de lucha para lograr aquel fin.

Casi inmediatamente surge la pregunta: ¿El método de la guerra de guerrillas es la fórmula única para la toma del poder en la América entera?, o ¿será, en todo caso, la forma predominante?; o, simplemente, ¿será una fórmula más entre todas las usadas para la lucha? y, en último extremo se preguntan, ¿será aplicable a otras realidades continentales el ejemplo de Cuba? Por el camino de la polémica, suele criticarse a aquellos que quieren hacer la guerra de guerrillas, aduciendo que se olvidan de la lucha de masas, casi como si fueran métodos contrapuntos. Nosotros rechazamos el concepto que encierra esa posición; la guerra de guerrillas es

una guerra del pueblo, es una lucha de masas. Pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población, es el preludio de un desastre inevitable. La guerrilla es la vanguardia combativa del pueblo, situada en un lugar determinado de algún territorio dado, armada, dispuesta a desarrollar una serie de acciones bélicas tendientes al único fin estratégico posible: la toma del poder. Está apoyada por las masas campesinas y obreras de la zona y de todo el territorio de que se trate. Sin esas premisas no se puede admitir la guerra de guerrillas.

"En nuestra situación americana, consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América; son ellas: Primero: las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. Segundo: no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. Tercero: en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo." (*La Guerra de Guerrillas.*)

Tales son las aportaciones para el desarrollo de la lucha revolucionaria en América, y pueden aplicarse a cualquiera de los países de nuestro continente en los cuales se vaya a desarrollar una guerra de guerrillas.

La Segunda Declaración de La Habana señala: "En nuestros países se juntan las circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que, con todo lo duras que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población

rural vive aún en las más horribles, condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones, el sector absolutamente mayoritario, en proporciones que a veces sobrepasan el setenta por ciento de las poblaciones latinoamericanas.

"Descontando los terratenientes, que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o labran la tierra en condiciones de explotación que nada tienen que envidiar a la Edad Media. Estas circunstancias son las que determinan que en América Latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial.

"Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de éstos, resultan absolutamente impotentes; pierden diez hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo invisible e invencible que no les ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en las ciudades.

"La lucha inicial de reducidos núcleos combatientes se nutre incesantemente de nuevas fuerzas, el movimiento de masas comienza a desatarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en mil pedazos, y es entonces el momento en que la clase obrera y las masas urbanas deciden la batalla.

"¿Qué es lo que desde el comienzo mismo de la lucha de esos primeros núcleos los hace invencibles, independientemente del número, el poder y los recursos de sus enemigos? El apoyo del pueblo, y con ese apoyo de las masas contarán en grado cada vez mayor.

"Pero el campesino es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios sin la cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria.

"En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas."

Completando el alcance de estas afirmaciones que constituyen el nudo de la declaracion revolucionaria de América, la Segunda Declaración de La Habana expresa en otros párrafos lo siguiente: "Las condiciones subjetivas de cada país, es decir, el factor conciencia, organización, dirección, puede acelerar o retrasar la revolución, según su mayor o menor grado de desarrollo; pero tarde o temprano en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce.

"Que ésta tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de los revolucionarios, depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad. La resolución es en la historia como el médico que asiste al nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero los usa sin vacilaciones cada vez que sea necesario para ayudar al parto. Parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas la esperanza de una vida mejor.

"En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie. Está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados."

Partiremos de estas bases para el análisis de toda la cuestión guerrillera en América.

Establecimos que es un método de lucha para obtener un fin. Lo que interesa, primero, es analizar el fin y ver si se puede lograr la conquista del poder de otra manera que por la lucha armada, aquí en América

La lucha pacífica puede llevarse a cabo mediante movimientos de masas y obligar—en situaciones especiales de crisis— a ceder a los gobiernos ocupando eventualmente el poder las fuerzas populares que establecerían la dictadura proletaria. Correcto teóricamente. Al anali-

zar lo anterior en el panorama de América, tenemos que llegar a las siguientes conclusiones: En este continente existen en general condiciones objetivas que impulsan a las masas a acciones violentas contra los gobiernos burgueses y terratenientes, existen crisis de poder en muchos otros países y algunas condiciones subjetivas también. Claro está que, en los países en que todas las condiciones estén dadas, sería hasta criminal no actuar para la toma del poder. En aquellos otros en que esto no ocurre es lícito que aparezcan distintas alternativas y que de la discusión teórica surja la decisión aplicable a cada país. Lo único que la historia no admite es que los analistas y ejecutores de la política del proletariado se equivoquen. Nadie puede solicitar el cargo de partido de vanguardia como un diploma oficial dado por la universidad. Ser partido de vanguardia es estar al frente de la clase obrera en la lucha por la toma del poder, saber guiarla a su captura, conducirla por los atajos, incluso. Esa es la misión de nuestros partidos revolucionarios y el análisis debe ser profundo y exhaustivo para que no haya equivocación.

Hoy por hoy, se ve en América un estado de equilibrio inestable entre la dictadura oligárquica y la presión popular. La denominamos con la palabra oligárquica pretendiendo definir la alianza reaccionaria entre las burguesías de cada país y sus clases de terratenientes, con mayor o menor preponderancia de las estructuras feudales Estas dictaduras transcurren dentro de ciertos marcos de legalidad que se adjudicaron ellas mismas para su mejor trabajo durante todo el período irrestricto de domi-

nación de clase, pero pasamos por una etapa en que las presiones populares son muy fuertes; están llamando a las puertas de la legalidad burguesa y ésta debe ser violada por sus propios autores para detener el impulso de las masas. Sólo que las violaciones descaradas, contrarias a toda legislación preestablecida —o la legislación establecida a posteriori para santificar el hecho—, ponen en mayor tensión a las fuerzas del pueblo. Por ello, la dictadura oligárquica trata de utilizar los viejos ordenamientos legales para cambiar la constitucionalidad y ahogar más al proletariado, sin que el choque sea frontal. No obstante, aquí es donde se produce la contradicción. El pueblo ya no soporta las antiguas y, menos aún, las nuevas medidas coercitivas establecidas por la dictadura, y trata de romperlas. No debemos de olvidar nunca el carácter clasista, autoritario y restrictivo del estado burgués. Lenin se refiere a él así: "El estado es producto y manifestación de carácter irreconciliable de las contradicciones de clase. El estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase no pueden, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables." (*El Estado y la Revolución.*)

Es decir, no debemos admitir que la palabra democracia, utilizada en forma apologética para representar la dictadura de las clases explotadoras pierda su profundidad de concepto y adquiera el de ciertas libertades más o menos óptimas dadas al ciudadano. Luchar solamente por conseguir la restauración de cierta legalidad burguesa sin plantearse, en cambio, el pro-

blema del poder revolucionario, es luchar por retornar a cierto orden dictatorial preestablecido por las clases sociales dominantes: es, en todo caso, luchar por el establecimiento de unos grilletes que tengan en su punta una bola menos pesada para el presidiario.

En estas condiciones de conflicto, la oligarquía rompe sus propios contratos, su propia apariencia de "democracia" y ataca al pueblo, aunque siempre trate de utilizar los métodos de la superestructura que ha formado para la opresión. Se vuelve a plantear en ese momento el dilema: ¿Qué hacer? Nosotros contestamos: La violencia no es patrimonio de los explotadores, la pueden usar los explotados y, más aún, la deben usar en su momento. Martí decía: "Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable".

Lenin, por otra parte, expresaba: "La socialdemocracia no ha mirado nunca ni mira la guerra desde un punto de vista sentimental. Condena en absoluto la guerra como recurso feroz para dilucidar las diferencias entre los hombres, pero sabe que las guerras son inevitables mientras la sociedad esté dividida en clases, mientras exista la explotación del hombre por el hombre. Y para acabar con esa explotación no podremos prescindir de la guerra, que empiezan siempre y en todos los sitios las propias clases explotadoras, dominantes y opresoras". Esto lo decía en el año 1905; después, en "El programa militar de la revolución proletaria", analizando profundamente el carácter de la lucha de clases, afirmaba: "Quien admita la lucha de clases no puede menos que admitir las

guerras civiles, que en toda sociedad de clases representan la continuación, el desarrollo y el recrudecimiento —naturales y en determinadas circunstancias inevitables— de la lucha de clases. Todas las grandes revoluciones lo confirman. Negar las guerras civiles u olvidarlas sería caer en un oportunismo extremo y renegar de la revolución socialista".

Es decir, no debemos temer a la violencia, la partera de las sociedades nuevas; sólo que esa violencia debe desatarse exactamente en el momento preciso en que los conductores del pueblo hayan encontrado las circunstancias más favorables.

¿Cuáles serán éstas? Dependen, en lo subjetivo, de dos factores que se complementan y que a su vez se van profundizando en el transcurso de la lucha: la conciencia de la necesidad del cambio y la certeza de la posibilidad de este cambio revolucionario; los que, unidos a las condiciones objetivas —que son grandemente favorable en casi toda América para el desarrollo de la lucha—, a la firmeza en la voluntad de lograrlo y a las nuevas correlaciones de fuerzas en el mundo, condicionan un modo de actuar.

Por lejanos que estén los países socialistas, siempre se hará sentir su influencia bienhechora sobre los pueblos en lucha, y su ejemplo educador les dará más fuerza. Fidel Castro decía el último 26 de julio: "Y el deber de los revolucionarios, sobre todo en este instante, es saber percibir, saber captar los cambios de correlación de fuerzas que han tenido lugar en el mundo, y comprender que ese cambio facilita la lucha de los pueblos. El deber de los revolucionarios, de los revolucionarios latinoamericanos,

no está en esperar que el cambio de correlación de fuerzas produzca el milagro de las revoluciones sociales en América Latina, sino aprovechar cabalmente todo lo que favorece al movimiento revolucionario ese cambio de correlación de fuerzas ¡y hacer las revoluciones!".

Hay quienes dicen "admitamos la guerra revolucionaria como el medio adecuado, en ciertos casos específicos, para llegar a la toma del poder político; ¿de dónde sacamos los grandes conductores, los Fidel Castro que nos lleven al triunfo?". Fidel Castro, como todo ser humano, es un producto de la historia. Los jefes militares y políticos, que dirijan las luchas insurreccionales en América, unidos, si fuera posible, en una sola persona, aprenderán el arte de la guerra en el ejercicio de la guerra misma. No hay oficio ni profesión que se pueda aprender solamente en los libros de texto. La lucha, en este caso, es la gran maestra.

Claro que no será sencilla la tarea ni exenta de graves amenazas en todo su transcurso.

Durante el desarrollo de la lucha armada aparecen dos momentos de extremo peligro para el futuro de la revolución. El primero de ellos surge en la etapa preparatoria y la forma en que se resuelva da la medida de la decisión de lucha y claridad de fines que tengan las fuerzas populares. Cuando el estado burgués avanza contra las posiciones del pueblo, evidentemente tiene que producirse un proceso de defensa contra el enemigo que, en ese momento de superioridad, ataca . Si ya se han desarrollado las condiciones objetivas y subjetivas mínimas, la defensa debe ser armada, pero de tal tipo que no se conviertan las fuerzas populares en meros

receptores de los golpes del enemigo; no dejar tampoco que el escenario de la defensa armada simplemente se transforme en un refugio extremo de los perseguidos. La guerrilla, movimiento defensivo del pueblo en un momento dado, lleva en sí, y constantemente debe desarrollarla, su capacidad de ataque sobre el enemigo. Esta capacidad es la que va determinando con el tiempo su carácter de catalizador de las fuerzas populares. Vale decir, la guerrilla no es autodefensa pasiva, es defensa con ataque y, desde el momento en que se plantea como tal, tiene como perspectiva final la conquista del poder político.

Este momento es importante. En los procesos sociales la diferencia entre violencia y no violencia no puede medirse por las cantidades de tiros intercambiados; responde a situaciones concretas y fluctuantes. Y hay que saber ver el instante en que las fuerzas populares, conscientes de su debilidad relativa, pero al mismo tiempo de su fuerza estratégica, deben obligar al enemigo a que dé los pasos necesarios para que la situación no retroceda. Hay que violentar el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular. La dictadura trata constantemente de ejercerse sin el uso aparatoso de la fuerza; el obligar a presentarse sin disfraz, es decir, en su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias, contribuirá a su desenmascaramiento lo que profundizará la lucha hasta extremos tales que ya no se pueda regresar. De cómo cumplan su función las fuerzas del pueblo abocadas a la tarea de obligar a definiciones a la dictadura —retroceder o desencadenar la lucha—, depende el comienzo firme de una acción armada de largo alcance.

Sortear el otro momento peligroso depende del poder del desarrollo ascendente que tengan las fuerzas populares. Marx recomendaba siempre que una vez comenzado el proceso revolucionario, el proletariado tenía que golpear y golpear sin descanso. Revolución que no se profundice constantemente es revolución que regresa. Los combatientes, cansados empiezan a perder la fe y puede fructificar entonces alguna de las maniobras a que la burguesía nos tiene tan acostumbrados. Estas pueden ser elecciones con la entrega del poder a otro señor de voz más meliflua y cara más angelical que el dictador de turno, o un golpe dado por los reaccionarios, encabezados, en general, por el ejército y apoyándose, directa o indirectamente, en las fuerzas progresistas. Caben otras, pero no es nuestra intención analizar estratagemas tácticas.

Llamamos la atención principalmente sobre la maniobra del golpe militar apuntada arriba. ¿Qué pueden dar los militares a la verdadera democracia? ¿Qué lealtad se les puede pedir si son meros instrumentos de dominación de las clases reaccionarias y de los monopolios imperialistas y como casta, que vale en razón de las armas que posee, aspiran solamente a mantener sus prerrogativas?

Cuando, en situaciones difíciles para los opresores, conspiren los militares y derroquen a un dictador, de hecho vencido, hay que suponer que lo hacen porque aquél no es capaz de preservar sus prerrogativas de clase sin violencia extrema, cosa que, en general, no conviene en los momentos actuales a los intereses de las oligarquías.

Esta afirmación no significa, de ningún modo, que se deseche la utilización de los mili-

tares como luchadores individuales, separados del medio social en que han actuado y, de hecho, rebelados contra él. Y esta utilización debe hacerse en el marco de la dirección revolucionaria a la que pertenecerán como luchadores y no como representantes de una casta.

En tiempos ya lejanos, en el prefacio de la tercera edición de *La guerra civil en Francia*, Engels decía: "Los obreros, después de cada revolución, estaban armados; por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del estado. De ahí que, después de cada revolución ganada por los obreros, se llevara a cabo una nueva lucha que acababa con la derrota de éstos..." (cita de Lenin, *El Estado y la Revolución*.)

Este juego de luchas continuas en que se logra un cambio formal de cualquier tipo y se retrocede estratégicamente, se ha repetido durante decenas de años en el mundo capitalista. Peor aún, el engaño permanente al proletariado en este aspecto lleva más de un siglo de producirse periódicamente

Es peligro o también que, llevados por el deseo de mantener durante algún tiempo condiciones más favorables para la acción revolucionaria mediante el uso de ciertos aspectos de la legalidad burguesa, los dirigentes de los partidos progresistas confundan los términos, cosa que es muy común en el curso de la acción, y se olviden del objetivo estratégico definitivo: *la toma del poder*.

Estos dos momentos difíciles de la revolución, que hemos analizado someramente, se obvian cuando los partidos dirigentes marxis-

tas-leninistas son capaces de ver claro las implicaciones del momento y de movilizar las masas al máximo, llevándolas por el camino justo de la resolución de las contradicciones fundamentales.

En el desarrollo del tema hemos supuesto que eventualmente se aceptará la idea de la lucha armada y también la fórmula de la guerra de guerrillas como método de combate. ¿Por qué estimamos que, en las condiciones actuales de América, la guerra de guerrillas es la vía correcta? Hay argumentos fundamentales que, en nuestro concepto, determinan la necesidad de la acción guerrillera en América como eje central de la lucha.

Primero: aceptando como verdad que el enemigo luchará por mantenerse en el poder, hay que pensar en la destrucción del ejército opresor; para destruirlo hay que oponerle un ejército popular enfrente. Ese ejército no nace espontáneamente, tiene que armarse en el arsenal que brinda su enemigo, y esto condiciona una lucha dura y muy larga, en la que las fuerzas populares y sus dirigentes estarían expuestos siempre al ataque de fuerzas superiores sin adecuadas condiciones de defensa y maniobrabilidad.

En cambio, el núcleo guerrillero, asentado en terrenos favorables a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario. Las fuerzas urbanas, dirigidas desde el estado mayor del ejército del pueblo, pueden realizar acciones de incalculable importancia. La eventual destrucción de estos grupos no haría morir el alma de la revolución, su jefatura, que, desde la fortaleza rural, seguiría catalizando el

espíritu revolucionario de las masas y organizando nuevas fuerzas para otras batallas.

Además, en esta zona comienza la estructuración del futuro aparato estatal encargado de dirigir eficientemente la dictadura de clase durante todo el período de transición. Cuanto más larga sea la lucha, más grandes y complejos serán los problemas administrativos y en su solución se entrenarán los cuadros para la difícil tarea de la consolidación del poder y el desarrollo económico, en una etapa futura.

Segundo: La situación general del campesinado latinoamericano y el carácter cada vez más explosivo de su lucha contra las estructuras feudales, en el marco de una situación social de alianza entre explotadores locales y extranjeros.

Volviendo a la Segunda Declaración de la Habana: "Los pueblos de América se liberaron del coloniaje español a principios del siglo pasado, pero no se liberaron de la explotación. Los terratenientes feudales asumieron la autoridad de los gobernantes españoles, los indios continuaron en penosa servidumbre, el hombre latinoamericano en una u otra forma siguió esclavo y las mínimas esperanzas de los pueblos sucumben bajo el poder de las oligarquías y la coyunda del capital extranjero. Esta ha sido la verdad de América, con uno u otro matiz, con alguna que otra variante. Hoy América Latina yace bajo un imperialismo mucho más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperialismo colonial español.

"Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui?

Disponerse a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear el aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos pseudo legales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos.".

Esta situación objetiva nos muestra la fuerza que duerme, desaprovechada, en nuestros campesinos y la necesidad de utilizarla para la liberación de América.

Tercero: El carácter continental de la lucha.

¿Podría concebirse esta nueva etapa de la emancipación de América como el cotejo de dos fuerzas locales luchando por el poder en un territorio dado? Difícilmente. La lucha será a muerte entre todas las fuerzas populares y todas las fuerzas de represión. Los párrafos arriba citados también lo predicen.

Los yanquis intervendrán por solidaridad de intereses y porque la lucha en América es decisiva. De hecho, ya intervienen en la preparación de las fuerzas represivas y la organización de un aparato continental de lucha. Pero, de ahora en adelante, lo harán con todas sus energías; castigarán a las fuerzas populares con todas las armas de destrucción a su alcance; no dejarán consolidarse al poder revolucionario y, si alguno llegara a hacerlo, volverán a atacar, no lo reconocerán, tratarán de dividir las fuerzas revolucionarias, introducirán saboteadores de todo tipo, crearán problemas fronterizos, lanzarán a otros estados reaccionarios en su contra, intentarán ahogar económicamente al nuevo estado, aniquilarlo, en una palabra.

Dado este panorama americano, se hace difí-

cil que la victoria se logre y consolide en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países en que la opresión llegue a niveles insostenible, debe alzarse la bandera de la rebelión, y esta bandera tendrá, por necesidad histórica, caracteres continentales. La cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista.

No podemos decir cuándo alcanzará estas características continentales, ni cuánto tiempo durará la lucha, pero podemos predecir su advenimiento y su triunfo, porque es resultado de circunstancias históricas, económicas y políticas inevitables y su rumbo no se puede torcer. Iniciarla cuando las condiciones estén dadas, independientemente de la situación de otros países, es la tarea de la fuerza revolucionaria en cada país. El desarrollo de la lucha irá condicionando la estrategia general; la predicción sobre el carácter continental es fruto del análisis de las fuerzas de cada contendiente, pero esto no excluye, ni mucho menos, el estallido independiente. Así como la iniciación de la lucha en un punto de un país está destinada a desarrollarla en todo su ámbito, la iniciación de la guerra revolucionaria contribuye a desarrollar nuevas condiciones en los países vecinos.

El desarrollo de las revoluciones se ha producido normalmente por flujos y reflujos inversamente proporcionales; al flujo revolucionario corresponde el reflujo contrarrevolucionario

y, viceversa, en los momentos de descenso revolucionario hay un ascenso contrarrevolucionario. En estos instantes, la situación de las fuerzas populares se torna difícil y deben recurrir a los mejores medios de defensa para sufrir los daños menores. El enemigo es extremadamente fuerte, continental. Por ello no se pueden analizar las debilidades relativas de las burguesías locales con vistas a tomar decisiones de ámbitos restringidos. Menos podría pensarse en la eventual alianza de estas oligarquías con el pueblo en armas. La Revolución Cubana ha dado el campanazo de alarma. La polarización de fuerzas llegará a ser total: explotadores de un lado y explotados de otro; la masa de la pequeña burguesía se inclinará a uno u otro bando, de acuerdo con sus intereses y el acierto político conque se la trate; la neutralidad constituirá una excepción. Así será la guerra revolucionaria.

Pensemos cómo podría comenzar un foco guerrillero.

Núcleos relativamente pequeños de personas eligen lugares favorables para la guerra de guerrillas, ya sea con la intención de desatar un contraataque o para capear el vendaval, y allí comienzan a actuar. Hay que establecer bien claro lo siguiente: en el primer momento, la debilidad relativa de la guerrilla es tal que solamente debe trabajar para fijarse al terreno, para ir conociendo el medio, estableciendo conexiones con la población y reforzando los lugares que eventualmente se convertirán en su base de apoyo.

Hay tres condiciones de supervivencia de una guerrilla que comience su desarrollo bajo las

premisas expresadas aquí: movilidad constante, vigilancia constante, desconfianza constante. Sin el uso adecuado de estos tres elementos de la táctica militar, la guerrilla difícilmente sobrevivirá. Hay que recordar que la heroicidad del guerrillero, en estos momentos, consiste en la amplitud del fin planteado y la enorme serie de sacrificios que deberá realizar para cumplimentarlo.

Estos sacrificios no serán el combate diario, la lucha cara a cara con el enemigo, adquirirán formas más sutiles y más difíciles de resistir para el cuerpo y la mente del individuo que está en la guerrilla.

Serán quizás castigados duramente por los ejércitos enemigos, divididos en grupos, a veces; martirizados los que cayeron prisioneros; perseguidos como animales acosados en las zonas que hayan elegido para actuar; con la inquietud constante de tener enemigos sobre los pasos de la guerrilla; con la desconfianza constante frente a todo, ya que los campesinos atemorizados los entregarán, en algunos casos, para quitarse de encima, con la desaparición del protector a las tropas represivas; sin otra alternativa que la muerte o la victoria, en momentos en que la muerte es un concepto mil veces presente y la victoria el mito que sólo un revolucionario puede soñar.

Esa es la heroicidad de la guerrilla; por eso se dice que caminar también es una forma de combatir, que rehuir el combate en un momento dado no es sino una forma de combatir. El planteamiento es, frente a la superioridad general del enemigo, encontrar la forma táctica de lograr una superioridad relativa en un pun-

to elegido, ya sea poder concentrar más efectivos que éste, ya asegurar ventajas en el aprovechamiento del terreno que vuelque la correlación de fuerzas. En estas condiciones se asegura la victoria táctica; si no está clara la superioridad relativa, es preferible no actuar. No se debe dar combate que no produzca una victoria, mientras se pueda elegir el "cómo" y el "cuándo".

En el marco de la gran acción político-militar, del cual es un elemento, la guerrilla irá creciendo y consolidándose; se irán formando entonces las bases de apoyo, elemento fundamental para que el ejército guerrillero pueda prosperar. Estas bases de apoyo son puntos en los cuales el ejército enemigo sólo puede penetrar a costa de grandes pérdidas; bastiones de la revolución, refugio y resorte de la guerrilla para incursiones cada vez más lejanas y atrevidas.

A este momento se llega si se han superado simultáneamente las dificultades de orden táctico y político. Los guerrilleros no pueden olvidar nunca su función de vanguardia del pueblo, el mandato que encarnan, y por tanto, deben crear las condiciones políticas necesarias para el establecimiento del poder revolucionario basado en el apoyo total de las masas. Las grandes reivindicaciones del campesinado deben ser satisfechas en la medida y forma que las circunstancias aconsejen, haciendo de toda la población un conglomerado compacto y decidido.

Si difícil será la situación militar de los primeros momentos, no menos delicada será la política, y si un solo error militar puede liquidar la guerrilla, un error político puede frenar su desarrollo durante grandes períodos.

Político-militar es la lucha, así hay que desarrollarla y, por lo tanto, entenderla.

La guerrilla, en su proceso de crecimiento, llega a un instante en que su capacidad de acción cubre una determinada región para cuyas medidas sobran hombres y hay demasiada concentración en la zona. Allí comienza el efecto de colmena, en el cual uno de los jefes, guerrillero distinguido, salta a otra región y va repitiendo la cadena de desarrollo de la guerra de guerrillas, sujeto, eso sí, a un mando central.

Ahora bien es preciso apuntar que no se puede aspirar a la victoria sin la formación de un ejército popular. Las fuerzas guerrilleras podrán extenderse hasta determinada magnitud; las fuerzas populares, en las ciudades y en otras zonas permeables del enemigo, podrán causarle estragos, pero el potencial militar de la reacción todavía estaría intacto. Hay que tener siempre presente que el resultado final debe ser el aniquilamiento del adversario. Para ello, todas estas zonas nuevas que se crean, más las zonas de perforación del enemigo detrás de sus líneas, más las fuerzas que operan en las ciudades principales, deben tener una relación de dependencia en el mando. No se podrá pretender que exista la cerrada ordenación jerárquica que caracteriza a un ejército, pero sí una ordenación estratégicas Dentro de determinadas condiciones de libertad de acción, las guerrillas deben de cumplir todas las órdenes estratégicas del mando central, instalado en alguna de las zonas, la más segura, las más fuerte, preparando las condiciones para la unión de las fuerzas en un momento dado .

La guerra de guerrillas o guerra de libera-

ción tendrá en general tres momentos: el primero, de la defensiva estratégica, donde la pequeña fuerza que huye muerde al enemigo; no está refugiada para hacer una defensa pasiva en un círculo pequeño, sino que su defensa consiste en los ataques limitados que pueda realizar. Pasado esto, se llega a un punto de equilibrio en que se estabilizan las posibilidades de acción del enemigo y de la guerrilla y, luego, el momento final de desbordamiento del ejército represivo que llevará a la toma de las grandes ciudades, a los grandes encuentros decisivos, al aniquilamiento total del adversario .

Después de logrado el punto de equilibrio, donde ambas fuerzas se respetan entre sí, al seguir su desarrollo, la guerra de guerrillas adquiere características nuevas. Empieza a introducirse el concepto de la maniobra; columnas grandes que atacan puntos fuertes; guerra de movimientos con traslación de fuerzas y medios de ataque de relativa potencia. Pero, debido a la capacidad de la resistencia y contraataque que todavía conserva el enemigo, esta guerra de maniobra no sustituye definitivamente a las guerrillas, es solamente una forma de actuar de las mismas, una magnitud superior de las fuerzas guerrilleras, hasta que, por fin, cristaliza en un ejército popular con cuerpos de ejércitos. Aún en este instante, marchando delante de las acciones de las fuerzas principales, irán las guerrillas en su estado de "pureza", liquidando las comunicaciones, saboteando todo el aparato defensivo del enemigo.

Habíamos predicho que la guerra sería continental. Esto significa también que será prolongada; habrá muchos frentes, costará mucha

sangre, innúmeras vidas durante largo tiempo. Pero, algo más, los fenómenos de polarización de fuerzas que están ocurriendo en América, la clara división entre explotadores y explotados que existirá en las guerras revolucionarias futuras, significan que, al producirse la toma del poder por la vanguardia armada del pueblo, el país, o los países, que lo consigan, habrán liquidado simultáneamente, en el opresor, a los imperialistas y a los explotadores nacionales. Habrá cristalizado la primera etapa de la revolución socialista; estarán listos los pueblos para restañar sus heridas e iniciar la construcción del socialismo

¿Habrá otras posibilidades menos cruentas?

Hace tiempo que se realizó el último reparto del mundo en el cual a los Estados Unidos le tocó la parte del león de nuestro continente; hoy se están desarrollando nuevamente los imperialistas del viejo mundo y la pujanza del mercado común europeo atemoriza a los mismos norteamericanos. Todo esto podría hacer pensar que existiera la posibilidad de asistir como espectadores a la pugna interimperialista para luego lograr avances, quizás en alianza con las burguesías nacionales más fuertes. Sin contar conque la política pasiva nunca trae buenos resultados en la lucha de clases y las alianzas con la burguesía, por revolucionaria que ésta luzca en un momento dado, sólo tiene carácter transitorio, hay razones de tiempo que inducen a tomar otro partido. La agudización de la contradicción fundamental luce ser tan rápida en América que molesta el "normal" desarrollo de las contradicciones del campo imperialista en la lucha por los mercados.

Las burguesías nacionales se han unido al

imperialismo norteamericano, en su gran mayoría, y deben correr la misma suerte que éste en cada país. Aun en los casos en que se producen pactos o coincidencias de contradicciones entre la burguesía nacional y otros imperialismos con el norteamericano, esto sucede en el marco de una lucha fundamental que engloriará necesariamente, en el curso de su desarrollo, a todos los explotados y a todos los explotadores. La polarización de fuerzas antagónicas de adversarios de clases es, hasta ahora, más veloz que el desarrollo de las contradicciones entre explotadores por el reparto del botín. Los campos son dos: la alternativa se vuelve más clara para cada quien individual y para cada capa especial de la población.

La Alianza para el Progreso es un intento de refrenar lo irrefrenable.

Pero si el avance del mercado común europeo o cualquier otro grupo imperialista sobre los mercados americanos, fuera más veloz que el desarrollo de la contradicción fundamental, sólo restaría introducir las fuerzas populares como cuña, en la brecha abierta, conduciendo éstas toda la lucha y utilizando a los nuevos intrusos con clara conciencia de cuáles son sus intenciones finales.

No se debe entregar ni una posición, ni un arma, ni un secreto al enemigo de clase, so pena de perderlo todo.

De hecho, la eclosión de la lucha americana se ha producido. ¿Estará su vórtice en Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú, Ecuador...? ¿Serán estas escaramuzas actuales sólo manifestaciones de una inquietud que no ha fructificado? No importa cuál sea el resultado de las lu-

chas de hoy. No importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado. Lo definitivo es la decisión de lucha que madura día a día; la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario, la certeza de su posibilidad.

Es una predicción. La hacemos con el convencimiento de que la historia nos dará la razón. El análisis de los factores objetivos y subjetivos de América y del mundo imperialista, nos indica la certeza de estas aseveraciones basadas en la Segunda Declaración de La Habana.

PASAJES DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

PARTE II

LLEGAN LAS ARMAS

En una región de la Maestra cercana al aserrío de Pino del Agua, sacrificamos el magnífico caballo que traía el cabo prisionero, pues el animal no nos servía para caminar en zonas tan intrincadas y estábamos carentes de alimentos. Dato anecdótico es el de que el hombre nos recomendaba insistentemente el caballo, prestado por un amigo, y daba la seña de quién era para que en todo caso se le devolviera, mientras comía el guiso y se tomaba la sopa del propio animal. La carne de caballo y otros animales de la sierra, era para nosotros un complemento nada desdeñable de la dieta habitual.

Ese día pudimos escuchar por la radio la noticia de la condena de nuestros compañeros del Granma y, además, que un magistrado había expresado su voto particular en contra de la sanción. Este era el magistrado Urrutia, cuyo gesto honrado le sirviera para ser propuesto presidente provisional de la República. El hecho en sí, el voto particular de un magistrado no

tenía otra importancia que la de ser un gesto digno —como evidentemente lo fue en ese momento— pero tuvo después las consecuencias de entronizar a un mal presidente incapaz de comprender el proceso político siguiente, incapaz de asimilar la profundidad de una revolución que no estaba hecha para su mentalidad retrógrada. Su carácter y la renuencia a situarse en el verdadero lugar que le correspondía nos trajo muchos conflictos, hasta que cristalizó, en los días de la celebración del primer 26 de julio, en su renuncia como presidente ante la repulsa unánime del pueblo.

En uno de esos días llegó un contacto de Santiago, su nombre era Andrés, que tenía aviso ya exacto de que las armas estaban a salvo y que se iban a trasladar en los días siguientes. Se fijó como lugar de entrega alguna región de un aserrío de la costa operado por los hermanos Babún y se iban a traer esas armas mediante la complicidad de estos ciudadanos que pensaban hacer un jugoso negocio interviniendo en la revolución. (El desarrollo posterior los fue separando, y tres de los hijos de uno de estos miembros de la firma Babún, tienen el poco digno privilegio de pertenecer a la gusanería presa en Girón.)

Es curioso ver como en aquella época toda una serie de sujetos pensaban aprovechar la revolución para sus fines propios y hacían pequeños favores para después buscar cada uno lo que esperaba del nuevo poder; en este caso, la concesión de todos los montes para su tala despiadada y la expulsión de los campesinos, aumentando los latifundios de la familia Babún. Por estos días se nos había unido un periodista

norteamericano de la misma estirpe de los Babún. Era húngaro de nacimiento, se llamaba Andrew's Saint George.

Aquella vez solamente mostraba una de sus caras, la menos mala, que era la de periodista yanqui; además de eso, era agente del FBI. Por ser la única persona que hablaba francés en la columna (en ese entonces nadie hablaba inglés) me tocó atenderlo y, sinceramente, no me lució el peligroso sujeto que surgiera en una segunda entrevista posterior, donde ya se mostraba como agente desembozado. Fuimos bordeando Pino del Agua para caer a las nacientes del río Peladero, caminando entre zonas también muy escarpadas y con un peso considerable en las espaldas. Por este río del Peladero se sube a un afluente, el arroyo llamado Del Indio, zona donde permanecimos un par de días consiguiendo algún alimento y a donde trasladamos las armas recibidas. Pasábamos ya por algunos pequeños poblados campesinos de la zona, donde establecíamos una especie de poder revolucionario no legalizado y dejábamos simpatizantes encargados de informamos de todo lo que pasaba y también del movimiento del ejército enemigo. Pero siempre vivíamos en los montes, solamente alguna noche ocasional caíamos imprevistamente en algún grupo de casas, y algunos dormíamos en ellas, la mayoría siempre bajo el resguardo de los montes y, durante el día, todos en guardia y protegidos por el techo de las arboledas.

Nuestro enemigo más malo en esta época del año era la "macagüera", una especie de tábano llamado así porque parece que pone sus huevos y nace en el árbol llamado Macagua; en deter-

minada época del año prolifera mucho en los montes. La "macagüera" daba unas picadas en lugares no defendidos que, al rascarnos, con toda la suciedad que teníamos encima, se infectaban fácilmente ocasionando abscesos de más o menos consideración. Siempre la parte no defendida de nuestras piernas, las muñecas y el cuello, tenían el testimonio del paso de la "macagüera".

Por fin, el día 18 de mayo, se tienen noticias de las armas y también, más o menos, de la composición de las mismas. La noticia produjo un gran revuelo en todo el campamento, pues inmediatamente se supo, y todos los combatientes esperaban mejorar su armamento; tenían la secreta esperanza de adquirir algo, ya fuera directamente de las nuevas armas o porque el ascenso de los más viejos les permitiera obtener aunque fuera el arma defectuosa, abandonada al adquirir la nueva. También tuvimos noticias de que se había exhibido la película que el periodista Bob Taber había hecho sobre la Sierra Maestra y había tenido un gran éxito en Estados Unidos. Esta noticia alegró a todo el mundo menos a Andrew's Saint George que también, a pesar de su oficio de agente del FBI, tenía su corazoncito periodístico y se sintió defraudado. Al día siguiente de oír la noticia salió en un yate de la zona de los Babún para Santiago de Cuba.

Ese mismo día, simultáneamente con la noticia del lugar donde estaban las armas, se notó que había escapado un hombre, hecho peligroso pues, como dije, todo el campamento conocía de la llegada de las mismas. Se mandaron patrullas a buscarlo que tardaron algunos días en

regresar y retornaron con la noticia que había logrado tomar un barco a Santiago. Presumimos nosotros que era para informar a las autoridades, aunque luego se demostró que simplemente la deserción se produjo por incapacidad física y moral para afrontar las inclemencias de nuestra vida. De todas maneras, tuvimos que extremar las precauciones. Nuestra lucha contra la falta de preparación física, ideológica y moral de los combatientes era diaria; pero los resultados no siempre eran halagüeños. Muchas veces pedían permiso para retirarse por los motivos más mínimos y si se les negaba sucedía lo que en este caso. Y hay que considerar que la deserción se castigaba con la pena de muerte aplicada en el lugar de la detención.

A la noche llegaron las armas, para nosotros aquello era el espectáculo más maravilloso del mundo, estaban como en exposición ante los ojos codiciosos de todos los combatientes, los instrumentos de muerte. Tres ametralladoras, de trípode, tres fusiles ametralladoras Madzen, nueve carabinas M-1, diez fusiles automáticos Johnson y, en total, seis mil tiros. Aunque las carabinas M-1 sólo tenían cuarenta y cinco balas por unidad se hizo la distribución atendiendo a los méritos ya adquiridos de los combatientes y a su tiempo en la sierra. Una de estas carabinas M-1, de las armas más buscadas, le fue dada al hoy Comandante Ramiro Valdés y dos para la vanguardia que comandaba Camilo. Las otras cuatro fueron dedicadas a cuidar las ametralladoras de trípode. Uno de los fusiles ametralladoras fue al pelotón del capitán Jorge Sotús, otro al pelotón de Almeida y otro para el Estado Mayor, encargándoseme a mí de suma-

nejo. Las trípodes fueron: una para Raúl, otra para Guillermo García y la tercera para Crescencio Pérez. De tal manera, me iniciaba como combatiente directo, pues lo era ocasional pues tenía como fijo el cargo de médico; empezaba una nueva etapa para mi en la sierra.

Siempre recuerdo el momento en que me fue entregado este fusil ametralladora, de muy mala calidad y viejo, pero que en aquel momento significaba una verdadera adquisición. Cuatro hombres estaban destinados como ayudantes de esta pieza; muy distinta trayectoria han seguido los cuatro combatientes de aquel momento, pues dos de ellos eran los hermanos Pupo y Monolo Beatón, fusilados por la revolución, ya que asesinaron al Comandante Cristino Naranjo y luego se alzaron en las Sierras de Oriente, hasta que un campesino lograra detenerlos. Otro de ellos era un niño de 15 años que debía llevar casi siempre el enorme peso de los cargadores del fusil ametralladora y se llamaba Joel Iglesias, hoy Presidente de los Jóvenes Rebeldes y comandante del Ejército Rebelde. El cuarto, hoy es teniente de nuestro ejército, su apellido es Oñate, pero nosotros le apodamos cariñosamente Cantinflas. No acabó, sin embargo, con la llegada de estas armas, la odisea de la tropa para adquirir fuerza combativa y fuerza ideológica. Pocos días después, el 23 de mayo, Fidel ordenaba nuevos licenciamientos, entre ellos una escuadra completa, y quedaba nuestra fuerza reducida a ciento veintisiete hombres, la mayoría armados y unos ochenta de estos con buenas armas.

De la escuadra que abandonó, con su jefe incluso, la lucha, quedó un solo hombre llamado

Crucito que después, fue uno de los combatientes más queridos. Crucito era un poeta natural y tenía largos encuentros con el poeta de la ciudad, Calixto Morales, del Granma, quien se había apodado a sí mismo el ruiseñor de los campos, a lo que Crucito en sus décimas guajiras contestaba siempre con el estribillo, dirigido despectivamente a Calixto: "So guacaico de la Sierra".

Este magnífico compañero tenía toda la historia de la revolución, hasta el momento de la partida del Granma, en décimas que iba componiendo mientras fumaba su pipa, en cada instante de descanso. Como había muy poco papel en la Sierra iba componiendo las décimas y aprendiéndolas de memoria, de modo que no nos quedaron recuerdos cuando un bala pusiera fin a su vida en el combate de Pino del Agua.

En la zona de los aserríos teníamos la inapreciable ayuda de Enrique López, viejo conocido de Fidel y de Raúl, desde niños, que era en ese momento empleado de los Babunes y nos servía de contacto para abastecernos y para poder movilizarnos por toda el área sin peligro. Estos lugares estaban llenos de caminos por los que transitaban los camiones del ejército; varias veces hicimos emboscadas para tratar de agarrar algunos, pero nunca lo logramos. Quizás esto fuera bueno para el éxito de la operación que se avecinaba, una de las de más impacto sicológico en toda la historia de la guerra, como fue el combate del Uvero.

El día 25 de mayo tuvimos noticias de que por Mayarí había desembarcado un grupo de expedicionarios dirigidos por Calixto Sánchez, de la lancha "El Corintia", pocos días después

conoceríamos el desastroso resultado de esa expedición; Prío enviaba sus hombres a morir sin tomar nunca la decisión de acompañarlos. La noticia de este desembarco nos hizo ver la necesidad imperiosa de distraer fuerzas del enemigo para tratar de que aquella gente llegara a algún lugar donde pudiera reorganizarse y empezar sus acciones. Todo esto lo hacíamos por solidaridad con los elementos combatientes, aunque no conocíamos ni la composición social ni los reales propósitos de este desembarco.

Aquí tuvimos una interesante discusión que fue protagonizada particularmente por el que esto escribe y Fidel: opinaba yo que no se podía desperdiciar la oportunidad de tomar un camión y que debíamos dedicarnos específicamente a cazarlos en las carreteras donde pasaban despreocupadamente para arriba y para abajo, pero Fidel ya tenía en mente la acción del Uvero y pensaba que sería mucho más interesante y lograría un éxito mucho más rotundo el hacer esta acción capturando el puesto del Uvero pues sería un impacto sicológico grande y se conocería en todo el país, cosa que no sucedería con el ataque a un camión, caso en que podían dar las noticias de unos muertos o heridos en un accidente en el camino y, aunque la gente sospechara la verdad, nunca se sabría de nuestra efectiva presencia combatiente en la sierra. Eso no quería decir que se desechara totalmente la idea de capturar algún camión en condiciones óptimas, pero no debíamos convertirlo en el centro de nuestras actividades.

Ahora, después de varios años de aquella discusión en que Fidel tomo la decisión, pero no me convenció, debo reconocer que era justo la

apreciación y que hubiera sido mucho menos productivo para nosotros el tener una acción aislada sobre alguna de las patrullas que viajaban en camiones Es que, en aquel momento, las ansias de combatir de todos nosotros nos llevaban siempre a adoptar las actitudes más drásticas sin tener paciencia y, quizás, sin tener visión para ver objetivos más lejanos. De todas maneras, arribamos ya a los preparativos finales para la acción del Uvero.

EL COMBATE DEL UVERO

Decidido el punto de ataque, nos quedaba precisar exactamente la forma en que se haría; teníamos que solucionar problemas importantes como averiguar el número de soldados existentes, el número de postas, el tipo de comunicaciones que usaban, los caminos de acceso, la población civil y su distribución, etc. Para todo esto nos sirvió magníficamente el compañero Caldero, hoy comandante del Ejército Rebelde, quien era yerno del administrador del aserrío, según creo recordar.

Supongamos que el ejército tenía datos más o menos exactos de nuestra presencia en la zona, pues fueron capturados un par de chivatos portando documentos de identificación, que confesaron ser enviados por Casillas para averiguar sobre el paradero del Ejército Rebelde y sus puntos habituales de reunión. El espectáculo de los dos hombres implorando clemencia era realmente repugnante y a la vez lastimero, pero las leyes de la guerra, en esos momentos difíciles,

no se podían desconocer y ambos espías fueron ejecutados al día siguiente.

Ese mismo día, 27 de mayo, Se reunió el Estado Mayor con todos los oficiales, anunciando Fidel que dentro de las cuarenta y ocho horas próximas tendríamos combate y que debíamos permanecer con tropas y enseres listos para marchar. No se nos dio indicaciones en esos momentos.

Caldero sería el guía pues conocía perfectamente el puesto del Uvero, todas sus entradas y salidas y sus caminos de acceso. Por la noche nos pusimos en marcha; era una caminata larga, de unos 16 kilómetros, pero totalmente en bajada por los caminos que había construido especialmente para sus aserraderos la Compañía Babún. Empleamos, sin embargo, unas ocho horas de marcha pues se vio interrumpida por una serie de precauciones extras que había que tomar, sobre todo al ir acercándonos al lugar de peligro. Al final se dieron las órdenes de ataque que eran muy simples; había que tomar las postas y acribillar a balazos el cuartel de madera.

Se sabía que el cuartel no tenía mayores defensas salvo algunos bolos diseminados en las inmediaciones, los puntos fuertes eran las postas de 3 a 4 soldados cada una, emplazadas estratégicamente en las afueras del cuartel. Este estaba dominado por una loma colocada justo enfrente y que seria el emplazamiento del Estado Mayor para dirigir el combate. Era factible acercarse hasta pocos metros de la construcción a través de la maraña de los montes cercanos. Una instrucción precisa era el cuidado especial de no tirar contra el batey, pues había mujeres y niños, incluso la mujer del adminis-

trador que conocía del ataque pero no quiso salir de allí para evitar después cualquier suspicacia. La población civil era nuestra preocupación mayor mientras partíamos a ocupar los puestos de ataque.

El cuartel del Uvero estaba colocado a la orilla del mar, de tal manera que para rodearlo solamente necesitábamos atacarlo por tres puntos.

Sobre la posta que dominaba el camino que, desde Peladero, viene bordeando el mar, el que también nosotros utilizamos en parte, se mandaron los pelotones dirigidos por Jorge Sotús y Guillermo García; Almeida debía encargarse de liquidar una posta colocada frente a la montaña, más o menos al norte; Fidel estaría en la loma que domina el cuartel y Raúl avanzando con su pelotón por el frente; a mí se me asignó un puesto intermedio con mi fusil ametralladora y los ayudantes; Camilo y Ameijeiras debían avanzar de frente, en realidad entre mi posición y la de Raúl, pero equivocaron el rumbo por la noche e iniciaron la pelea luchando a mi izquierda en lugar de hacerlo a mi derecha: el pelotón de Crescencio Pérez debía avanzar por el camino que, saliendo del Uvero, va a Chivirico e impedir la llegada de cualquier clase de refuerzos que vinieran por esa zona.

Se pensó que la acción iba a acabar en poco tiempo dada la sorpresa que teníamos preparada; sin embargo, fueron avanzando los minutos y no podíamos posesionar a la gente en la forma ideal prevista; llegaban las noticias a través de los guías, Caldero y un práctico de la zona llamado Eligio Mendoza, y veíamos que avanzaba ya el día y empezaba la penumbra

precursora de la mañana sin que estuviéramos en posición para sorprender las guardias como habíamos pensado en el primer momento. Jorge Sotús avisó que no dominaba el punto asignado desde su posición pero era tarde para iniciar nuevos movimientos. Cuando Fidel abrió fuego con su mirilla telescópica, reconocimos el cuartel por el fuego de los disparos con que contestaban a los pocos segundos. Yo estaba colocado en una pequeña elevación de terreno y dominaba el cuartel perfectamente pero quedaba muy lejos, por lo que avanzamos para buscar mejores posiciones.

Todo el mundo avanzaba; Almeida lo hacía hacia la posta que defendía la entrada del cuartelito por su sector, y a mi izquierda, se veía la gorra de Camilo con un paño en la nuca, como casquete de la Legión Extranjera, pero con las insignias del Movimiento. Fuimos avanzando en medio del tiroteo generalizado y con todas las precauciones que este tipo de combate demanda

A la pequeña escuadra se le fueron uniendo combatientes que quedaban desperdigados de sus unidades; un compañero de Pilón al que llamaban *Bomba*, el compañero Mario Leal y Acuña se unieron a lo que ya constituía una pequeña unidad de combate. La resistencia se había hecho dura y habíamos llegado a la parte llana y despejada donde había que avanzar con infinitas precauciones, pues los disparos del enemigo eran continuos y precisos. Desde mi posición, apenas a unos 50 o 60 metros de la avanzada enemiga, vi cómo de la trinchera que estaba delante salían dos soldados a toda carrera y a ambos les tiré, pero se refugiaron en las ca-

sas del batey que eran sagradas para nosotros. Seguimos avanzando aunque ya no quedaba nada más que un pequeño terreno, sin la más mínima yerba para ocultarse y las balas silbaban peligrosamente cerca de nosotros. En ese momento escuché cerca de mí un gemido y unos gritos en medio del combate, pensé que sería algún soldado enemigo herido y avancé arrastrándome, mientras le intimaba rendición; en realidad, era el compañero Leal, herido en la cabeza. Hice una corta inspección de la herida, con entrada y salida en la región parietal; Leal estaba desmayándose, mientras empezaba la parálisis de los miembros de un costado del cuerpo, no recuerdo exactamente cual. El único vendaje que tenía a mano era un pedazo de papel que coloqué sobre las heridas. Joel Iglesias fue a acompañarlo, poco después, mientras continuábamos nuestro ataque. Acto seguido, Acuña caía también herido; nosotros ya sin avanzar disparábamos teniendo enfrente una bien acondicionada trinchera de donde se nos respondía el fuego. Estábamos recuperando valor y haciendo acopio de decisión, para tomar por asalto el refugio, pues era la única forma de acabar con la resistencia cuando el cuartel se rindió.

Todo esto se ha contado en pocos minutos, pero duró aproximadamente dos horas y 45 minutos desde el primer disparo hasta que logramos tomar el cuartel. A mi izquierda, algunos compañeros de la vanguardia, me parece precisar que Víctor Mora y otros más, tomaban prisioneros a varios soldados que hacían la última resistencia y, de la trinchera de palos, enfrente nuestro, emergió un soldado haciendo ademán de entregar su arma; por todos lados empeza-

ron a surgir gritos de rendición; avanzamos rápidamente sobre el cuartel y se escuchó una última ráfaga de ametralladora que, después, supe había segado la vida del teniente Nano Díaz.

Llegamos hasta el batey donde tomamos prisioneros a los dos soldados que habían escapado a mi ametralladora y también al médico y su asistente. Con el médico, un hombre canoso y reposado cuyo destino posterior no conozco —no sé si actualmente estará integrado a la Revolución— sucedió un caso curioso: mis conocimientos de medicina nunca fueron demasiado grandes; la cantidad de heridos que estaban llegando era enorme y mi vocación en ese momento no era la de dedicarme a la sanidad; sin embargo, cuando fui a entregarle los heridos al médico militar, me preguntó cuántos años tenía y acto seguido, cuándo me había recibido. Le expliqué que hacía algunos años y entonces me dijo francamente: "Mira, chico, hazte cargo de todo esto, porque yo me acabo de recibir y tengo muy poca experiencia". El hombre, entre su inexperiencia y el temor lógico de la situación, al verse prisionero se había olvidado hasta la última palabra de medicina. Desde aquel momento tuve que cambiar una vez más el fusil por mi uniforme de médico que, en realidad era un lavado de manos.

Después de este combate, uno de los más sangrientos que hayamos sostenido, fuimos atando cabos y se puede dar una imagen más general y no desde el enfoque que hice hasta aquí relatando mi participación personal. El combate se desarrolló más o menos así: Al dar Fidel orden de abrir fuego con su disparo, todo

el mundo comenzó a avanzar sobre los objetivos fijados y el ejército a responder con fuego nutrido, dirigido en muchos casos hacia la loma de donde nuestro jefe dirigía el combate. A los pocos minutos de iniciadas las acciones Julito Díaz murió al lado de Fidel al ser alcanzado por un balazo directamente en la cabeza. Fueron pasando los minutos y la resistencia seguía enconada sin que se pudiera amagar sobre los objetivos. La tarea más importante en el centro, era la de Almeida, encargado de liquidar de todas maneras la posta para permitir el paso de sus tropas y las de Raúl que venían marchando de frente contra el cuartel.

Los compañeros contaron después cómo Eligio Mendoza, el práctico, tomó su fusil y se lanzó al combate; hombre supersticioso, tenía un "santo" que lo protegía, y cuando le dijeron que se cuidara, él contestó despectivo que su "santo" lo defendía de todo; pocos minutos después caía atravesado por un balazo que literalmente le destrozó el tronco. Las tropas enemigas, bien atrincheradas, nos rechazaban con varias bajas y era muy difícil avanzar por la zona central; por el sector del camino de Peladero, Jorge Sotus trató de flanquear la posición con un ayudante llamado El Policía, pero este último fue muerto inmediatamente por el enemigo y Sotús debió tirarse al mar para evitar una muerte segura, quedando desde ese momento prácticamente anulada su participación en el combate. Otros miembros de su pelotón trataron de avanzar, pero igualmente fueron rechazados; un compañero campesino, de apellido Vega, me parece, fue muerto; Manals, herido en un pulmón; Quike Escalona resultó con tres heridas en un

brazo, la nalga y la mano al tratar de avanzar. La posta, atrincherada tras una fuerte protección de bolos de madera, hacía fuego de fusil ametralladora y fusiles semiautomáticos, devastando nuestra pequeña tropa. Almeida ordenó un ataque final para tratar de reducir de todas maneras los enemigos que tenía enfrente; fueron heridos Cilleros, Maceo, Hermes Leyva, Pena y el propio Almeida en el hombro y la pierna izquierda, y el compañero Moll fue muerto. Sin embargo, este empujón dominó la posta y se abrió el camino del cuartel. Por el otro lado, el certero tiro de ametralladora de Guillermo García había liquidado a tres de los defensores, el cuarto salió corriendo, siendo muerto al huir. Raúl, con su pelotón dividido en dos partes, fue avanzando rápidamente sobre el cuartel. Fue la acción de los dos capitanes, Guillermo García y Almeida, la que decidió el combate; cada uno liquidó a la posta asignada y permitió el asalto final. Junto al primero debe destacarse la actuación de Luis Crespo, que bajó del Estado Mayor para participar en el asalto.

En el momento en que se desmoronaba la resistencia enemiga, al llegar a tomar el cuartel, donde se había sacado un pañuelo blanco, alguien, de nuestra tropa probablemente, disparó nuevamente y del cuartel respondieron con una ráfaga que dio en la cabeza de Nano Díaz, cuya ametralladora había hecho estragos hasta ese momento, entre el enemigo. El pelotón de Crescencio casi no intervino en el combate debido a que su ametralladora se atascó y su participación fue de custodio del camino de Chivirico. Allí se detuvieron algunos soldados

al huir. La pelea había durado dos horas y cuarenta y cinco minutos y ningún civil había sido herido a pesar del número de disparos que se realizaron.

Cuando hicimos el recuento de la batalla, nos encontramos el siguiente cuadro: Por nuestra parte, habían muerto seis compañeros en ese momento: Moll, Nano Díaz Vega, El Policía, Julito Díaz y Eligio Mendoza. Muy mal heridos estaban Leal y Cilleros. Heridos de mayor o menor consideración: Maceo, en un hombro; Hermes Leyva, un tiro a sedal en el tórax; Almeida, brazo y pierna izquierdos; Quike Escalona, brazo y mano derechos; Manals, un tiro en el pulmón, sin mayores síntomas; Pena, en una rodilla y Manuel Acuña en el brazo derecho. En total, quince compañeros fuera de combate. Ellos habían tenido 19 heridos, 14 muertos, otros 14 prisioneros y habían escapado 6, lo que hacía un total de 53 hombres, al mando de un segundo teniente que sacó la bandera blanca después de estar herido.

Si se considera que nuestros combatientes eran unos 80 hombres y los de ellos 53, se tiene un total de 133 hombres aproximadamente, de los cuales 38, es decir, más de la cuarta parte, quedaron fuera de combate en poco más de dos horas y media de combate. Fue un ataque por asalto de hombres que avanzaban a pecho descubierto contra otros que se defendían con pocas posibilidades de protección. Debe reconocerse que por ambos lados se hizo derroche de coraje. Para nosotros fue además, la victoria que marcó la mayoría de edad de nuestra guerrilla. A partir de este combate, nuestra moral se acrecentó enormemente, nuestra decisión y nues-

tras esperanzas de triunfo aumentaron también, simultáneamente con la victoria y, aunque los meses siguientes fueron de dura prueba, ya estábamos en posesión del secreto de la victoria sobre el enemigo. Esta acción selló la suerte de los pequeños cuarteles situados lejos de las agrupaciones mayores del enemigo y fueron desmantelados al poco tiempo

Una de las primeras balas del combate rompió el aparato de telefonía cortando la comunicación con Santiago y apenas si un avión evolucionó una o dos veces sobre el campo de batalla, sin que se hiciera presente la aviación enemiga, solamente llegaron los aviones de reconocimiento horas después, cuando ya estábamos encaramados en la montaña. De la concentración de fuego por parte nuestra habla, además de los 14 muertos, el que 3 de 5 pericos que tenían los guardias en el cuartel, fueron muertos. Hay que pensar en el tamaño diminuto de este animalito para hacerse una idea de lo que le cayó al edificio de tablas.

El reencuentro con la profesión médica tubo para mí algunos momentos muy emocionantes. El primer herido que atendí, dada su gravedad, fue el compañero Cilleros. Una bala había partido su brazo derecho y, tras de atravesar el pulmón, aparentemente se había incrustado en la columna, privándolo del movimiento en las dos piernas. Su estado era gravísimo y apenas si me fue posible darle algún calmante y ceñirle apretadamente el tórax para que respirara mejor, tratamos de salvarlo en la única forma posible en esos momentos; llevándonos los catorce soldados prisioneros con nosotros y dejando a dos heridos: Leal y Cilleros, en poder del

enemigo y con la garantía del honor del médico del puesto. Cuando se lo comuniqué a Cilleros, diciéndole las palabras reconfortantes de rigor, me saludó con una sonrisa triste que podía decir más que todas las palabras en ese momento y que expresaba su convicción de que todo había acabado. Lo sabíamos también y estuve tentado en aquel momento de depositar en su frente un beso de despedida pero, en mí más que en nadie, significaba la sentencia de muerte para el compañero y el deber me indicaba que no debía amargar más sus últimos momentos con la confirmación de algo de lo que él ya tenía casi absoluta certeza. Me despedí, lo más cariñosamente que pude y con enorme dolor, de los dos combatientes que quedaban en manos del enemigo. Ellos clamaban que preferían morir en nuestras tropas, pero teníamos nosotros también el deber de luchar hasta el último momento por sus vidas. Allí quedaron, hermanados con los 19 heridos del ejército batistiano a quienes también se había atendido con todo el rigor científico de que éramos capaces. Nuestros dos compañeros fueron atendidos decentemente por el ejército enemigo, pero uno de ellos, Cilleros, no llegó siquiera a Santiago. El otro sobrevivió a la herida, pasó prisionero en Isla de Pinos todo el resto de la guerra y hoy todavía lleva huellas indelebles de aquel episodio importante de nuestra guerra revolucionaria.

Cargando en uno de los camiones de Babún la mayor cantidad posible de artículos de todo tipo, sobre todo medicinas, salimos los últimos, rumbo a nuestras guaridas de la montaña donde llegamos todavía a tiempo para atender a los heridos y despedir a los caídos, que fueron

enterrados junto a un recodo del camino. Se preveía que la persecución iba a ser muy grande y se resolvió que la tropa capaz de caminar debía poner distancia entre este lugar y los guardias mientras que los heridos quedarían a mi cargo y Enrique López se encargaría de suministrarme el transporte, el escondrijo y algunos ayudantes para trasladar los heridos y todos los contactos para poder recibir medicinas y curarlos en la forma debida.

Todavía de madrugada continuaban narrándose las incidencias del combate, casi nadie dormía o dormía a ratos y cada cual se incorporaba a las tertulias contando sus hazañas y las que vio hacer. Por curiosidad estadística tomé nota de todos los enemigos muertos por los narradores durante el curso del combate y resultaban más que el grupo completo que se nos había opuesto; la fantasía de cada uno había adornado sus hazañas. Con ésta y otras experiencias similares, aprendimos claramente que los datos deben ser avalados por varias personas: incluso, en nuestra exageración, exigíamos prendas de cada soldado caído para considerarlo realmente como una baja del enemigo, ya que la preocupación por la verdad fue siempre tema central de las informaciones del Ejército Rebelde y se trataba de infundir en los compañeros el respeto profundo por ella y el sentido de lo necesario que era anteponerla a cualquier ventaja transitoria.

En la mañana, vimos partir la tropa vencedora que nos despedía con tristeza. Conmigo quedaron mis ayudantes Joel Iglesias y Oñate, un práctico llamado Sinecio Tonrs y Vilo Acuña, hoy comandante del Ejército Rebelde, que se quedó para acompañar a su tío herido.

CUIDANDO HERIDOS

Al día siguiente del combate de Uvero, desde el amanecer los aviones patrullaban el aire. Agotados los saludos despidiendo a la columna que seguía su marcha, nos dedicábamos a borrar las huellas de nuestra entrada al monte. Estábamos sólo a unos cien metros de un camino de camiones y esperamos la llegada de Enrique López que debía de encargarse de ayudarnos a la búsqueda de nuestro escondite y el traslado hacia él.

Los heridos eran Almeida y Pena, que no podían caminar, Quike Escalona, en la misma situación, Manals, a quien recomendaba que no caminara por su herida en el pulmón, Manuel Acuña, Hermes Leyva y Maceo: estos tres, con posibilidades de marchar por sus propios medios. Para defenderlos, curarlos y trasladarlos, estábamos Vilo Acuña, Sinecio Torres el práctico, Joel Iglesias, Alejandro Oñate y yo. Bien adentrada la mañana vino un informante a decirnos que Enrique López no podía auxiliarnos

porque tenía una niña enferma y había tenido que salir para Santiago; quedó en mandarnos algunos voluntarios para ayudar, pero hasta el día de hoy los estamos esperando.

La situación era difícil, pues, Quike Escalona tenía sus heridas infectadas y no podía precisar la gravedad de la de Manals. Exploramos los caminos vecinos sin encontrar soldados enemigos y resolvimos trasladarlos a un bohío que estaba a tres o cuatro kilómetros donde había una buena cantidad de pollos y que estaba abandonado por su dueño

En este primer día dos obreros de los aserríos nos ayudaron en la fatigosa tarea de llevar los heridos en hamacas. Al amanecer del día siguiente, después de comer abundantemente y liquidar una buena ración de pollos, salimos rápidamente del lugar, pues habíamos permanecido un día completo después del ataque, prácticamente en el mismo sitio, cercano a carreteras por donde podían llegar los soldados enemigos, precisamente el lugar donde estábamos era el fin de uno de esos caminos hechos por la compañía de Babún con fines de explotación forestal. Con nuestra poca gente disponible iniciamos una jornada corta, pero muy difícil, consistía en bajar hasta el fondo del arroyo llamado Del Indio y subir por un estrecho sendero hasta una vara en tierra donde vivía un campesino llamado Israel con su señora y un cuñado. Fue realmente penoso el trasladar los compañeros por zonas tan abruptas, pero lo hicimos, aquella gente nos entregó hasta la cama de matrimonio para que durmieran allí los heridos.

Habíamos dejado escondidas en el lugar del

primer campamento una porción de armas en mal estado que no podíamos trasladar y gran variedad de implementos, constituyendo un botín de guerra de menor categoría que íbamos dejando en nuestro camino a medida que aumentaba el peso de los heridos. Siempre quedaban en algún bohío rastros de nuestra perrmanencia en forma de algún objeto olvidado; por eso, como teníamos tiempo, resolvimos repasar bien el lugar anterior para borrar toda huella, ya que dependía precisamente de eso nuestra seguridad; simultáneamente Sinecio, el práctico, partió para buscar algunos conocidos que tenía en esa zona de Peladero.

Al poco tiempo Acuña y Joel Iglesias me avisaron que habían escuchado voces extrañas en la otra ladera. Realmente pensamos que había llegado la hora de combatir en circunstancias muy difíciles, pues nuestra obligación era defender hasta la muerte la carga preciosa de heridos que nos habían encomendado; avanzamos tratando de que el encuentro se produjera lo más lejos del bohío; unas huellas de pies descalzos en el sendero, lo que nos pareció muy extraño, indicaban que los intrusos habían pasado por el mismo camino. Acercándonos cautelosamente escuchamos una conversación en tono desaprensivo en la que intervenían varios sujetos; montando mi ametralladora Thompson y contando con la ayuda de Vilo y Joel avanzamos sorprendiendo a los conversadores; resultaron ser los prisioneros de Uvero que Fidel había liberado y que venían caminando, buscando simplemente la salida. Algunos de ellos venían descalzos, un cabo viejo, casi desmayado, con una voz asmática manifestó su admira-

ción por nosotros y nuestros conocimientos del monte. Venían sin guía y con sólo un salvoconducto firmado por Fidel; aprovechando la impresión que les había hecho la forma en que los habíamos sorprendido una vez más, los conminamos a no entrar al monte por nada.

Hombres de ciudad, no estaban acostumbrados a verse frente a las penas del monte y no sabían vencerlas. Salimos al claro de la casa donde habíamos comido los pollos y les mostramos el camino para alcanzar la costa, pero no sin antes precisarles una vez más que del monte hacia dentro éramos los dueños y que nuestra patrulla —porque nosotros aparecíamos como una simple patrulla— se encargaría inmediatamente de avisar a las fuerzas del sector de alguna presencia extraña. Pese a todo, lo prudente era movilizarse lo antes posible.

Esa noche la pasamos en el acogedor bohío, pero al amanecer nos trasladamos al monte y mandamos a los dueños de la casa a buscar gallinas para los heridos, todo el día nos pasamos esperando el regreso del matrimonio, pero éstos no volvieron. Tiempo después, nos enteramos que precisamente habían sido hechos prisioneros en la casita y, además, que al día siguiente a nuestra partida los soldados enemigos los utilizaron como guía y pasaron por donde había estado nuestro campamento el día anterior.

Nosotros conservábamos una buena vigilancia y no nos hubiera sorprendido nadie, pero el resultado de una batalla en esas condiciones no era muy difícil de prever. Cerca del anochecer llegó Sinecio con tres voluntarios, uno viejo llamado Feliciano y dos que luego serían comba-

tientes del Ejército Rebelde, Banderas, muerto con el grado de teniente en los combates del Jigue, e Israel Pardo, el mayor de una larga familia de luchadores, que actualmente tiene el grado de capitán. Estos compañeros nos ayudaron a trasladar rápidamente los heridos a un bohío del otro lado de la zona de peligro, mientras Sinecio y yo, hasta prácticamente entrada la noche, esperábamos la llegada del matrimonio con los víveres; naturalmente que no podían llegar ya que estaban prisioneros y nosotros, recelosos de alguna traición, resolvimos que de la nueva casa debíamos salir también temprano. La comida fue muy frugal y consistió en algunas viandas extraídas de las cercanías del bohío. El día siguiente, al sexto mes del desembarco del Granma, empezamos también temprano la jornada; las marchas eran fatigosas e increíblemente cortas para una persona avezada a las caminatas en las montañas; nuestra capacidad de transporte solamente alcanzaba para un herido puesto que, en las condiciones difíciles del monte, hay que llevar los heridos en hamacas colgadas de un tronco fuerte que literalmente destroza los hombros de los porteadores, que tienen que turnarse cada 10 o 15 minutos, de tal manera que se necesita de 6 a 8 hombres para llevar un herido en estas condiciones. Acompañando a Almeida que iba medio arrastrándose, medio apoyándose, fuimos caminando muy lentamente, prácticamente de palo en palo hasta que Israel hizo un atajo en el monte y vinieron los porteadores para trasladarlo.

Después, un aguacero tremendo nos impidió llegar a la casa de los Pardo, pero al fin lo

hicimos, cerca del anochecer. El pequeño espacio de una legua, 4 kilómetros de camino, había sido recorrido en 12 horas, es decir, a razón de 3 horas por kilómetro.

En aquellos momentos Sinecio Torres era el hombre providencial de la pequeña tropa, conocía los caminos y los hombres de la zona y nos ayudaba en todo. Fué él, el que dos días después sacó a Manals para que se dirigiera a Santiago a curarse; estábamos también preparando las condiciones para que se trasladara Quike Escalona que tenía sus heridas infectadas. Llegaban noticias contradictorias en estos días, a veces informaban que Celia Sánchez estaba presa, otras que había sido muerta. También circularon rumores de que una patrulla del ejército había tomado preso a Hermes Caldero, un compañero nuestro. Nosotros no sabíamos si creer o no noticias que a veces eran espeluznantes, pues Celia, por ejemplo, constituía nuestro único contacto conocido y seguro. Su detención significaba el aislamiento para nosotros; afortunadamente no resultó cierto lo de Celia aunque sí lo de Hermes Caldero que salvó milagrosamente la vida pasando por las mazmorras de la tiranía.

En la costa del río Peladero vivía el mayoral de un latifundista, David de nombre, el que cooperó mucho con nosotros, David nos mató una vaca y hubo que salir a buscarla. El animal fue muerto en la costa y partido en pedazos; había que trasladar la carne de noche, mandé el primer grupo con Israel Pardo delante, y luego un segundo dirigido por Banderas. Banderas era bastante indisciplinado y no cumplió su cometido pesando sobre la otra gente la car-

ga total del animal sacrificado y tardando toda la noche en poder movilizarlo. Ya se estaba formando una pequeña tropa que quedaba a mi mando, ya que Almeida estaba herido; consciente de mi responsabilidad, le notifiqué a Banderas que él dejaba de ser combatiente y se convertía simplemente, en un simpatizante, salvo que modificara su actitud. Realmente lo hizo; nunca fue un modelo de combatiente en cuanto a disciplina, pero era uno de esos casos de hombre emprendedor y de mente abierta, simple e ingenuo, que abrió sus ojos a la realidad mediante el choque de la revolución; estaba labrando su pequeña parcela quitada al monte y tenia una verdadera pasión por los árboles y la agricultura, vivía en un vara en tierra con dos puerquitos que tenían cada uno su nombre y un perrito. Me mostró un día el retrato de sus dos hijos que vivían con la mujer, de la que él se había separado, en Santiago, explicándome que algún día, cuando la revolución triunfara, podría ir a algún lugar donde pudiera trabajar bien, no en ese pedazo inhóspito de tierra, colgado casi en la cumbre.

Le hablé de las cooperativas y él no entendía bien. Quería trabajar la tierra por su cuenta, con su propio esfuerzo, sin embargo, poco a poco lo iba convenciendo de que era mejor trabajarla entre todos, de que las máquinas podían aumentar su propio trabajo. Banderas hubiera sido hoy, indiscutiblemente, un luchador de vanguardia en el campo de la producción agrícola; allí en la sierra mejoró sus conocimientos de lectura y escritura y se preparaba para el porvenir. Era un campesino despierto que sabía del valor de contribuir con su propio esfuerzo a escribir un pedazo de historia.

Tuve en esos días una larga conversación con el mayoral David que me pidió una lista de todas las cosas importantes necesarias para nosotros, pues se iba a dirigir a Santiago y las buscaría allí; era un típico mayoral, fiel al amo, despreciativo con los campesinos, racista. Sin embargo, el ejército lo tomó preso al enterarse de nuestros contactos y lo torturó bárbaramente; su primera preocupación después de aparecer, pues nosotros lo creíamos muerto, fue el explicar que no había hablado. No sé si David está hoy en Cuba o si siguió a sus viejos patronos ya confiscados por la revolución, pero fue un hombre que sintió en aquellos momentos la necesidad de un cambio, aunque no imaginaba que debía alcanzarlo también a él y a su mundo y entendió que ese cambio era perentorio hacerlo. De muchos esfuerzos sinceros de hombres simples está hecho el edificio revolucionario, nuestra misión es desarrollar lo bueno, lo noble de cada uno y convertir a todo hombre en un revolucionario, de Davides, que no entienden bien y Banderas que murieron sin ver la aurora; de sacrificios ciegos y de sacrificios no retribuidos, también se hizo la revolución. Los que hoy vemos sus realizaciones tenemos la obligación de pensar en los que quedaron en el camino y trabajar para que en el futuro sean menos los rezagados.

DE REGRESO

Todo el mes de junio de 1957 transcurrió en la curación de los compañeros heridos durante el ataque a Uvero y organizando la pequeña tropa con que habríamos de incorporanos a la columna de Fidel.

Los contactos con el exterior se hacían a través del mayoral David, cuyos consejos y oportunas indicaciones, además del alimento conseguido, alivió mucho nuestra situación. En aquellos primeros días no pudimos contar con la inapreciable ayuda de Pancho Tamayo, el mismo que muriera después asesinado a manos de los Beatón en años de postguerra. Pancho Tamayo, viejo campesino de la zona, entró después en contacto con nosotros y también sirvió de punto de contacto.

Empezaron a mostrarse algunas manifestaciones de falta de moral revolucionaria en Sinecio, quien se emborrachó con el dinero del Movimiento y cometió infidencias en estado de embriaguez, al mismo tiempo, no cumplía las

órdenes impartidas y en una de sus andadas, nos trajo once compañeros, totalmente desarmados. Se trataba de impedir el alistamiento de compañeros sin armas, pero la incorporación de gentes a la joven guerrilla se hacía por todos los medios y en todas las condiciones y los campesinos, conocedores de nuestra ubicación, nos llevaban nuevos compañeros que anhelaban ser alistados. Por la pequeña columna formada pasaron no menos de cuarenta personas, pero también las deserciones eran continuas, a veces con nuestra anuencia, otras contra nuestra voluntad, y nunca pasó la tropilla de veinticinco a treinta hombres efectivos.

En aquellos días se había agravado algo mi asma y la falta de medicina me obligó a una inmovilidad similar a la de los heridos; pude mitigar la enfermedad fumando la hoja seca de clarín que es el remedio de la sierra, hasta que llegaron los medicamentos de la civilización y pude estar también en condiciones óptimas para la partida, pero ésta se demoraba uno y otro día; al fin, organizamos una patrulla para ir a buscar todas las armas que habían quedado botadas por inservibles, luego del ataque de Uvero, con el fin de incorporarlas a la guerrilla.

En las nuevas condiciones, todos aquellos fusiles viejos, con defectos más o menos graves, incluida una ametralladora calibre 30, sin aguja, eran tesoros potenciales e invertimos una noche completa en buscarlos. Finalmente fijamos nuestra partida para el día 24 de junio; en esa época constituíamos un ejército de estas características: cinco heridos reponiéndose, cinco acompañantes, diez incorporados de Bayamo, dos incorporados recientes, "por la libre", y cuatro

de la zona; en total veintiséis. La marcha se crganizó con Vilo Acuña a la vanguardia, luego, lo que podía ser la comandancia, dirigida por mi, ya que Almeida tenía demasiado trabajo con caminar, pues se estaba reponiendo de la hericla en el muslo, y después otras dos pequeñas escuadras dirigidas por Maceo y Pena.

Pena tenía el grado de teniente en aquella época. Maceo y Vilo eran soldados y la mayor graduación la tenía Almeida, que era capitán. No salimos el día 24 porque se fueron juntando pequeños inconvenientes, a veces se anunciaba que llegaba alguno de los guías con un nuevo incorporado y había que esperarlo, otro, un nuevo cargamento de medicamentos y alimentos; Tamayo, el viejo, constantemente iba y venía trayendo noticias y carga, alimentos enlatados, vestuario. En un momento dado tuvimos que buscar una cueva para dejar algunos alimentos, debido a que por fin habían cristalizado los contactos con Santiago y David nos había traído un cargamento bastante serio que era imposible transportar dadas las condiciones de marcha de nuestra tropa de convalecientes y bisoños reclutas.

El día 26 de junio debuté como odontólogo, aunque en la sierra me daban el más modesto título de "sacamuelas"; mi primera víctima fue Israel Pardo, el hoy capitán del ejército, que salió bastante bien parado. La segunda, Joel Iglesias, a quien faltó solamente ponerle un cartucho de dinamita en el colmillo para sacárselo, pero que llegó al final de la guerra con él puesto, pues mis esfuerzos fueron infructuosos. Se sumaba a mi poca pericia la falta de "carpules", de tal manera que había que aho-

rrar mucho la anestesia y usaba bastante la "anestesia psicológica", llamando a la gente con epítetos duros cuando se quejaban demasiado por los trabajos en su boca.

Con sólo el amago de marcha, algunos daban muestras de su poca decisión y se iban, pero otros nuevos los reemplazaban. Tamayo nos trajo un nuevo grupo de cuatro hombres; estaba entre ellos Félix Mendoza, que venía con un fusil y nos explicó cómo una tropa del ejército había sorprendido a él y a su compañero; mientras el otro había sido detenido, él se tiró por unos farallones y salió corriendo sin que el ejército le hiciera nada. Después nos enteramos que "el ejército" era una patrulla dirigida por Lalo Sardiñas, que se había encontrado con el compañero, y que éste estaba ya en la tropa de Fidel. También se incorporó Evelio Saborit, hoy comandante del Ejército Rebelde.

Con la incorporación de Félix Mendoza y su grupo alcanzamos a treinta y seis hombres, pero al día siguiente se iban tres, luego se incorporaban otros al grupo y teníamos 35. Sin embargo, al empezar la marcha volvía a bajar. Estábamos subiendo las cuestas de Peladero, en jornadas de muy corto alcance.

La radio nos informaba de un panorama de violencia en toda la isla El primero de julio escuchábamos la noticia dc la muerte de Josué País; hermano de Frank, como otros compañeros más en medio de la batalla continua que se librara en Santiago. A pesar de las cortas jornadas nuestras tropas se sentían abatidas y algunos de los nuevos incorporados pedían retirarse para "cumplir misiones más útiles en la ciudad". Pasamos en el descenso de la loma de

la Botella, por la casa de Benito Mora, quien nos agasajó en su humilde vivienda, que está como colgada en los riscos de esta parte de la sierra; un poco antes de llegar, convoqué a la pequeña tropa, diciéndole que se avecinaban momentos de mucho peligro, que había un ejército cerca, que probablemente debiéramos pasar días y días sin comer casi, caminando jornadas enteras y el que no se sintiera capaz, lo avisara; algunos tuvieron el pudor de manifestar sus temores e irse, pero hubo uno de nombre Chicho, que aseguró a nombre de un grupo que ellos seguirían hasta la muerte, con un acento de convicción y decisión extraordinarias. Cuál no seria nuestra sorpresa cuando, después de pasar la casa de Benito Mora y al acampar en un pequeño arroyo para pasar la noche, ese mismo grupo nos comunicaba su deseo de abandonar la guerrilla. Accedimos a ello y bautizamos jocosamente ese lugar como el "arroyo de la muerte", pues hasta allí había durado la tremenda determinación de Chicho y sus compañeros. Ese nombre le quedó al hilo de agua hasta nuestra salida de la sierra.

Quedábamos veintiocho hombres, pero al salir al día siguiente, se incorporaban dos nuevos reclutas, ex militares, que venían a luchar por la libertad a la sierra. Eran Gilberto Capote y Nicolás. Los traía Arístides Guerra, otro de los contactos de la región que luego fue un inestimable valor de nuestra columna y a quien llamábamos el "Rey del Condumio". El "Rey del Condumio" prestó en todo momento de la guerra, servicios enormes y muchas veces más peligrosos que el de luchar contra el enemigo, trasladando tropas de mulos desde la zona de Bayamo hasta nuestra zona de operaciones.

Mientras íbamos caminando las cortas jornadas tratábamos de que los reclutas se fueran familiarizando con el tiro. Pusimos a los dos ex militares para que enseñaran algunas nociones de fusil, de arme y desarme y de tiro en seco, con tan mala suerte, que apenas empezadas las lecciones se le escapó un tiro a uno de los instructores; tuvimos que quitarlo de ese cargo y lo mirábamos con sospecha, aunque su cara de consternación era tal que hubiera sido necesaria una gran dosis de poder de simulación para no sentirla realmente. Los dos ex militares no pudieron aguantar la marcha y salieron de nuevo con Arístides, pero Gilberto Capote volvió con nosotros, muriendo heroicamente en Pino del Agua con el grado de teniente.

Dejamos el lugar donde estábamos acampados, la casa de Polo Torres, en la Mesa, que fuera después uno de nuestros centros de operaciones, y caminando dirigidos ahora por un campesino llamado Tuto Almeida. Nuestra misión era alcanzar la Nevada y después llegar a donde estaba Fidel, cruzando por la vertiente norte del Turquino. Ibamos caminando en esa dirección, cuando vimos a lo lejos dos campesinos que, al acercarnos, trataron de huir y hubo que correr para detenerlos: resultaron ser dos muchachas negras de apellido Moya, adventistas de religión que, aun cuando estaban contra toda clase de violencia en razón de sus creencias, nos dieron su apoyo franco en aquel momento y durante todo el transcurso de la guerra.

Reparamos nuestras fuerzas y comimos allí magníficamente, pero al ir a pasar por Malverde (había que tomar Malverde para pasar a la Nevada), nos enteramos que había tropas del ejér-

cito en toda esa zona. Tras una corta deliberación de nuestro estadillo mayor y los guías, decidimos retroceder y cruzar directamente por el Turquino, camino más escabroso pero también menos peligroso en estas circunstancias.

En nuestro pequeño radio de transistores, captábamos noticias inquietantes; se decía que había grandes combates en la zona de Estrada Palma y que estaba Raúl muy mal herido. (Ahora, con el tiempo, no sé precisar si fue la radio nuestra o "radio bemba" la que dio tal noticia.) Nosotros no sabíamos si dar crédito o no a informaciones de cuya falsedad sabíamos por experiencias anteriores, pero tratábamos de apurar la marcha en la medida de nuestras posibilidades para llegar a donde estaba Fidel. Emprendimos camino de noche y pernoctamos en la casa de un solitario campesino llamado el Vizcaíno, por su origen, ya en las faldas del Turquino. El Vizcaíno, vivía totalmente solo en un pequeño bohío y sus únicos amigos eran unos libros marxistas, cuidadosamente guardados en una cueva (en un pequeño agujero debajo de una piedra) lejos de su bohío. Manifestó con orgullo su militancia marxista, que muy poca gente en la zona conocía. El Vizcaíno nos mostró el camino para seguir y continuamos nuestra lenta marcha. Sinecio se iba separando de su centro de operaciones y para su alma simple de campesino un poco al margen de la ley, aquella situación se volvía angustiosa. Un buen día, en un alto en el camino, mientras estaba de guardia un recluta llamado Cuervo, al que se le había dado un fusil Remington por su buena disposición, Sinecio Torres se le unió a la posta con otro fusil; cuando me enteré de eso, aproxi-

madamente después de media hora, fui a buscarlos, pues no tenía mucha confianza en Sinecio y los fusiles eran algo precioso en ese momento, pero ya ambos habían desertado. Banderas e Israel Pardo fueron tras sus huellas conscientes de que los prófugos estaban armados con armas largas y ellos apenas con revólveres; no se dio con los desertores en aquella oportunidad.

Era muy difícil mantener la moral de la tropa sin armas, sin el contacto directo con el Jefe de la Revolución, caminando prácticamente a tientas, sin ninguna experiencia, rodeados de enemigos que se agigantaban en la mente y en los cuentos de los guajiros; la poca disposición de los nuevos incorporados que provenían de las zonas del llano y no estaban habituados a las mil dificultades de los caminos serranos, iba provocando crisis continuas en el espíritu de la guerrilla. Hubo un intento de fuga que estaba encabezado por un individuo llamado "El Mexicano", que llegó a tener el grado de capitán y hoy está en Miami, como traidor a la revolución.

Me enteré por la denuncia del compañero Hermes Leyva, primo de Joel Iglesias, y llamé a un careo para resolver este problema. "El Mexicano" juró por todos sus antepasados que aun cuando él había pensado en separarse, no lo hacía con el intento de desertar de la lucha sino para tener una guerrillita que asaltara y matara a los chivatos, pues había muy poca acción en nuestras fuerzas; en realidad, lo que pensaba hacer era dedicarse a matar chivatos pero para quitarles el dinero; una típica acción bandidesca. En un combate posterior, en El

Hombrito, Hermes fue la única baja que tuvimos y quedó la sospecha de que "El Mexicano" hubiera podido ser el autor material de ese hecho, ya que había sido denunciado por Hermes Leyva. Sin embargo, nunca pude llegar a una convicción total de este asunto.

"El Mexicano" continuó en la columna, dando su palabra de hombre y de revolucionario, etc., etc., de que no se iría ni intentaría la fuga, ni incitaría a nadie a ello. Después de pesadas y cortas jornadas, llegamos a la zona de Palma Mocha, ya sobre la vertiente oeste del Turquino, en la zona de las Cuevas, donde nos recibieron muy bien los guajiros y establecimos un contacto directo desde mi nueva profesión de "sacamuelas", que ejercía con todo entusiasmo.

Comimos y reparamos fuerzas para seguir rápidamente hasta la zona de viejos conocidos de Palma Mocha y el Infierno, a donde llegamos el día quince de junio. Allí nos informó Emilio Cabrera, un campesino del lugar, que Lalo Sardiñas estaba acampado en una emboscada cercana con su tropa y me dio las quejas porque ponía en peligro a su casa desde el lugar donde estaba, en caso de atacar una patrulla enemiga.

El día 16 de junio se efectuó el encuentro entre la pequeña columna nueva y un pelotón de la columna de Fidel dirigido por Lalo Sardiñas; nos contó éste cómo se había visto obligado a ingresar a la revolución, ya que era un comerciante que se ocupaba de traernos víveres de las zonas llanas, pero fue sorprendido y debió matar a un individuo, por lo que tomó el camino de la guerrilla. Lalo había recibido instrucciones de esperar allí el avance de las

columnas de Sánchez Mosquera. Nos enteramos que una vez más, el obstinado Sánchez Mosquera había penetrado por las regiones del río Palma Mocha y que casi fue cercado por la columna de Fidel, pero logró eludir el cerco pasando el Turquino a marchas forzadas y cayendo del otro lado de este macizo.

Nosotros habíamos tenido algunas noticias de las cercanías de tropas, pues, unos días antes, al llegar a un bohío, vimos las trincheras que hasta el día anterior habían tenido los soldados, pero no sospechábamos que, lo que aparentemente era la prueba de una sostenida ofensiva contra nosotros en realidad eran las señales de una huida de la columna represora, lo que marcaba un cambio total de calidad en las operaciones en la sierra. Ya teníamos la suficiente fuerza para cercar y obligar a huir, bajo amenaza de aniquilamiento, a las columnas del ejército enemigo.

Entendieron muy bien esta lección y no hacían sino incursiones esporádicas por la sierra, pero uno de los más tenaces, agresivos y sanguinarios jefes del ejército enemigo fue Sánchez Mosquera, que ascendió desde simple teniente en el año 57 hasta coronel, grado con el que se le premió después de la derrota final en las batallas de la ofensiva general del ejército en junio del año siguiente. Su carrera fue meteórica en cuanto a grados y fructífera en cuanto a recopilación de toda clase de enseres de los campesinos a los que robaba inmisericordemente cada vez que penetraba con sus tropas por los laberintos de la Sierra Maestra.

SE GESTA UNA TRAICION

Daba gusto ver de nuevo a nuestra tropa con más disciplina, con mucha más moral, con cerca de doscientos hombres, algunas armas nuevas entre ellas. Realmente se notaba que el cambio cualitativo de que ya hemos hablado, estaba manifestándose en la Sierra Maestra. Existía un verdadero territorio libre, las medidas de precaución no eran tan necesarias y había cierta libertad para conversar de noche, para remolonear más sobre la hamaca y daban autorización para moverse en los caseríos de los vecinos de la sierra entablando una relación más estrecha con ellos. Dio verdadera alegría también el recibimiento que nos hicieron los viejos compañeros.

Pero las *vedettes* de esos días fueron Felipe Pazos y Raúl Chibás. Eran dos personalidades totalmente distintas. Raúl Chibás vivía sólo del prestigio de su hermano, verdadero símbolo de una época de Cuba, pero no tenía ninguna de sus virtudes; ni expresivo, ni sagaz, ni inte-

ligente tampoco. Lo que le permitía ser figura señera y simbólica del Partido Ortodoxo, era precisamente su absoluta mediocridad. Hablaba muy poco y quería irse rápidamente de la sierra.

Felipe Pazos tenía una personalidad propia, prestigio de gran economista y, además, una fama de persona honesta ganada por el sistema de no asaltar el erario público en un gobierno de dolo y latrocinio extremos como lo fue el de Prío Socarrás, donde ejerció la presidencia del Banco Nacional. Magnífico mérito, podrán pensar, mantenerse impoluto en aquella época. Mérito quizás, como funcionario que sigue su carrera administrativa insensible a los graves problemas del país; pero ¿cómo puede pensarse en un revolucionario que no denuncie día a día los atropellos inconcebibles de aquella época? Felipe Pazos se las ingenió para no hacerlo y para salir de la presidencia del Banco Nacional de Cuba, después del cuartelazo de Batista, adornado de los más grandes prestigios, su honradez, su inteligencia y sus grandes dotes de economista. Petulante, pensaba llegar a la sierra a dominar la situación, era el hombre elegido en su cerebro de pequeño Maquiavelo para dirigir los destinos del país. Quizás ya hubiera incubado la idea de su traición al movimiento o esto fuera posterior, pero su conducta nunca fue enteramente franca.

Amparado en la declaración conjunta que analizaremos, se autotituló luego delegado del 26 de Julio en Miami e iba a ser nombrado Presidente Provisional de la República. De esta manera, se aseguraba Prío un hombre de confianza en la dirección del gobierno provisional.

Tuvimos poco tiempo para conversar en aquellos días, pero Fidel me contó de sus esfuerzos para hacer que el documento fuera realmente combativo y que sentara las bases de una declaración de principios. Un intento difícil contra aquellas dos mentalidades cavernícolas e insensibles al llamamiento de la lucha popular.

Insistía fundamentalmente el manifiesto en "la consigna de un gran frente cívico revolucionario que comprendía a todos los partidos políticos de la oposición, todas las instituciones cívicas y todas las fuerzas revolucionarias".

Se hacía una serie de proposiciones: la "formación de un frente cívico revolucionario en un frente común de lucha"; la designación de "una figura llamada a presidir el gobierno provisional"; la declaración expresa de que el frente no invocaba ni aceptaba la mediación de otra nación en los asuntos internos de Cuba; "no aceptaría que gobernara provisionalmente la República ningún tipo de junta militar"; la decisión de apartar al ejército totalmente de la política y garantizar a los institutos armados su intangibilidad; declarar que celebrarían elecciones en el término de un año.

El programa bajo el cual debía regirse el gobierno provisional anunciaba libertad para todos los presos políticos, civiles y militares; garantía absoluta de libertad de información a la prensa radial y escrita y todos los derechos individuales y políticos garantizados por la Constitución; designación de alcaldes provisionales en todos los municipios, previa consulta con las instituciones cívicas de la localidad; supresión del peculado en todas sus formas y adopción de

medidas que tendieran a incrementar la eficiencia en todos los organismos del Estado; establecimiento de la carrera administrativa; democratización de la política sindical promoviendo elecciones libres en todos los sindicatos y federaciones de industrias; inicio inmediato de una intensa campaña contra el analfabetismo y de educación cívica exaltando los deberes y derechos que tiene el ciudadano con la sociedad y con la Patria- "sentar las bases para una Reforma Agraria que tienda a la distribución de las tierras baldías y a convertir en propietarios a todos los colonos aparceros, arrendatarios y precaristas que posean pequeñas parcelas de tierra, bien sean propiedad del Estado o particulares, previa indemnización a los anteriores propietarios"; adopción de una política financiera sana que resguarde la estabilidad de nuestra moneda y tienda a utilizar el crédito de la nación en obras reproductivas; aceleración del proceso de industrialización y creación de nuevos empleos.

A esto se agregaban dos puntos sobre los que se hacía especial hincapié: "*Primero*: la necesidad de que se designe desde ahora a la persona llamada a presidir el Gobierno Provisional de la República, para demostrar ante el mundo que el pueblo cubano es capaz de unirse tras una consigna de libertad y apoyar a la persona que reuniendo condiciones de imparcialidad, integridad, capacidad y decencia pueda encarnar esa consigna. Sobran hombres capaces en Cuba para presidir la República". (Naturalmente, por lo menos Felipe Pazos, uno de los firmantes, sabía bien en su fuero interno que no sobraban hombres, que había uno sólo y ese era él.)

"*Segundo*: que esa persona sea designada por el conjunto de instituciones cívicas por ser apolíticas estas organizaciones, cuyo respaldo libraría al Presidente Provisional de todo compromiso partidista dando lugar a unas elecciones absolutamente limpias e imparciales".

Se declaraba, además: "no es necesario venir a la sierra a discutir, nosotros podemos estar representados en La Habana, en México, o donde sea necesario".

Fidel había tratado de influir para hacer más explícitas algunas declaraciones sobre Reforma Agraria. Sin embargo, fue difícil romper el monolítico frente de los dos cavernícolas; "sentar las bases para una Reforma Agraria que tienda a la distribución de las tierras baldías", eso, precisamente, era la política que podía admitir el "Diario de la Marina". Se establecía para colmo, "previa indemnización a los anteriores propietarios".

Algunos de los compromisos aquí establecidos no fueron cumplidos por la revolución en la forma originalmente redactada. Hay que puntualizar que el enemigo rompió el pacto tácito expresado en el manifiesto al desconocer la autoridad de la sierra y tratar de crear ataduras previas al futuro gobierno revolucionario.

No estábamos satisfechos con el compromiso pero era necesario; era progresista en aquel momento. No podía durar más allá del momento en que significara una detención en el desarrollo revolucionario, pero estábamos dispuestos a cumplirlo. El enemigo nos ayudó con su traición a romper lazos incómodos y demostrar al pueblo sus verdaderas intenciones.

Nosotros sabíamos que era un programa mí-

nimo, un programa que limitaba nuestro esfuerzo, pero también sabíamos que no era posible establecer nuestra voluntad desde la Sierra Maestra y que debíamos contar durante un largo período con toda una serie de "amigos" que trataban de utilizar nuestra fuerza militar y la gran confianza que el pueblo ya sentía por Fidel Castro, para sus manejos macabros y, por sobre todas las cosas, para mantener el dominio del imperialismo en Cuba a través de su burguesía importadora, ligada estrechamente a los amos norteños.

Tenía partes positivas el manifiesto; se hablaba de Sierra Maestra y se decía explícitamente: "nadie se llame a engaño sobre la propaganda gubernamental acerca de la situación de la sierra. La Sierra Maestra es ya un baluarte indestructible de la libertad que ha prendido en el corazón de nuestros compatriotas y aquí sabremos hacer honor a la fe y a la confianza de nuestro pueblo". "Aquí sabremos" quiere decir, en realidad, que Fidel Castro lo sabía, los otros dos fueron incapaces de seguir, siquiera como espectadores, el desarrollo de la contienda de la Sierra Maestra; bajaron inmediatamente. Uno de ellos, Chibás, fue sorprendido por la policía batistiana y maltratado; ambos llegaron después a los Estados Unidos.

El golpe estaba bien dado; un grupo de personeros de lo más distinguido de la oligarquía cubana llegaba a la Sierra Maestra "en defensa de la libertad", firmaba una declaración conjunta con el jefe guerrillero, prisionero en los montes de la sierra y salía con libertad de acción para jugar con esa carta en Miami. Lo que no calcularon es que los golpes políticos

tienen el alcance que permita el contrario, en este caso, las armas del pueblo. La rápida acción de nuestro jefe, con la confianza puesta en el Ejército Guerrillero, impidió que la traición prosperara y su encendida réplica de meses después, cuando se conoció el resultado del pacto de Miami, paralizó al enemigo. Se nos acusó de divisionistas y de pretender imponer nuestra voluntad desde la sierra, pero tuvimos que variar la táctica y preparar una nueva encerrona, el pacto de Caracas.

El manifiesto llevaba por fecha Julio 12 de 1957 y fue publicado en los periódicos de aquella época. Esta declaración para nosotros no era más que un pequeño alto en el camino, había que seguir la tarea fundamental que era derrotar al ejército opresor en los campos de batalla. En esos días se formaba una nueva columna de la cual me encargaban su dirección con el grado de capitán y se hacían algunos ascensos más; Ramiro Valdés pasaba a ser capitán y con su pelotón entraba en mi columna, también Ciro Redondo era ascendido a capitán, mandando otro pelotón. La columna se componía de tres pelotones, mandado el primero por Lalo Sardiñas, que llevaba la vanguardia y que a la vez era segundo jefe del destacamento; Ramiro Valdés y Ciro Redondo. Esta columna, al cual llamaban "el desalojo campesino", estaba constituida por unos 75 hombres, heterogéneamente vestidos y heterogéneamente armados, sin embargo, me sentía muy orgulloso de ellos. Mucho más orgulloso, más ligado a la revolución, si fuera posible, más deseoso de demostrar que los galones otorgados eran merecidos, me sentiría unas noches más tarde...

Enviábamos una carta de felicitación y reconocimiento a "Carlos", nombre clandestino de Frank País, quien estaba viviendo sus últimos días. La firmaron todos los oficiales del Ejército Guerrillero que sabían hacerlo, (los campesinos de la sierra no eran muy duchos en este arte y ya eran parte importante de la guerrilla). Se firmó la carta en dos columnas y al poner los cargos de los componentes de la segunda de ellas, Fidel ordenó simplemente: "ponle comandante", cuando se iba a poner mi grado. De ese modo informal y casi de soslayo, quedé nombrado comandante de la segunda columna del Ejército Guerrillero, la que se llamaría Número 4 posteriormente.

Fue en una casa campesina, no recuerdo ahora cuál, que se redactó este mensaje cálido de los guerrilleros al hermano de la ciudad que tan heroicamente venía luchando por abastecernos y aliviar la presión desde el mismo Santiago.

La dosis de vanidad que todos tenemos dentro, hizo que me sintiera el hombre más orgulloso de la tierra ese día. El símbolo de mi nombramiento, una pequeña estrella, me fue dado por Celia junto con uno de los relojes de pulsera que habían encargado a Manzanillo. Con mi columna de reciente formación tuve como primera tarea la de tender un cerco a Sánchez Mosquera, pero éste, el más "bicho" de todos los esbirros, ya se había alejado de la zona.

Teníamos que hacer algo para justificar esa vida semindependiente que llevaríamos en la nueva zona hacia la que debíamos marcharnos en la región del Hombrito y empezamos a elucubrar hazañas.

Había que prepararse para festejar dignamen-

te la fecha gloriosa, 26 de Julio, que se aproximaba y Fidel me dio mano libre para hacer lo que pudiera, pero con prudencia. En la última reunión estaba presente un nuevo médico incorporado a la guerrilla; Sergio del Valle, hoy jefe del estado mayor de nuestro Ejército Revolucionario y que en aquel entonces ejercía su profesión como las condiciones de la sierra lo permitieran.

Era necesario demostrar que vivíamos, pues nos habían dado algunos golpes en el llano; las armas destinadas a abrir otro frente desde el Central Miranda cayeron en poder de la policía que tenía presos a muchos valiosos dirigentes, entre ellos a Faustino Pérez. Fidel se había opuesto a separar las fuerzas pero cedió frente a la insistencia del llano. Desde ese momento quedó demostrada la justeza de su tesis y nos dedicamos a fortalecer la Sierra Maestra como primer paso hacia la expansión del Ejército Guerrillero.

EL ATAQUE A BUEYCITO

Junto con las primeras manifestaciones de vida independiente, comenzaron los problemas en la guerrilla. Había ahora que establecer una disciplina rígida, formar los mandos y establecer en alguna forma un Estado Mayor para asegurar el éxito en nuevos combates, tarea nada fácil dada la poca disciplina de los combatientes.

Apenas formado el destacamento, se separó de nosotros un compañero querido, el Teniente Maceo, que fue a Santiago en una misión y al que ya no veríamos más, pues sucumbió allí en la lucha.

Hacíamos también algunos ascensos, el compañero William Rodríguez era ascendido a teniente y también Raúl Castro Mercader. Con esto tratábamos de ir formando nuestra pequeña fuerza guerrillera. Una mañana nos encontramos con la desagradable nueva de que había desertado un hombre con su fusil, un arma de calibre 22 que era preciosa en las condiciones

deplorables de aquella época; al desertor le decían el chino Wong, era de la vanguardia y se había encaminado seguramente a su barrio en las estribaciones de la Sierra Maestra. Se mandaron dos hombres en su seguimiento, pero como para quitarnos esperanzas de éxito en la misión, se produjo la reincorporación de los compañeros Israel Pardo y Banderas que después de buscar infructuosamente a desertores anteriores volvían a la guerrilla. Israel, por sus conocimientos del terreno y su gran resistencia física pasaría a hacer funciones especiales a mi lado.

Empezamos a elaborar un plan muy ambicioso, que consistía en atacar primero a Estrada Palma al filo de la noche, enseguida dirigirse a los pueblos cercanos de Yara y Veguitas, tomar las pequeñas guarniciones y volver por el mismo camino nuevamente a la montaña. De esta manera podíamos tomar tres cuarteles en un solo asalto, contando con la sorpresa. Hicimos algunas prácticas de tiro, ahorrando balas y encontramos que todas las armas estaban buenas, menos el fusil ametralladora Madzen, muy viejo y muy sucio. Trasladamos a Fidel, en una pequeña nota, la idea nuestra y pedimos que nos comunicara por escrito la aceptación o no del plan. No recibimos contestación de Fidel, pero por la radio, el día 27 de julio, nos enteramos del ataque a Estrada Palma, según la información oficial por 200 hombres al mando de Raúl Castro.

La revista Bohemia publica, en el único número sin censura de aquellos días, un reportaje mostrando los daños causados por nuestras tropas en Estrada Palma, donde se quemó el anti-

guo cuartel y se hablaba de Fidel Castro, de Celia Sánchez y toda una pléyade de revolucionarios que habían bajado. En todo se mezclaba la verdad con el mito como sucede en estos casos y los periodistas no pudieron desentrañarlas; en realidad el ataque no estaba llevado por 200 hombres sino muchos menos y estaba dirigido por el Comandante Guillermo García (capitán por aquel entonces). Sucedió simplemente que no se pudo establecer combate porque Barreras se había retirado en esos mismos instantes, pensando lógicamente que el 26 de Julio podía haber algunos ataques fuertes y desconfiando quizás, de la posición. Prácticamente fue una expedición lo que se llevó a cabo en Estrada Palma. De todas maneras las tropas del ejército, al día siguiente persiguieron a nuestras guerrillas y, como todavía no teníamos el grado de organización suficiente, fue apresado un hombre que se había quedado dormido en una región cercana a San Lorenzo, según creo recordar.

Nosotros, después de tener esta noticia, decidimos trasladarnos rápidamente para tratar de atacar algún otro cuartel en los días inmediatos al 26 de julio y seguir manteniendo el ambiente propicio a la insurrección.

Cuando íbamos caminando para alcanzar la Maestra, cerca de un lugar denominado La Jeringa, nos alcanzó uno de los dos hombres que habían ido a buscar al desertor; nos comunicó que su compañero de misión le había dicho primero que era amigo íntimo del chino Wong y que no lo podía traicionar, después, lo invitó a desertar y manifestó luego que no volvía a la guerrilla. Este compañero le dio el alto, pero el

desertor siguió caminando, por lo que disparó, matándolo. Reuní toda la tropa en la loma anterior al teatro del suceso macabro, explicándole a nuestra guerrilla lo que iba a ver y lo que significaba aquello; el por qué se castigaría con la muerte la deserción y el por qué de la condena que había que hacer contra todo aquel que traicionara la revolución. Pasamos en fila india en riguroso silencio, muchos de los compañeros todavía consternados ante el primer ejemplo de la muerte, junto al cadáver de aquel hombre que trató de abandonar su puesto, quizás movidos más por algunas consideraciones de afecto personal hacia el desertor primero y por una debilidad política natural de aquella época, que por deslealtad a la revolución. Naturalmente, los tiempos eran duros y se dictaminó como ejemplar la sanción. No vale la pena dar aquí los nombres de los actores, diremos solamente que el desertor caído era un muchacho joven, campesino humilde de aquella misma zona.

Volvimos a pasar por algunas zonas ya conocidas anteriormente. El 30 del mes de julio, Lalo Sardiñas hizo contacto con un viejo amigo, un comerciante de la zona de las minas llamado Armando Oliver, establecimos una cita en una casa vecina a la zona de California y allí nos vimos con éste y Jorge Abich, a quien le manifestamos nuestra intención de atacar las Minas y Bueycito. Era un paso arriesgado poner en manos de otra gente el secreto, pero Lalo Sardiñas los conocía; tenía confianza en estos compañeros.

Armando nos informó que Casillas iba los domingos por las zonas, pues siguiendo las cos-

tumbres inveteradas de los militares, tenía una querida allí. Nosotros, sin embargo, estábamos más dispuestos a hacer un ataque rápido antes de que se conociera nuestra presencia, que tratar de dar un golpe de suerte y capturar a este militar conocido por sus felonías. Acordamos que en la noche del día siguiente, el 31 de julio, iniciáramos el ataque. Armando Oliver se encargaría de conseguirnos camiones, guías para los lugares y un minero que se encargara de volar los puentes que comunican la carretera de Bueycito con la de Manzanillo-Bayamo. A las dos de la tarde del día siguiente emprendimos la marcha, tardamos un par de horas en llegar a la cresta de la Maestra donde dejamos todas las mochilas escondidas y seguimos con nuestro equipo de campaña. Teníamos que hacer un camino largo y cruzamos por una serie de casas, en una de las cuales había una fiesta, hubimos de llamar la atención a todos los fiestantes y "leerles la cartilla", de modo que quedaba bien claro su responsabilidad si se sabia algo de nuestro paso en ese momento y seguimos caminando a toda prisa. Naturalmente, el peligro de estos encuentros no era muy grande, pues no había teléfono, ni ningún tipo de comunicación en la Sierra Maestra por ese entonces y el informante debía correr a pie para llegar antes que nosotros .

Llegamos a la casa del compañero Santiesteban, que tenía una camioneta a nuestra disposición y también dos camiones más que Armando Oliver nos había mandado. En esta forma con toda la tropa montada, Lalo Sardiñas en el primer camión, Ramirito conmigo en el segundo y Ciro con su pelotón en el tercero,

hicimos la marcha hasta el poblado de Minas, la que duró cerca de tres horas. En las Minas se había levantado toda vigilancia del ejército, de manera que toda la tarea fue tomar precauciones para que nadie se moviera hacia Bueycito; aquí se quedó la escuadra de retaguardia al mando del Teniente Vilo Acuña, hoy comandante de nuestro Ejército Rebelde, y seguimos con el resto hasta la cercanía de Bueycito.

En la entrada del poblado paramos un camión de carbón y lo mandamos adelante con un hombre para ver si había vigilancia, pues a veces en la entrada de Bueycito una posta del ejército revisaba todo lo que salía de la sierra; en ese momento no había nadie, todos los guardias dormían felices.

Hicimos nuestro plan simple, aunque algo pretencioso: Lalo Sardinas debía caer sobre el lado oeste del cuartel, Ramiro con su pelotón rodearlo totalmente, Ciro? con la ametralladora de la escuadra de la comandancia, estaría listo a atacar por el frente y Armando Oliver llegaría despreocupadamente con un automóvil, alumbrando de pronto a los guardias; en ese momento la gente de Ramirito debía irrumpir en el cuartel tomando a todos presos; al mismo tiempo había que tomar precauciones para apresar a todos los guardias que dormían en sus propias casas. La escuadra del teniente Noda, muerto luego en ataque a Pino del Agua, era la encargada de detener cualquier tránsito por la carretera hasta que se iniciara el fuego y William fue enviado a volar el puente que conecta a Bueycito con el entronque de la carretera central, para detener algo a las fuerzas represivas.

El plan no pudo llevarse a cabo, pues era demasiado difícil para hombres que no conocían el terreno y sin gran experiencia. Ramiro perdió parte de su gente en la noche y llegó algo tarde y el carro no llegó a salir; en un momento dado los perros ladraron profundamente mientras colocábamos la gente en sus posiciones.

En una casa, mientras transitaba por la calle principal del pueblo, me salió un hombre; le di el "alto quién vive", el hombre creyendo que era un compañero se identificó "La Guardia Rural"; cuando lo fui a encañonar saltó a la casa, cerró rápidamente la puerta y se oyó dentro un ruido de mesas, sillas y cristales rotos, mientras alguien saltaba por atrás en silencio; fue casi un contrato tácito entre el guardia y yo, pues no me convenía disparar, ya que lo importante era tomar el cuartel, y él no dio ningún grito de aviso a sus compañeros.

Seguimos avanzando buscando las posiciones para los últimos hombres cuando el centinela del cuartel avanzó extrañado por la cantidad de perros que ladraban y probablemente al escuchar los ruidos del encuentro con el soldado. Nos topamos cara a cara, apenas a unos metros de distancia: tenía la Thompson montada y él un Garant: mi acompañante era Israel Pardo; le di el alto y el hombre que llevaba el Garant listo, hizo un movimiento, para mí fue suficiente: apreté el disparador con la intención de descargarle el cargador en el cuerpo; sin embargo falló la primera bala y quedé indefenso. Israel Pardo tiró, pero su pequeño fusil 22, defectuoso, tampoco disparó. No sé bien cómo Israel salió con vida, mis recuerdos alcanzan sólo

para mí que, en medio del aguacero de tiros del Garant del soldado, corrí con velocidad que nunca he vuelto a alcanzar y pasé, ya en el aire, doblando la esquina para caer en la calle transversal y arreglar ahí la ametralladora; sin embargo, el soldado impensadamente había dado la señal de ataque, pues éste era el primer disparo que se oyera. Al oír tiros por todos lados, el soldado, acoquinado, quedó escondido en una columna y allí lo encontramos al finalizar el combate que apenas duró unos minutos.

Mientras Israel iba a hacer contacto, cesaba el tiroteo y llegaba ya la noticia de la rendición. La gente de Ramirito, al oír los primeros disparos cruzó la cerca y atacó por detrás del cuartel disparando rasante por una puerta de madera.

En el cuartel había doce guardias de los cuales seis estaban heridos, nosotros habíamos sufrido una baja definitiva, la del compañero Pedro Rivero, recientemente incorporado, atravesado por un balazo en el tórax y, además, teníamos tres heridos leves. Quemamos el cuartel, luego de llevar todas las cosas que pudieran sernos útiles, y nos fuimos en los camiones llevando prisioneros al sargento del pueblo y a un chivato llamado Oran.

El pueblo nos brindaba cervezas frías y refrescos en el camino, pues ya era de día, había sido volado el pequeño puente de madera cerca de la carretera central; al pasar nosotros en el último carro, volamos otro pequeño puente de madera sobre un arroyo. El minero que lo hizo nos fue entregado por Oliver ya como miembro de la tropa, y fue una valiosa adquisición para nosotros; su nombre, Cristino Naranjo, coman-

dante asesinado en épocas posteriores al triunfo de la revolución.

Seguimos avanzando y llegamos a Las Minas. Hicimos un alto para dar un pequeño mitin; como parte de la comedia uno de los Abich, comerciante de la zona, nos pidió en nombre del pueblo que dejáramos en libertad al sargento y al chivato, nosotros le explicamos que solamente los manteníamos prisioneros para garantizar, con la vida de ellos, el que no hubiera represalias en la población, pero ya que lo pedían tan insistentemente nosotros accedíamos. De esta manera quedaron los dos prisioneros devueltos y el pueblo asegurado. Al salir hacia la sierra, enterramos al compañero en el cementerio del poblado; apenas alguno que otro avión de reconocimiento volaba sobre nosotros a mucha altura, por lo cual nos paramos en una bodega, todavía en el camino para atender a los tres heridos: uno presentaba un tiro a sedal pero desgarrante en el hombro y fue la curación algo más difícil; el otro tenía pequeña herida de arma de poco calibre en la mano y el tercero un chichón en la cabeza producido por las patadas de las mulas del cuartel que al ser heridas o asustadas por el fuego daban coces en distintas direcciones y en una de esas, según aquel compañero, le tiraron un pedazo de mampostería en la cabeza. En lo Alto de California, después de dejar los camiones, se repartieron las armas, aunque mi participación en el combate fue escasa y nada heroica, pues los pocos tiros los enfrenté con la parte posterior del cuerpo, me adjudiqué un fusil ametralladora Browning, que era la joya del cuartel, y dejé la vieja Thompson y sus peligrosísimas balas que nun-

ca disparaban en el .momento oportuno. Se hizo el reparto y la adjudicación de las mejores armas para los mejores combatientes y se licenció a los que habían tenido peor actuación incluyendo a los "mojados", un grupo de hombres que se había caído al río huyendo al escuchar los primeros disparos. Entre la gente que había tenido mejor actuación en aquel momento podemos citar al Capitán Ramiro Valdés, que dirigió el ataque, y al Teniente Raúl Castro Mercader que junto con algunos de sus hombres participó decisivamente en el pequeño combate.

Al llegar a las lomas nuevamente, nos enterábamos de que estaba establecido el estado de sitio, la censura y además, nos enterábamos en ese momento de la gran pérdida que había sufrido la revolución, al ser asesinado Frank País en las calles de Santiago. De tal manera, acababa una de las vidas más puras y gloriosas de la Revolución Cubana y el pueblo de Santiago, de La Habana y de toda Cuba se lanzaba a la calle en la huelga espontánea de agosto, caía en una censura total la semicensura del gobierno, e iniciábamos una nueva época expresada por el silencio de los cotorros seudoposicionistas y los salvajes asesinatos cometidos por los batistianos en toda Cuba que se ponía en pie de guerra.

Con Frank País perdimos uno de los más valiosos luchadores pero la reacción ante su asesinato demostró que nuevas fuerzas se incorporaban a la lucha y que crecía el espíritu combativo del pueblo.

EL COMBATE DE EL HOMBRITO

La columna formada tenia sólo un mes te vida y ya empezábamos los amagos de nuestra vida sedentaria en la Sierra Maestra. Estábamos en el valle llamado El Hombrito, porque vista la Maestra desde el llano un par de lajas gigantescas, superpuestas en la cima, semejan la figura de un pequeño hombrecito.

Todavía era muy novata la fuerza, había que preparar a los hombres antes de someterlos a trajines más duros, pero las exigencias de nuestra guerra revolucionaria obligaban a presentar combate en cualquier momento. Teníamos la obligación de salirle al paso a las columnas que invadieran lo que ya empezaba a ser territorio libre de Cuba, una cierta parte de la Sierra Maestra.

El 29 de agosto, mejor dicho, la noche del 29 de agosto un campesino nos informaba que había una tropa grande que estaba por subir la Maestra, precisamente por el camino de El Hombrito, que cae al valle o sigue al Alto de

Conrado para cruzar la Maestra. Estábamos curados de espanto por las noticias falsas que traía, por lo cual tomé al hombre como rehén para que dijera la verdad amenazándolo con terribles castigos si mentía, pero él juraba y rejuraba que estaba en lo cierto y que los guardias estaban en la finca de Julio Zapatero, un par de kilómetros antes de la Maestra.

Nos trasladamos por la noche situando nuestras fuerzas. El pelotón de Lalo Sardiñas debía ocupar el lado este de la posición en el "sao" de helechos secos de poca altura y castigar con su fuego a la columna cuando ésta fuera detenida. Ramiro Valdés con la gente de menos poder de fuego por el lado oeste debía hacer una "hostilización acústica" para sembrar la alarma. Aunque poco armado, su posición era menos peligrosa porque los guardias debían atravesar un profundo barranco para llegar a ellos.

El trillo por donde debían subir bordeaba la loma por el lado donde estaba emboscado Lalo. Ciro los atacaría en una forma oblicua y yo, con una pequeña columna de los tiradores mejor armados, debía dar la orden de fuego con el primer disparo. La mejor escuadra estaba al mando del Teniente Raúl Mercader, del pelotón de Ramiro, por lo que fue colocada como fuerza de choque para recoger los frutos de la victoria. El plan era muy sencillo: al llegar a una pequeña curva del camino donde éste hacía un ángulo casi de 90 grados para bordear una piedra, yo debía dejar pasar diez o doce hombres aproximadamente y disparar sobre el último en cruzar el peñón donde torcía el camino, de manera que quedaran separados del resto; entonces los otros debían ser rápidamente liquidados por los

tiradores, la escuadra de Raúl Mercader avanzaría, se tomarían las armas de los muertos y nos retiraríamos inmediatamente protegidos por el fuego de la escuadra de retaguardia mandada por el Teniente Vilo Acuña.

Por la madrugada, desde un cafetal, en la posición adjudicada a Ramiro Valdés estábamos mirando la casa de Julio Zapatero, situada allá abajo, en la ladera del monte. Al despuntar el sol se empezó a ver un movimiento de hombres que salían, entraban, se movían en el trajín del despertar. A poco algunos se ponían sus cascos y quedaba demostrada la aseveración del campesino de que allí estaba la columna. Toda nuestra gente estaba ya situada en su posición de combate.

Fui a colocarme en mi puesto mientras veíamos ascender la cabeza de la columna, trabajosamente. La espera se hacía interminable en aquellos momentos y el dedo jugaba sobre el gatillo de mi nueva arma, el fusil ametralladora Browning, listo para entrar en acción por primera vez contra el enemigo. Al fin corrió la voz de que se acercaban, además se oían sus voces despreocupadas y sus gritos estentóreos; pasó el primero, el segundo, el tercero, por el peñón, pero desgraciadamente iban muy separados uno de otro y estaba calculando que no daría tiempo a que pasara la docena escogida; cuando contaba el sexto oí un grito delante y uno de los soldados levantó la cabeza como sorprendido; abrí fuego inmediatamente y el sexto hombre cayó; enseguida se generalizó el fuego y, a la segunda descarga de fusil automático, desaparecieron los seis hombres del camino.

Di la orden de ataque a la escuadra de Raúl Mercader mientras algunos voluntarios caían también sobre el lugar y a ambos lados se hacía fuego sobre el enemigo. El Teniente Orestes, de la vanguardia, el propio Raúl Mercader, Alfonso Zayas, Alcibiades Bermúdez y Rodolfo Vázquez entre otros, avanzaban y desde el peñón hacían fuego a la columna enemiga, fuerte de una compañía al mando del Comandante Merob Sosa. Rodolfo Vázquez le quitaba el arma al soldado herido por mí, el que, para mal de nuestros pesares de aquel momento, resultó ser un sanitario que sólo llevaba un revólver 45 de la Guardia Rural con diez o doce balas. Los otros cinco habían escapado despeñándose del camino hacia su derecha y huyendo por el cauce de un arroyo que allí existe. Al poco tiempo empezaron a sonar los primeros bazookazos disparados por las tropas que se habían repuesto algo de la mayúscula sorpresa, ya que no esperaban encontrar ninguna resistencia en su marcha.

La ametralladora Maxim era la única arma de algún peso que teníamos fuera de mi fusil ametralladora, pero no había funcionado y su encargado Julio Pérez fracasaba en el manejo de esta arma.

Por el lado de Ramiro Valdés, Israel Pardo y Joel Iglesias habían avanzado sobre el enemigo con sus casi infantiles armas mientras las escopetas hacían un ruido infernal disparando a cualquier lado, aumentando el desconcierto de los guardias. Di la orden de retirada a los dos pelotones laterales y cuando éstos empezaron a cumplirla, iniciamos nosotros también la retirada dejando la escuadra de retaguardia encar-

gada de mantener el fuego hasta que pasara todo el pelotón de Lalo Sardiñas, ya que estaba prevista una segunda línea de resistencia.

Cuando nos retirábamos nos alcanzó Vilo Acuña que había cumplido su misión, anunciándonos la muerte de Hermes Leyva, primo de Joel Iglesia. Al ir retirándonos se presentaba ante nosotros un pelotón que enviara Fidel, a quien yo le había avisado de la inminencia del choque con fuerzas superiores. Lo mandaba el capitán Ignacio Pérez. Nos retiramos a unos mil metros del lugar del combate y allí establecimos nuestra nueva emboscada en espera de los guardias. Estos llegaron a la pequeña altiplanicie donde se había desarrollado el combate y, ante nuestros ojos, el cadáver de Hermes Leyva era quemado por los guardias que así ejercitaban su venganza. Nuestra ira impotente se limitaba a disparar desde lejos con fusiles y algunas ráfagas que ellos contestaban con bazookas.

Me enteré en ese momento que la exclamación del guardia que había provocado mi disparo apresurado había sido "esto es un jamón" y debía referirse probablemente a que ya estaba llegando a la cúspide de la loma Este combate nos probaba la poca preparación combativa de nuestra tropa' que era incapaz de hacer fuego con certeza sobre enemigos que se movían a una tan corta distancia como la que existió en este combate, donde no debe haber habido más de diez o 20 metros entre la cabeza de la columna enemiga y nuestras posiciones. Con todo, para nosotros era un triunfo muy grande, habíamos detenido totalmente la columna de Merob Sosa que, al anochecer, se retiraba y ha-

bíamos obtenido una pequeña victoria sobre ellos con la minúscula recompensa de una arma corta que nos costaba, sin embargo, la vida de un combatiente valioso. Todo esto lo habíamos conseguido con un puñado de armas medianamente eficaces contra una compañía completa, de ciento cuarenta hombres por lo menos, con todos los efectivos para una guerra moderna y que había lanzado una profusión de bazookazos y, quizás, de morterazos sobre nuestras posiciones, tan a tontas y a locas como los disparos de nuestras gentes a la punta de vanguardia enemiga.

Después de este combate se producían algunos ascensos; Alfonso Zayas era nombrado teniente por su valiente comportamiento en este combate y sucedieron algunos más que en este momento no recuerdo. Esa noche, o al día siguiente, después de alejados los guardias, teníamos una conversación con Fidel en la cual nos narraba, eufórico, cómo había hecho un ataque a las fuerzas batistianas en la zona de las Cuevas y me enteraba también de la muerte de algunos valiosos compañeros en esta lucha; Juventino Alarcón, de Manzanillo, de los primeros en incorporarse a la guerrilla, Pastor, Yayo Castillo, Oliva, hijo de un teniente del ejército batistiano, gran combatiente y gran muchacho como todos ellos.

La lucha reñida por Fidel había sido mucho más importante, ya que no se trataba de una emboscada sino del ataque sobre un campamento con cierta preparación defensiva; aunque no se logró el aniquilamiento de las fuerzas enemigas se les hizo bastantes bajas; se retiraron al día siguiente de la posición. Uno de los hé-

roes de la jornada fue el negro Pilón, bravo combatiente de nuestras tropas de quien se cuenta que llegó a un bohío donde había "un montón de tubos raros con unas cajitas al lado", lo que parece eran bazookas que el enemigo ya había abandonado, pero como nosotros no conocíamos esa arma sino de nombre y menos Félix (el negro Pilón) éste las dejó y luego tuvo que retirarse herido en una pierna. Perdimos así una oportunidad de adquirir armas tan eficaces para el ataque a pequeñas fortificaciones del enemigo.

El combate nuestro tenía una repercusión nueva; uno o dos días después se conocía un parte del ejército donde se hablaba de cinco o seis muertos, después nos enterábamos que, además de nuestro compañero cuyo cadáver habían ultrajado, había que lamentar los asesinatos de cuatro o cinco campesinos que, supuso el siniestro Merob Sosa, eran responsables de la emboscada por no haber comunicado la presencia de nuestras tropas por aquellos parajes. Recuerdo los nombres de Abigaíl, Calixto, Pablito Lebón (un pichón de haitiano) y Gonzalo González, todos totalmente ajenos a nuestra lucha o, por lo menos, parcialmente ajenos a ella, pues conocían de nuestra presencia relativamente cerca de allí y simpatizaban, como todo el campesinado con nuestra causa, pero inocentes totalmente de la maniobra que se tenía preparada, ya que nosotros, conocedores de los sistemas que empleaban los jefes del ejército batistiano, ocultábamos nuestras intenciones a los campesinos y si alguno pasaba por el lugar de una emboscada lo reteníamos hasta que ésta se produjera. Los desgraciados campesinos fue-

ron ultimados en sus bohíos, a los que luego prendieron fuego.

Este combate nos señalaba lo fácil que era, en determinadas circunstancias, atacar columnas enemigas en marcha y, además, nacía en nosotros la certidumbre de la bondad táctica de tirar siempre sobre la cabeza de la tropa en marcha para tratar de matar el primero, o a los primeros, logrando así que todos buscaran no ir adelante y se llegara a inmovilizar la fuerza enemiga. Esta táctica poco a poco fue cristalizando y al final era tan sistemática que realmente el ejército enemigo dejó de penetrar en la Sierra Maestra y se producían escándalos, pues los soldados rehuían la vanguardia, pero todavía faltaban bastantes combates para que esto se hiciera una realidad

Por ahora, con Fidel, podíamos hablar de esas nuestras pequeñas hazañas que eran grandes sin embargo, por la gran desproporción de fuerzas que existía entre nuestros soldados, pobremente armados y las perfectamente armadas fuerzas de represión.

Desde entonces se marca más o menos el momento en que las tropas batistianas dejan definitivamente la sierra y solamente penetra en ella, con rasgos de audacia y muy de vez en cuando, Sánchez Mosquera, el más bravo, el más asesino y uno de los más ladrones de todos los jefes militares que tenía Batista.

PINO DEL AGUA, I

Después del encuentro con Fidel, el 29 de agosto, marchamos algunos días, juntos a veces y otras separándonos alguna distancia, pero con el objeto de pasar unidos por el aserrío de Pino del Agua. En ese momento teníamos noticias de que en Pino del Agua no había tropa enemiga o, en todo caso, una guarnición pequeña.

El plan de Fidel era el siguiente: si había alguna guarnición pequeña tomarla; en caso contrario, hacer acto de presencia y seguir él con su tropa para la zona de Chivirico. Nosotros debíamos quedar emboscados esperando el ejército batistiano que, en estos casos, inmediatamente venía para hacer una demostración de fuerza y disipar en el campesinado el efecto revolucionario de nuestra presencia

En el curso de los días que precedieron a Pino del Agua, en la caminata que transcurrió desde "Dos Brazos del Guayabo", donde nos encontramos hasta el lugar del combate, sucedie-

ron algunos hechos cuyos actores principales han tenido que ver con la historia posterior de la revolución.

Uno de ellos fue la deserción de Manolo y Popo Beatón, campesinos de la zona, que se habían incorporado a la guerrilla poco antes de Uvero, combatiendo allí y que ahora abandonaban nuestro campo. Estos dos individuos fueron readmitidos posteriormente en la guerrilla ya que Fidel les perdonara su traición, pero nunca superaron su condición seminómada y bandidesca y, por algún motivo personal, uno de ellos, Manolo, asesinó al Comandante Cristino Naranjo, después del triunfo de la revolución. Logró, posteriormente, fugarse de La Cabaña donde estaba recluido y formó una pequeña guerrilla en la propia zona donde había combatido en la Sierra Maestra, cometiendo, entre otras fechorías, el asesinato de Pancho Tamayo, valioso compañero incorporado desde los primeros días de la revolución. Finalmente, una fuerza campesina tomó prisioneros a él y a su hermano Popo, siendo ambos fusilados en Santiago.

También nos ocurrió un accidente desagradable: un compañero, llamado Roberto Rodríguez, fue desarmado por insubordinación. Era muy indisciplinado y el teniente de la escuadra a que pertenecía lo desarmó ejerciendo un derecho disciplinario. Roberto Rodríguez arrebató el revólver a un compañero y se suicidó. Tuvimos un pequeño incidente debido a mi oposición a que se se rindieran honores militares, ya que los combatientes entendían que era uno más caído y nosotros argumentábamos que suicidarse en unas condiciones como las nuestras

es un acto repudiable, independientemente de las buenas cualidades del compañero. Tras un conato de insubordinación, solamente se veló el cuerpo del compañero, sin rendirle honores.

Uno o dos días antes me había contado parte de su historia y se notaba en él un muchacho de exagerada sensibilidad que estaba haciendo enormes esfuerzos por acoplarse a la vida dura de la guerrilla y, además, a la disciplina del ejército, cosas que chocaban con su naturaleza física débil y su instinto de rebeldía

Dos días después enviamos un pequeño grupo a las Minas de Bueycito para hacer una demostración de fuerza, ya que era el 4 de septiembre; la pequeña tropa estaba mandada por el Capitán Ciro Redondo y trajo prisionero a un soldado enemigo de nombre Leonardo Baró. Este Baró jugó un papel importante en las fuerzas de la contrarrevolución; fue prisionero nuestro durante un buen tiempo hasta que un día me hizo un patético relato sobre la enfermedad de su madre y creí en sus palabras, tratando de convencerlo, de paso, que diera un golpe de efecto político. Le propuse que tomara una guagua, viera a su madre en La Habana y después pidiera asilo en una embajada, diciendo que no quería luchar más contra nosotros y denunciando al régimen de Batista. El objeto aquello diciendo que no podía denunciar al régimen por el cual sus hermanos peleaban y quedamos en que simplemente iba a declarar que no deseaba pelear más, cuando se asilara.

Lo mandamos con cuatro compañeros, con órdenes rigurosísimas de que no fuera a ver a nadie en el camino, a pesar de que conocía ya a muchos campesinos que venían a visitarnos al

campamento; además, los cuatro compañeros que se encargaron de llevarlo debían hacer todo el tramo a pie hasta las cercanías de Bayamo, donde podían dejarlo y volver por otro camino.

Aquella gente no siguió las indicaciones, se dejaron ver por mucha gente, celebraron incluso alguna reunión en su presencia, ya en calidad de liberado y presunto simpatizante, y tomaron un jeep trasladándose a Bayamo. En el camino fueron interceptados por las tropas batistianas y los cuatro compañeros fueron asesinados. Nunca supimos bien si Baró participó en este crimen o no, lo cierto es que inmediatamente se instaló en las Minas de Bueycito, se puso a las órdenes del asesino Sánchez Mosquera y empezó a identificar campesinos, de los que llegaban a comprar sus mandados allí y que habían estado en contacto con nuestra guerrilla. Innúmeras son las víctimas que costó mi error al pueblo de Cuba.

A los pocos días del triunfo de la revolución, Baró fue apresado y ajusticiado.

Poco después bajamos a San Pablo de Yao, donde entramos en medio del alborozo general del pueblo, nos apoderamos pacíficamente de él algunas horas (no había tropa enemiga) y empezamos a hacer contactos. Trabamos conocimiento con alguna gente de la localidad y cargamos toda la mercancía posible en camiones que conseguimos con los mismos comerciantes a quienes se la compramos a crédito, pues en aquella época pagábamos con vales. Conocimos entonces a Lidia Doce, quien fuera después nuestra gran compañera y la encargada de todas las tareas de contactos de la columna hasta su muerte ocurrida en La Habana.

La tarea de traer la mercancía desde Yao fue muy dura, el camino que sube de San Pablo de Yao a Pico Verde, por la mina La Cristina, es muy empinado y solamente los camiones con doble diferencial y no muy cargados, pueden hacerlo; los nuestros se rompieron en el camino, y hubo que cargar todo el abastecimiento entre mulos y hombres.

En estos días se produjeron también una serie de separaciones provocadas por distintos motivos. Un compañero, buen combatiente, fue expulsado de la guerrilla por emborracharse durante la expedición a Yao, mientras estaba en una posta y poner así en peligro a toda la columna. Otro, Jorge Sotús, dejaba su cargo de jefe de un pelotón y marchaba con una encomienda de Fidel a Miami. La realidad es que Sotús nunca pudo amoldarse a la sierra y la gente no lo quería, dado su carácter despótico. Su carrera también estuvo llena de altibajos. Tuvo una actitud vacilante, cuando no traidora en Miami: volvió a nuestro ejército y fue amnistiado, perdonándosele sus pasados errores: traicionó en la época de Hubert Matos y fue condenado a veinte años de cárcel; se fugó con la complicidad de un carcelero y llegó a Miami. Cuando preparaba una lancha para una incursión pirata contra el territorio cubano, murió al parecer, electrocutado en un accidente.

Otro de los compañeros que se separaban en aquellos días, era Marcelo Fernández, coordinador del Movimiento en las ciudades, que volvía a trabajar en sus bases, después de haber permanecido un tiempo, bastante largo, en la Sierra Maestra.

Después de estos incidentes reanudamos

nuestra marcha acercándonos a Pino del Agua, a donde llegamos el 10 de septiembre. Pino del Agua es un caserío pequeño, edificado alrededor de un aserrío, en el mismo firme de la Maestra. En aquella época estaba administrado por un español y había unos cuantos obreros, nadie del ejército enemigo. Toda la tropa ocupó el caserío aquella noche y Fidel dejó conocer su itinerario a la gente del lugar, calculando que algo se filtraría al ejército.

Hicimos una pequeña maniobra de diversión y, mientras la columna de Fidel seguía su marcha hacia Santiago, a la vista de todo el mundo, nosotros dábamos un rodeo en la noche y nos emboscábamos para la espera del ejército enemigo. De nuestro avituallamiento de las cosas esenciales, si no tardaba mucho en presentarse el enemigo, estaría encargado, como siempre, el viejo Tamayo, que vivía en esa zona, en la región llamada Cuevas de Peladero.

Distribuimos nuestra tropa de tal manera que estuvieran todos los caminos vigilados. Nuestra vigilancia llegaba, por un lado, al mismo camino que desemboca de Yao a Pico Verde, varias leguas antes de Pino del Agua, y otro camino más directo, que sube a la Maestra y que no es transitable por camiones. El grupo de Pico Verde era pequeño, más bien de escopeteros, con el encargo de dar la alarma en caso necesario, pues era un buen camino de retirada y el que pensábamos utilizar después de la acción. Efigenio Ameijeiras quedaba encargado de vigilar uno de los caminos de acceso por retaguardia, también viniendo de la zona de Pico Verde. Lalo Sardiñas, con un pelotón, quedaba en la zona de El Zapato, custodiando una serie de

caminos de extracción de madera, que mueren en las márgenes del río Peladero. Era una precaución excesiva, pues el enemigo debía hacer una marcha muy larga a través de la sierra para llegar hasta ese camino y no eran sus métodos los de caminar en columna por la montaña. Ciro Redondo era el encargado, con todo su pelotón, de defender el acceso por la Siberia. Esta es la zona en que se unen Uvero y Pino del Agua, dos aserríos que empatan entre sí a través de un camino que pasa por el punto elegido para Ciro, en el filo de la Maestra.

Nosotros teníamos nuestras fuerzas distribuidas en la parte lateral del camino que sube de Guisa, en un monte sobre el farallón, de manera de sorprender a los camiones y concentrar el poder de fuego en el lugar donde era más probable que vinieran. El lugar elegido permitía avistar los camiones desde muy lejos. El plan era simple; se les dispararía de ambos lados y pararíamos el primer camión en una curva, iniciando el fuego contra todos los otros que siguieran; para detenerlos, pensando que podíamos tomar tres o cuatro vehículos si la sorpresa resultaba. El pelotón que actuaría era el de las mejores armas y estaba reforzado por gente del capitán Raúl Castro Mercader.

Estuvimos aproximadamente, siete días emboscados pacientemente sin ver llegar a las tropas. Al séptimo, cuando estaba en el pequeño estado mayor donde se hacía la comida para toda la tropa emboscada, me avisaron que el enemigo se acercaba. Como en este punto hay subidas muy pronunciadas, aún antes de verse nada se oye el zumbido de los camiones trepando la áspera pendiente.

Nuestras fuerzas se prepararon para el combate; en el lugar principal se colocaron los hombres que estaban al mando del Capitán Ignacio Pérez y debía pasar el primer camión y, lateralmente, los demás que dispararían sobre los distintos vehículos. Veinte minutos antes del combate se desató una lluvia torrencial, cosa habitual en la sierra, que nos empapó hasta los huesos, pero los soldados enemigos iban todavía más preocupado por el agua que por las posibilidades de un ataque y esto nos sirvió para la sorpresa. El encargado de abrir el fuego tenía una ametralladora Thompson; efectivamente, abrió fuego con ella, pero en tales condiciones que no le dio a nadie; se generalizó el tiroteo y los soldados del primer camión, más asustados y sorprendidos que heridos por la acción, saltaron al camino y se perdieron tras el farallón después de matar a un gran combatiente, poeta de nuestra columna, a quien le decíamos *Crucito*, llamado José de la Cruz.

El combate presentó características extrañas; un soldado enemigo se refugió debajo del camión, en la curva del camino y no dejaba asomar la cabeza a nadie.

Habían pasado uno o dos minutos cuando llegué al lugar de los hechos —encontrando que mucha gente iba en retirada debido a una falsa orden, accidente muy frecuente en medio de los combates— Arquímedes Fonseca llevaba una mano herida al salvar el fusil ametralladora abandonado por su sirviente. Hubo que dar instrucciones a todos que volvieran al combate y pedir que cooperaran las fuerzas de Lalo Sardiñas y Efigenio Ameijeiras para concentrar nuestro golpe.

Estaba en la carretera un combatiente llamado Tatín que en el momento que bajé a la carretera me dijo con voz desafiante: "Ahí está, debajo del camión, vamos, vamos, aquí se ven los machos". Me llené de coraje, ofendido en lo más íntimo por esta manifestación que presumía una duda, pero cuando tratamos de acercarnos el anónimo combatiente enemigo que disparaba con su fusil automático desde bajo el camión, tuvimos que reconocer que el precio de demostrar nuestra guapería iba a ser demasiado caro, ni mi impugnador ni yo pasamos el examen. El soldado se retiró con su fusil ametralladora arrastrándose y se salvó de caer prisionero o muerto.

Los camiones del ejército eran cinco y transportaban una compañía. La escuadra dirigida por el teniente Antonio López, cumplió a cabalidad las instrucciones de no permitir el paso de nadie más después de iniciado el combate y allí había quedado detenido el tercer camión. Sin embargo, algunos soldados, haciendo una resistencia enérgica no nos permitían avanzar. Llegaron los refuerzos de Lalo Sardiñas y Efigenio Ameijeiras, quienes avanzaron sobre los camiones liquidando la resistencia.

Los soldados huían camino abajo, a la desbandada algunos y otros en dos camiones que habían salvado, abandonando todos los otros pertrechos.

Nos enteramos de sus fuerzas y de algunas de sus intenciones por la presencia de Gilberto Caldero. Este compañero había sido tomado prisionero durante una incursión de nuestras fuerzas por otras zonas, estuvo preso cierto tiempo y le habían traído con la intención de que enve-

nenara a Fidel mediante el contenido de un pomo que debía volcar en su comida. Al oír los disparos, Caldero se tiró del camión como todos los soldados pero, en vez de huir de los tiros, se presentó ante nosotros inmediatamente y se reincorporó a las tropas narrando su odisea. Al tomar el primer camión encontramos dos muertos, un herido, que todavía hacía gestos de pelea en su agonía, fue rematado sin darle oportunidad de rendirse, lo que no podía hacer pues estaba seminconsciente. Este acto vandálico lo realizó un combatiente cuya familia había sido aniquilada por el ejército batistiano. Le recriminé violentamente esa acción sin darme cuenta que me estaba oyendo otro soldado herido que se había tapado con unas mantas y había quedado, quieto, en la cama del camión. Al oír eso y las disculpas que daba el compañero nuestro, el soldado enemigo avisó de su presencia pidiendo que no lo mataran; tenía un tiro en la pierna, con fractura, y quedó a un costado del camino mientras proseguía el combate en los otros camiones. El hombre, cada vez que pasaba un combatiente por el lado, "no me mate, no me mate, el *Che* dice que no se matan los prisioneros". Cuando finalizó el combate, lo llevamos al aserrío, le hicimos las primeras curas y quedó allí para ser devuelto.

En los otros camiones se habían infligido pocas bajas al enemigo, pero quedó en nuestro poder una buena cantidad de armas. El resultado final del combate fue: un fusil automático Browning, 5 Garand, una trípode con su parque y otro fusil Garand más que fue escamoteado por la tropa de Efigenio Ameijeiras. Efigenio pertenecía a la columna de Fidel y alegaba que la participación de su pelotón en el combate

había sido decisiva de modo que tenía que obtener armas de las conquistadas, pero Fidel había dejado esa tropa a mi mando, precisamente para que nos ayudaran en la lucha por la cosecha de armas, de modo que desatendí las protestas y repartí los trofeos entre la gente de mi columna, salvo el fusil que no pasó por la contabilidad.

Se le entregó la Browning a Antonio López, teniente de una de las escuadras que había tenido mejor actuación y los Garands al Teniente Joel Iglesia, a Virelles, expedicionario del Corintia que se había incorporado a nuestras tropas; al soldado Oñate y a otros dos que no recuerdo. Se procedió a quemar los tres camiones capturados para hacer mayor daño al enemigo ya que nos era imposible transportarlos.

Mientras nos concentrábamos en el batey pasaron algunas avionetas que habían recibido aviso de nuestro ataque pero nosotros disparamos sobre ellas, alejándolas.

Uno de los hermanos Pardo, Mingolo, había ido a dar un parte a Fidel de que se acercaban los guardias, si mal no recuerdo, pero decidimos mandar otro con los resultados del combate (y a Caldero para que relatara su aventura).

Le mandamos avisar a Ciro que se retirara de su posición pues ya había acabado el combate y nos retiraríamos. Salió el mensajero, Mongo Martínez, con ese encargo.

Al rato escuchamos unos disparos; un grupo de nuestros escopeteros había descubierto a un soldado que marchaba como escondiéndosele, le dieron el alto, y, al tratar éste de resistirse, le había disparado. El hombre huyó dejando el fusil; entregaban un Sprinfield como señal del

triunfo. Nos preocupó el hecho de que todavía hubieran soldados dispersos por esa zona pero incorporamos el fusil a la contabilidad.

A los dos o tres días se incorporó a la columna Mongo Martínez y anunció que algunos soldados enemigos le habían salido al paso disparándole con escopetas y había tenido que huir porque estaba herido. Traía la seña; de los perdigones en la cara que estaba literalmente espolvoreada de ellos; ese era el Sprinfield que los compañeros escopeteros habían conquistado al enemigo. El resultado fue que el compañero herido tomó por un atajo creyendo que los guardias estaban cerca y se perdió en el monte sin avisarle a Ciro Redondo de nuestro combate y de la orden de retirada. Al día siguiente Ciro, que había escuchado los ecos del combate, mandó un mensajero y le reiteramos entonces la orden.

Mientras los B-26 pasaban bajo sobre el aserrío buscando víctimas, nosotros desayunábamos tranquilamente en las distintas construcciones, tomando chocolate brindado por la dueña de casa, aunque ésta no miraba pasar con mucho agrado los B-26, casi rozando los techos. Se fueron los aparatos y, cuando nos aprestábamos a la retirada con toda calma vimos aparecer por el camino de Siberia, que había custodiado Ciro hasta pocas horas antes, cuatro camiones cargados de soldados. Era otro grupo que venía con dirección contraria a unirse al primero y al cual hubiéramos podido hacerle una encerrona parecida, pero ya era tarde, una buena cantidad de nuestra tropa se había replegado a lugares más seguros. Hicimos dos disparos al aire que era la señal de retirada y nos fuimos tranquilamente.

En este combate, importante por su trascendencia, ya que fue conocido en toda Cuba, hicimos al ejército tres muertos y un herido (el prisionero que se devolvió) y además, un prisionero capturado por el pelotón de Efigenio al día siguiente y en el último peinado de la zona; era el cabo Alejandro, a quien llevamos con nosotros y que estuvo hasta el fin de la guerra en nuestra columna trabajando como cocinero. Allí mismo recibió sepultura Crucito en medio de la consternación de la tropa que perdió un gran compañero y a su bardo campesino. Crucito solía sostener enconados duelos poéticos con Calixto Morales a quien llamaba "guacaico de la sierra" en contraposición a él, "el ruiseñor de la Maestra".

Se distinguieron en este combate el Teniente Efigenio Ameijeiras, el Capitán Lalo Sardiñas, el Capitán Víctor Mora, el Teniente Antonio López y su escuadra, el entonces soldado Dermidio Escalona y el también soldado Arquímedes Fonseca, a quien se le entregó la ametralladora de trípode para que la usara luego de curarse la mano traspasada por un balazo. Por nuestra parte un herido leve, un muerto y algunos contusos o tocados por rozones de balas, incluyendo los perdigonazos de Monguito.

Nos retiramos de Pino del Agua por distintos caminos, volviendo a la zona de Pico Verde para reorganizarnos y esperar la llegada del compañero Fidel, quien ya tenía conocimiento del encuentro.

El análisis del combate mostraba que, si bien había sido un éxito político y militar, nuestras deficiencias eran enormes. El factor sorpresa debía haber sido aprovechado a fondo para casi

aniquilar a los ocupantes de los tres primeros vehículos; además, después de iniciado el combate se había dado una falsa orden de retirada que hizo perder el control de la gente y su ardor combativo y hubo poca decisión para tomar los vehículos, defendidos por pocos soldados, luego nos expusimos innecesariamente quedándonos una noche en el aserrío y la retirada definitiva se produjo con bastante desorden. Todo esto indicaba la necesidad imperiosa de mejorar la preparación combativa y la disciplina de nuestra tropa, tarea a la que nos dimos en los días siguientes.

UN EPISODIO DESAGRADABLE

Luego del combate de Pino del Agua, nos dimos a la tarea de mejorar todo el aparato organizativo de la guerrilla, en ese momento fortalecida por algunas unidades de Fidel, para hacerla más útil en su función de cuerpo combativo.

La escuadra del Teniente López, que se había distinguido en Pino del Agua y cuyos integrantes eran todos muchachos muy serios y fueron elegidos como miembros de una Comisión de Disciplina, que se encargaría de vigilar y hacer cumplir las normas establecidas en cuanto a vigilancia, disciplina en general, limpieza del campamento y moral revolucionaria. Pero la Comisión tuvo una vida efímera y se disolvió en circunstancias trágicas a los pocos días de creada.

Por aquella época, en la zona de la loma llamada La Botella, en un pequeño campamento que habitualmente usábamos como estación de tránsito, ajusticiamos a un antiguo desertor de

la columna, de apellido Cuervo, el que meses atrás se había fugado con un fusil; no conocimos el paradero posterior del arma pero si de las actividades de este sujeto, pues, bajo el pretexto de luchar por la causa revolucionaria y ajusticiar chivatos, estaba simplemente esquilmando a todo un sector de la población de la sierra, quizás en connivencia con el ejército.

Los trámites fueron muy expeditivos, dada su condición de desertor, procediéndose a su eliminación física. El procedimiento de ajusticiar individuos antisociales que al amparo de la situación de fuerza existente en la comarca cometían fechorías, desgraciadamente tuvo que ser empleado con alguna frecuencia en la Sierra Maestra.

Nos enteramos de que Fidel había acabado su recorrido por la zona del Sonador, después de llegar a Chivirico, y estaba de vuelta en nuestros predios, por lo cual fuimos caminando hacia Peladero tratando de conectarnos lo más rápidamente posible con él.

En esa época había un comerciante de la zona costeña, llamado Juan Balansa, cuyas conexiones con la dictadura y con los latifundistas eran marcadas, aunque no se podía decir de él que fuera un elemento activamente hostil contra nuestras guerrillas; pero, además, Juan Balansa tenía un mulo de mucha fama en la zona como animal resistente y útil y, como impuesto de guerra, se lo quitarnos.

El mulo nos llegó en la zona llamada de Pinalito, cerca del río Peladero, a cuyas márgenes debíamos bajar por farallones cortados casi a pico. Se presentaba la disyuntiva de sacrificarlo y llevar la carne en pedazos, dejarlo en

territorio hostil o tratar de que el animal caminara hasta donde pudiera. Decidimos probar, ya que matarlo y transportar la carne era muy difícil; el animal bajó en forma decidida y segura por lugares en los que había que deslizarse sujeto a bejucos o agarrándose como se pudiera a la saliente del terreno, cuando incluso la pequeña mascota que llevábamos —un perrito— tenía que ser transportada en brazos de los combatientes. Dio una demostración de dotes gimnásticas extraordinarias.

Repitió la hazaña al cruzar el río Peladero, en esta zona llena de grandes piedras, mediante una serie de saltos espeluznantes sobre las rocas y esto le salvó la vida; posteriormente fue montado por mí, constituyendo mi primera cabalgadura estable hasta que cayó en manos de Sánchez Mosquera en uno de los tantos encuentros que tuvimos en la sierra

En las márgenes del río Peladero se suscitó el episodio desagradable que motivara la extinción de la Comisión de Disciplina. Esta venía trabajando frente a la resistencia de una serie de compañeros inconformes con el establecimiento de normas disciplinarias, lo que obligaba a tomar medidas drásticas.

Uno de los grupos del pelotón de retaguardia, jugó una broma de mal gusto a todos los miembros de la Comisión, haciéndolos acudir rápidamente para el análisis de un problema muy grande, según ellos, el que era una suciedad que habían dejado para mofa de los compañeros. A resulta de esto, fueron presos varios de los componentes del grupo. Entre ellos estaba Humberto Rodríguez, tristemente célebre por su afición a hacer de verdugo en los casos en que

debíamos realizar la penosa tarea de ajusticiar a un delincuente y que, posteriormente en el triunfo de la revolución asesinara a un preso en colaboración con otro soldado rebelde, fugándose ambos de la cárcel de La Cabaña.

Dos o tres compañeros se encarcelaron junto con Humberto, en las condiciones de la guerrilla, la cárcel no significaba gran cosa, pero cuando la falta era grave se recurría al expediente de dejar sin comer, durante uno o varios días, al que infringiera la disciplina y éste sí era un castigo sentido. Dos días después del incidente, cuando todavía estaban presos los actores principales, se anunció que Fidel estaba cerca, en la zona llamada de El Zapato, y allí fui a recibirle y a entrevistarme con él. Habían pasado pocos minutos de la entrevista, cuando llegó Ramiro Valdés con la noticia de que Lalo Sardiñas, al castigar impulsivamente a un compañero indisciplinado y pretender darle con la pistola en la cabeza se le había escapado un tiro, matándolo en el acto. Había un principio de motín en la tropa. Inmediatamente me apersoné en el lugar, poniendo bajo custodia a Lalo, el ambiente contra él era muy hostil y los combatientes exigían un juicio sumarísimo y el ajusticiamiento.

Empezamos a tomar declaraciones y a buscar pruebas. Las opiniones se dividían y había quienes manifestaban directamente que había sido un asesinato premeditado y otros que fue un accidente. Independientemente de esto, el hecho de castigar físicamente a un compañero era un acto no permitido en la guerrilla y del cual Lalo Sardiñas era reincidente. Era difícil la situación, el compañero Sardiñas había sido

un combatiente de mucho valor, un defensor exigente de la disciplina y un hombre de gran espíritu de sacrificio. Quienes pedían más encarnizadamente la pena de muerte no eran, ni mucho menos, lo mejor del grupo. Una serie de factores, entre los cuales estaba muy presente la lucha por implantar la disciplina, jugaban un papel determinante.

Las declaraciones de los testigos continuaron hasta la noche. Fidel vino a nuestro campamento; era partidario de no aplicar la pena de muerte, pero no juzgó prudente tomar una decisión de esa naturaleza sin consultar con todos los combatientes. Siguió entonces una etapa del juicio en la cual nos tocó a Fidel y a mí la tarea de ser defensores de un reo que, impasible, escuchaba cómo se deliberaba acerca de su suerte, sin dar la más mínima señal de temor. Después de muchos discursos impulsivos en que solicitaban su muerte, me tocó hablar para pedir se reflexionara bien sobre el problema, trataba de explicar que la muerte del compañero debía ser achacada a las condiciones de la lucha, a la misma situación de guerra, y que, en definitiva, el dictador Batista era el culpable. Pero mis palabras sonaban muy poco convincentes ante ese auditorio hostil.

Ya estaba entrada la noche; se habían encendido algunas antorchas de pino y algunas velas para proseguir la discusión. Fidel entonces habló durante una larga hora explicando el por qué, en su opinión, no debía ser ajusticiado el compañero Sardiñas. Y explicaba todos los defectos que teníamos; la falta de disciplina, otras faltas que cometíamos a diario, las debilidades que ocasionaban y cómo, en definitiva,

el acto repudiable fue cometido en defensa del concepto de la disciplina y que había que considerar siempre esto. Su voz y su presencia en el monte, alumbrado por las antorchas, adquirían tonos patéticos y se notaba como muchas gentes cambiaban de idea por la opinión de nuestro líder.

Su enorme poder de persuasión fue puesto a prueba aquella noche.

A pesar de su elocuencia, no todo estaba claro; en definitiva se pensaba que debíamos poner a votación las alternativas: pena de muerte inmediata por fusilamiento o degradación y el subsiguiente castigo.

Muchas fuerzas, producto de los ánimos encendidos se movían en esta pequeña elección serrana en la cual estaba en juego la vida de un hombre. Hubo que suspender la votación porque algunos lo hacían dos veces y porque se hacía propaganda tergiversando las condiciones planteadas. Se volvió a explicar cuáles eran las alternativas a votar, pidiendo a todo el mundo que expresara claramente su voluntad. En una pequeña libreta de notas me tocaba a mí ir haciendo el cómputo de votos emitidos. Lalo era querido por muchos de nosotros; reconocíamos su culpa pero deseábamos que se salvara, como un elemento valioso para la revolución. Recuerdo que Oniria, una muchachita que se había unido a nuestra columna, casi una niña en aquella época, preguntaba con voz angustiada si ella también podía votar como combatiente de la columna. Se le permitió y, después que todos lo hicieron, empezó el cómputo.

En pequeños cuadritos, similares a los que se usan en medicina para el conteo de laborato-

rio, iba llevando los resultados de esta extraña votación. Sumamente pareja fue y después de algunas alternativas, la opinión de los ciento cuarenta y seis integrantes de la guerrilla que votaron, se dividió entre setenta y seis que se inclinaron por otro tipo de pena y setenta que pidieron la pena de muerte. Lalo se había salvado.

Esto no acabó aquí. Al día siguiente un grupo de inconformes con la decisión que había adoptado la mayoría, decidió retirarse de la guerrilla. Había una serie de elementos de muy poca categoría humana pero también muchachos valiosos. Paradójicamente, el teniente jefe de la unidad de disciplina y varios de los componentes de la escuadra, descontentos se retiraban del Ejército Rebelde. Recuerdo algunos nombres; un compañero llamado Curro, otro Pardo Jiménez que a pesar de ser sobrino de un ministro de Batista, participaba en la lucha. También Antonio López, se retiraba. No conozco el destino de estos compañeros, pero con ellos, se fueron también tres hermanos Cañizares, cuyos destinos no fueron heroicos. Uno murió en Playa Girón y otro fue prisionero allí, en el intento de invasión de los mercenarios. Aquellos hombres que no respetaron la mayoría y que demostraron su inconformidad abandonando la lucha, después se pusieron al servicio del enemigo y vinieron como traidores a luchar en nuestro suelo.

Se habían formado ya fuerzas que daban características nuevas al desarrollo de nuestra guerra revolucionaria; se estaba profundizando la conciencia de los dirigentes y de los combatientes; hacía carne en nosotros la necesidad de

una Reforma Agraria y de cambios profundos e integrales en el andamiaje social que era necesario llevar a cabo para sanear el país. Pero esta profundización de la conciencia de los más y los mejores, provocaba choques con una serie de elementos que había ido a la lucha sólo por un afán de aventuras o, quizás para recoger no sólo laureles sino también bienestar económico de esa participación.

Se retiraron algunos otros descontentos cuyos nombres en este momento no recuerdo, pero sí me viene a la memoria el de uno llamado Roberto que después contó toda una historia muy larga y mentirosa al ridículo de Conte Agüero, el que la publicó en *Bohemia*. Lalo Sardiñas fue destituido y condenado a ganar su rehabilitación peleando sólo con una pequeña patrulla contra el enemigo. Decidía irse con él uno de nuestros tenientes, Joaquín de la Rosa, que era tío de Lalo. En reemplazo del capitán Sardiñas, Fidel me dio uno de sus mejores combatientes: Camilo Cienfuegos que pasaba a ser capitán de la vanguardia de nuestra columna.

Inmediatamente teníamos que ponernos en camino para liquidar el intento de unos bandoleros, que, amparados en el nombre de nuestra revolución, estaban cometiendo sus fechorías en los escenarios primeros de nuestra lucha y en la zona cercana a Caracas y el Lomón. La primera tarea de Camilo en nuestra columna fue marchar a paso rápido para tomar prisioneros a todos estos elementos y poder juzgarlos posteriormente.

LUCHA CONTRA EL BANDIDAJE

Las condiciones de la sierra permitían ya una vida libre en un territorio más o menos amplio. Este territorio no era ocupado habitualmente por el ejército y, muchas veces, no era siquiera hollado por su planta, pero no teníamos organizado un sistema de gobierno lo suficientemente amplio y estricto como para impedir la libre acción de grupos de hombres que, bajo el pretexto de la acción revolucionaria, se dedicaban al pillaje, al bandidaje y a toda una serie de acciones delictivas.

Además, las condiciones políticas de la sierra eran todavía bastante precarias; el desarrollo político de sus habitantes era muy superficial y la presencia de un ejército enemigo, amenazador, a poca distancia no permitía superar estas deficiencias.

El cerco enemigo se iba estrechando nuevamente y había señales de un nuevo avance sobre la sierra; esto ponía nerviosos a los mora-

dores de la comarca y los más débiles buscaban ya la posibilidad de salvarse de la temida invasión de los asesinos de Batista. Sánchez Mosquera estaba acampado en el poblado de las Minas de Bueycito y se hacía evidente la nueva incursión.

Nosotros en el valle del Hombrito, octubre del año 1957, estábamos sin embargo, sentando las bases de un territorio libre y sentando el primer rudimento de actividad industrial que hubo en la sierra; un horno de pan que en esa época se iniciara. En esa misma zona del Hombrito existía un campamento que era como una antesala para las fuerzas guerrilleras donde grupos de jóvenes que llegaban a incorporarse quedaban bajo la autoridad de algunos campesinos de confianza de la guerrilla. El jefe del grupo se llamaba Arístidio, había pertenecido a nuestra columna hasta días anteriores al combate de Uvero en el cual no participó por haberse fracturado una costilla al caerse, demostrando luego poca inclinación a seguir en la guerrilla.

Este Arístidio fue uno de los casos típicos de campesinos que se unieron a la revolución sin una clara conciencia de lo que significaba y al hacer su propio análisis de la situación encontró más conveniente situarse en la "cerca", vendió su revólver por algunos pesos y empezó a hacer manifestaciones en la comarca de que él no era bobo para que lo tomaran en su casa, mansito, cuando las guerrillas se fueran y que haría contacto con el ejército. Varias versiones de estas declaraciones de Arístidio llegaron hasta mí. Aquellos eran momentos difíciles para la revolución y en uso de las atribuciones que como jefe de una zona tenía, tras de una investiga-

ción sumarísima, ajusticiamos al campesino Arístidio.

Hoy nos preguntamos si era realmente tan culpable como para merecer la muerte y si no se podía haber salvado una vida para la etapa de la construcción revolucionaria. La guerra es difícil y dura y durante los momentos en que el enemigo arrecia su acometividad no se puede permitir ni el asomo de una traición. Meses antes, por una debilidad mucho más grande de la guerrilla, o meses después, por una fortaleza relativamente mucho mayor, quizás hubiera salvado su vida; pero Arístidio tuvo la mala suerte de que coincidieran sus debilidades como combatiente revolucionario con el momento preciso en que éramos lo suficientemente fuertes como para sancionar drásticamente una acción como la que hizo y no tan fuertes como para castigarla de otra manera, ya que no teníamos cárcel ni posibilidades de resguardo de otro tipo.

Dejamos transitoriamente la zona dirigiéndonos con nuestras fuerzas en la dirección de Los Cocos sobre el río Magdalena donde debíamos juntarnos con Fidel y capturar toda una banda, que bajo las órdenes del chino Chang, estaba asolando la región de Caracas. Camilo, que había partido con la vanguardia, ya tenía varios prisioneros cuando llegamos a esta zona donde permanecimos en total cerca de diez días. Allí, en una casa campesina, fue juzgado y condenado a muerte el chino Chang, jefe de una banda que había asesinado campesinos, que había torturado a otros y que se había apropiado del nombre y de los bienes de la revolución sembrando el terror en la comarca. Junto con el chino Chang fue condenado a muerte un cam-

pesino que había violado a una muchacha adolescente, también valiéndose de su autoridad como mensajero del Ejército Rebelde y junto con ellos fueron juzgados una buena parte de los integrantes de la banda, constituida por algunos muchachos provenientes de las ciudades y otros campesinos que se habían dejado tentar por la vida libre, sin sujeción a ninguna regla y, a la vez, regalada que les ofrecía el chino Chang.

La mayoría fueron absueltos y con tres de ellos se resolvió dar un escarmiento simbólico; primero fueron ajusticiados el campesino violador y el chino Chang, ambos serenos, fueron atados en los palos del monte y el primero, el violador, murió sin que lo vendaran, de cara a los fusiles, dando vivas a la revolución. El chino afrontó con toda serenidad la muerte pero pidió los auxilios religiosos del padre Sardiñas que en ese momento estaba lejos del campamento, no se le pudo complacer y pidió entonces Chang que se dejara constancia de que había solicitado un sacerdote, como si ese testimonio público le sirviera como atenuante en otra vida.

Luego se realizó el fusilamiento simbólico de tres de los muchachos que estaban más unidos a las tropelías del chino Chang, pero a los que Fidel consideró que debía dárseles una oportunidad; los tres fueron vendados y sujetos al rigor de un simulacro de fusilamiento; cuando después de los disparos al aire se encontraron los tres con que estaban vivos; uno de ellos me dio la más extraña espontánea demostración de júbilo y reconocimiento en forma de un sonoro beso, como si estuviera frente a su padre. Testigo presencial y gráfico de estos hechos, fue el

agente de la CIA Andrews Saint George cuyo reportaje publicado en la revista *Look* le valió un premio en los Estados Unidos como el más sensacional del año.

Podrá parecer ahora un sistema bárbaro este empleado por primera vez en la sierra, sólo que no había ninguna sanción posible para aquellos hombres a los que se les podía salvar la vida, pero que tenían una serie de faltas bastante graves en su haber. Los tres ingresaron en el Ejército Rebelde y de dos de ellos tuve noticias de su comportamiento brillante durante toda la etapa insurreccional. Uno perteneció durante mucho tiempo a mi columna y en las discusiones entre los soldados, cuando se juzgaban hechos de guerra y alguien ponía en duda algunos de los que narrara, decía siempre con marcado énfasis: "Yo sí que no le tengo miedo a la muerte y el *Che* es testigo", recordando el episodio de su fusilamiento.

A los dos o tres días caía preso también otro grupo cuyo fusilamiento fue para nosotros doloroso; un campesino llamado Dionisio y su cuñado Juan Lebrigio, dos de los hombres que primero ayudaron a la guerrilla Dionisio, que había ayudado a desenmascarar al traidor Eutimio Guerra y que nos había ayudado en uno de los momentos más difíciles de la revolución, había abusado totalmente de nuestra confianza al igual que su cuñado, se habían apropiado de todos los víveres que las organizaciones de las ciudades nos mandaban y había establecido diversos campamentos donde se practicaba la matanza indiscriminada de las reses y, por ese camino, había descendido, incluso al asesinato.

En esta época en la sierra, las condiciones

económicas de un hombre se medían fundamentalmente por el número de mujeres que tuviera y Dionisio, siguiendo la costumbre y considerándose potentado gracias a los poderes que la revolución le había conferido, había puesto tres casas, en cada una de las cuales tenía una mujer y un abundante abastecimiento de productos. En el juicio, frente a las indignadas acusaciones de Fidel por la traición que había cometido a la revolución y su inmoralidad al sostener tres mujeres con el dinero del pueblo, sostenía con ingenuidad campesina que no eran tres, sino dos, porque una era propia (lo que era verdad). Junto con ellos fueron fusilados dos espías enviados por Masferrer, convictos y confesos, y un muchacho de apellido Echevarría que cumplían instrucciones especiales en el movimiento. Echevarría, miembro de una familia de combatientes del Ejército Rebelde, uno de cuyos hermanos había llegado en el Granma, formó una pequeña tropa esperando nuestra llegada y, cediendo a no se sabe que tentaciones, empezó a practicar el asalto a mano armada en el territorio guerrillero.

El caso de Echevarría fue patético porque, reconociendo sus faltas, no quería, sin embargo, morir fusilado; clamaba porque le permitieran morir en el primer combate, juraba que buscaría la muerte en esa forma pero no quería deshonrar a su familia. Condenado a muerte por el tribunal, Echevarría a quien denominábamos el *bizco*, escribió una larga y emocionante carta a su madre explicándole la justicia de la sanción que en él se ejecutaba y recomendándole ser fiel a la revolución. El último de los fusilados fue un personaje pintoresco lla-

mado el *maestro* que fuera mi compañero en algunos momentos difíciles en que me tocó vagar enfermo y con su única compañía, por esas lomas, pero luego se había separado de la guerrilla con el pretexto de una enfermedad y se había dedicado también a una vida inmoral, culminando sus hazañas haciéndose pasar por mí, en función de médico tratando de abusar de una muchachita campesina que estaba requiriendo los servicios facultativos para algún mal que la aquejaba. Todos ellos murieron haciendo profesión de revolución salvo los dos espías de Masferrer y aunque no fui testigo presencial de los hechos cuentan que cuando el padre Sardiñas, esta vez presente, fue a dar sus auxilios espirituales a alguno de los reos, éste contestó: "mire padre vea a ver si otro lo necesita, porque la verdad es que yo no creo mucho en eso".

Estas eran las gentes con que se hacía la revolución. Rebeldes, al principio, contra toda injusticia, rebeldes solitarios que se iban acostumbrando a satisfacer sus propias necesidades y no concebían una lucha de características sociales; cuando la revolución descuidaba un minuto su acción fiscalizadora incurrían en errores que los llevaban al crimen con asombrosa naturalidad. Dionisio o Juanito Lebrigio, no eran peores que otros delincuentes ocasionales que fueron perdonados por la revolución y hoy incluso están en nuestro ejército, pero el momento exigía poner mano dura y dar un castigo ejemplar para frenar todo intento de indisciplina y liquidar los elementos de anarquía que se introducían en estas zonas no sujetas a un gobierno estable. Echevarría, aún más, pudo ha-

ber sido un héroe de la revolución, pudo haber sido un luchador distinguido como dos de sus hermanos, oficiales del Ejército Rebelde, pero le tocó la mala suerte de delinquir en esta época y debió pagar en esa forma su delito. Nosotros dudábamos si poner su nombre o no en estos recuerdos, pero fue tan digna su actitud, tan revolucionaria, estuvo tan entero frente a la muerte y fue tan claro el reconocimiento de la justicia del castigo que nosotros pensamos que su fin no fue denigrante; sirvió de ejemplo, trágico es verdad, pero valioso para que se comprendiera la necesidad de hacer de nuestra revolución un hecho puro y no contaminarlo con los bandidajes a que nos tenían acostumbrados los hombres de Batista.

En estos juicios intervino por primera vez como abogado un hombre que venía a refugiarse a la sierra por algunos altercados que había tenido con los dirigentes del 26 de Julio en el llano, era abogado y fue Ministro de Agricultura de la revolución hasta el minuto en que se firmó la Ley de Reforma Agraria (que la firmaron los demás, porque él no quiso comprometerse en ella): Sorí Marín.

Acabado el penoso deber de pacificar y moralizar toda la zona que debía quedar bajo la administración rebelde, emprendimos el camino de vuelta hacia nuestro zona del Hombrito con la columna dividida en tres pelotones. El de vanguardia estaba mandado por Camilo Cienfuegos y tenía por tenientes a Orestes, hoy comandante, que era la punta de vanguardia, a Boldo, Leyva y Noda. El pelotón siguiente estaba comandado por el Capitán Raúl Castro Mercader y sus tenientes eran Alfonso Zayas, Orlando Pupo y Paco Cabrera. Nuestra coman-

dancia estaba formada por un pequeño Estado Mayor que dirigía Ramiro Valdés y Joel Iglesias era el teniente, Joel Iglesias todavía no había cumplido dieciséis años, tenía bajo sus órdenes a hombres mayores de treinta a los cuales se dirigía respetuosamente de usted para darles órdenes, mientras éstos le contestaban tuteándolo pero obedecían disciplinadamente las órdenes de Joel. El pelotón de retaguardia estaba mandado por Ciro Redondo y tenía de teniente a Vilo Acuña, Félix Reyes, William Rodríguez y Carlos Mas.

A fines de octubre de 1957 nos volvimos a establecer en el Hombrito para iniciar los trabajos que debían dar lugar a una zona fuertemente defendida por nuestro ejército. Habían llegado dos estudiantes de La Habana, uno de ingeniería y otro de veterinaria y con ellos empezamos a establecer los planes de una pequeña hidroeléctrica que trataríamos de construir en el río del Hombrito y a sentar las bases del periódico mambí. Para ello había un viejo mimeógrafo traído del llano en el cual se tiraron los primeros número de *El Cubano Libre*, cuyos redactores y tipógrafos principales eran los estudiantes Leonel Rodríguez y Ricardito Medina.

Allí, amparados por la abierta generosidad de los vecinos del Hombrito y, sobre todo, de nuestra buena amiga la "vieja" Chana, como le decíamos todos, empezamos a desarrollar nuestra vida sedentaria y construimos por fin, el horno de pan, dentro de un bohío abandonado para que la aviación no detectara ninguna construcción nueva. Además, mandamos a preparar una inmensa bandera del 26 de Julio que tenía un lema: Feliz Año 1958, la que fue puesta en

una de las lajas cimeras del Hombrito, con la intención de que fuera vista incluso por los pobladores de la Mina de Bueycito, mientras recorríamos la zona para ir sentando una autoridad real sobre ella y nos preparábamos a afrontar la ya inminente invasión de Sanchez Mosquera, fortificando las entradas del Hombrito por las zonas de más probable acceso.

EL CACHORRO ASESINADO

Para las difíciles condiciones de la Sierra Maestra, era un día de gloria Por Agua Revés, uno de los valles más empinados e intrincados en la cuenca del Turquino, seguíamos pacientemente la tropa de Sánchez Mosquera; el empecinado asesino dejaba un rastro de ranchos quemados, de tristeza hosca por toda la región pero su camino lo llevaba necesariamente a subir por uno de los dos o tres puntos de la sierra donde debía atacar Camilo. Podía ser en el firme de la Nevada o en lo que nosotros llamábamos el firme "del cojo", ahora llamado "del muerto".

Camilo había salido apresuradamente con unos doce hombres, parte de su vanguardia, y ese escaso número debía repartirse en tres lugares diferentes para detener una columna de ciento y pico de soldados. La misión mía era caer por las espaldas de Sánchez Mosquera y cercarlo. Nuestro afán fundamental era el cerco, por eso seguíamos con mucha paciencia y a

distancia las tribulaciones de los bohíos que ardían entre las llamas de la retaguardia enemiga; estábamos lejos, pero se oían los gritos de las guardias. No sabíamos cuántos de ellos habría en total. Nuestra columna iba caminando dificultosamente por las laderas, mientras en lo hondo del estrecho valle avanzaba el enemigo.

Todo hubiera estado perfecto si no hubiera sido por la nueva mascota: era un pequeño perrito de caza, de pocas semanas de nacido. A pesar de las reiteradas veces en que Félix lo conminó a volver a nuestro centro de operaciones —una casa donde quedaban los cocineros—, el cachorro siguió detrás de la columna. En esa zona de la Sierra Maestra, cruzar por las laderas resulta sumamente dificultoso por la falta de senderos Pasamos una difícil "pelúa", un lugar donde los viejos árboles de la "tumba"—árboles muertos— estaban tapados por la nueva vegetación que había crecido y el paso se hacía sumamente trabajoso; saltábamos entre troncos y matorrales tratando de no perder el contacto con nuestros huéspedes. La pequeña columna marchaba con el silencio de estos casos, sin que apenas una rama rota quebrara el murmullo habitual del monte, éste se turbó de pronto por los ladridos desconsolados y nerviosos del perrito. Se había quedado atrás y ladraba desesperadamente llamando a sus amos para que lo ayudaran en el difícil trance. Alguien pasó al animalito y otra vez seguimos; pero cuando estábamos descansando en lo hondo de un arroyo con un vigía atisbando los movimientos de la hueste enemiga,, volvió el perro a lanzar sus histéricos aullidos; ya no se conforma-

ba con ladrar, tenía miedo de que lo dejaran y ladraba desesperadamente. Recuerdo mi orden tajante: "Félix ese perro no da un aullido más, tú te encargas de hacerlo. Ahórcalo. No puede volver a ladrar". Félix me miró con unos ojos que no decían nada. Entre toda la tropa extenuada, como haciendo el centro del círculo, estaban él y el perrito. Con toda lentitud saco una soga, la ciñó al cuello del animalito y empezó a apretrarlo. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a poco extinguiéndose al compás de un quejido muy fijo que podía burlar el circulo atenazante de la garganta. No sé cuánto tiempo fue, pero a todos nos pareció muy largo el lapso pasado hasta el fin. El cachorro, tras un último movimiento nervioso, dejó de debatirse. Quedó allí, esmirriado, doblada su cabecita sobre las ramas del monte.

Seguimos la marcha sin comentar siquiera el incidente. La tropa de Sánchez Mosquera nos había tomado alguna delantera y poco después se oían unos tiros; rápidamente bajamos la ladera, buscando entre las dificultades del terreno el mejor camino para llegar a la retaguardia; sabíamos que Camilo había actuado. Nos demoró bastante llegar a la última casa antes de la subida; íbamos con muchas precauciones, imaginando a cada momento encontrar al enemigo. El tiroteo había sido nutrido pero no había durado mucho, todos estábamos en tensa expectativa. La última casa estaba abandonada también. Ni rastro de la soldadera. Dos exploradores subieron el firme "del cojo", y al rato volvían con la noticia: "Arriba había una tumba. La abrimos y encontramos un casquito enterrado". Traían también los papeles de la víc-

tima hallados en los bolsillos de su camisa. Había habido lucha y una muerte. El muerto era de ellos, pero no sabíamos nada más.

Volvimos desalentados, lentamente. Dos exploraciones mostraban un gran rastro de pasos, para ambos lados del firme de la Maestra, pero nada más Se hizo lento el regreso, ya por cl camino del valle.

Llegamos por la noche a una casa, también vacía; era en el caserío de Mar Verde, y allí pudimos descansar. Pronto cocinaron un puerco y algunas yucas y al rato estaba la comida. Alguien cantaba una tonada con una guitarra, pues las casas campesinas se abandonaban de pronto con todos sus enseres dentro.

No sé si seria sentimental la tonada, o si fue la noche, o el cansancio... Lo cierto es que Félix, que comía sentado en el suelo, dejó un hueso. Un perro de la casa vino mansamente y lo cogió. Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo miró Félix lo miró a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable. Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con m mirada mansa, picaresca con algo de reproche, aunque abservándonos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado.

EL COMBATE DE MAR VERDE

Poco antes de la madrugada, cinco o cinco y media de la mañana, me levanté después de dormir sin angustias, con el sexto sentido, desarrollado en la vida militar, embotado ese día por el cansancio y la comodidad de una cama campesina del poblado de Mar Verde. Hicimos el desayuno tranquilamente mientras se esperaban noticias de los múltiples mensajeros que habían sido enviados para hacer contacto con los grupos guerrilleros.

Apenas el sol había comenzado a aclarar, uno de los pocos campesinos que quedaban en la zona vino con una noticia extraña y alarmante. Había visto algunos soldados buscando gallinas y huevos en una casa a no más de medio kilómetro de distancia. Inmediatamente lo mandé a que inquiriera todo lo posible sobre los guardias; que trabara contacto con ellos y averiguara cuál era su fuerza. El campesino no se animó a cumplir su cometido totalmente, pero trajo la noticia de que en la casa de Reyes, uno

o dos kilómetros arriba, ya subiendo la Sierra de la Nevada, había un grupo grande de soldados acampados. No podía ser otro que Sánchez Mosquera.

Hubo entonces que organizar a toda carrera la forma de entablar combate para cercarlo en algún lugar propicio y aniquilarlo luego. Primeramente había que pensar cuál seria su actitud futura. Tenía dos caminos posibles; tomar el de la Nevada para, tras un fatigoso viaje, pasando por Santa Ana salir a California, y de allí, a las Minas de Bueycito o, lo que parecía más lógico por lo corto del viaje y por las posibilidades que para él conllevaba, que Sánchez Mosquera siguiera la ruta inversa y llegara, por el río Turquino, al pequeño pueblo que está al pie mismo del monte Turquino, Ocujal. Por las dudas, teníamos que reforzar rápidamente los dos puntos, para impedir que rompiera el cerco en ellos. Si decidía irse por la parte superior del camino de la Nevada, no había para nosotros posibilidad de presentarle fuerzas, salvo que Camilo les hubiera seguido.

Camilo había luchado con ellos el día anterior por la zona del Alto del Cojo y ahora no se sabía su paradero.

Sin embargo, fueron llegando rápidamente los mensajeros. Las fuerzas de reserva que teníamos en el Hombrito se movilizaban por la zona de la Nevada y el cementerio, para colocarse por encima de Sánchez Mosquera y cerrarle el camino. Camilo había llegado y estaba en esa zona. Se les envió orden de que no se dejaran ver ni entablaran combate hasta que no se oyeran los primeros disparos, salvo que trataran de salir por la zona por ellos defendi-

da. Por la parte oeste se envió a las escuadras de los tenientes Noda y Vilo Acuña; al este, el capitán Raúl Castro Mercader cerraba el cerco. Mi pequeña escuadra, con algunos refuerzos, era la encargada de hacer la emboscada en el caso de que, como suponíamos, trataran de bajar hacia el mar.

En las primeras horas de la mañana, ya completo el cerco, se dio la voz de alarma. Se veía la punta de la vanguardia enemiga avanzar por el camino real que, siguiendo el pequeño arroyo existente en esa zona, va a dar al río Turquino. El lugar elegido para empezar la lucha, en el caso que llegaran por mi lado, estaba flanqueado por una cuchilla de potrero que permitía mantenerse ocultas en uno de sus lados a nuestras tropas, pero no actuar ni hacer observaciones sino después de iniciado el combate. Esto ocurría a un lado del camino, del otro hay un pequeño montecito, cuyo último árbol es un mango; en él estaba apostado yo, que debía disparar a quemarropa sobre los soldados y uno o dos metros más adelante estaban Joel Iglesias y otros compañeros. La posición era ideal para matar a los primeros pero no permitía seguir la lucha; pensamos que inmediatamente se retirarían las tropas enemigas para buscar mejores posiciones y nosotros a nuestra vez podríamos entonces abandonar la emboscada.

Se oyeron los pasos de los soldados casi encima nuestro; en el potrero habían visto que solamente eran tres hombres pero no nos pudieron avisar a tiempo. En esa época mi única arma era una pistola Luger y me sentía nervioso por la suerte de los dos o tres compañeros que estaban más cerca que yo del enemigo, de modo que

apuré demasiado el primer disparo y erré el tiro. Inmediatamente, como sucede en estos casos, Se generalizó el tiroteo y fue atacada la casa donde estaba el grueso de las fuerzas de Sánchez Mosquera. Aquí, en la emboscada, sucedió un minuto de extraño silencio; cuando fuimos a recoger los muertos, luego del primer tiroteo, en el camino real no había nadie; junto a dicho camino había una manigua y, en ella un hueco tallado en el Tibisí por donde se habían deslizado los soldados enemigos. Iniciamos inmediatamente la búsqueda para cercarlos, ya que no aparecían más soldados.

Mientras dábamos la vuelta, Joel Iglesias, seguido de Rodolfo Vázquez y de Leonel Rodríguez, se metía por el mismo camino de los soldados, siguiendo el túnel vegetal. Oía su voz intimándoles la rendición y asegurando la vida a los prisioneros. De pronto, se oyó una sucesión rápida de disparos y los compañeros me avisaron que Joel estaba gravemente herido. La suerte de Joel, dentro de todo, fue extraordinaria, tres fusiles Garands le dispararon a quemarropa: su propio fusil Garand fue atravesado por dos balas y su culata rota, otra le quemó una mano, la siguiente una mejilla, dos le perforaron el brazo, dos una pierna, y algunas otras más le dieron rozones también. Estaba cubierto de sangre pero, sin embargo, sus heridas eran relativamente leves. Lo sacamos inmediatamente y lo enviamos en una hamaca a curarse al hospital.

Antes de ocuparnos del combate en general, debíamos seguir buscando a los tres soldados. Pronto se oyó una voz, la de Silva, que gritaba, "¡allí están!" señalando el lugar con un

escopetazo de su calibre doce y al poco rato la voz de los soldados rindiéndose. Obtuvimos allí tres Garands con sus correspondientes prisioneros; uno de nuestros buenos combatientes estaba herido. Ese era el saldo, por el momento.

Enviamos a los prisioneros por el mismo camino del herido y ya podíamos ocuparnos de ir organizando el combate. Según el interrogatorio hecho a los soldados, Sánchez Mosquera tenía entre ochenta y cien hombres. No se podía saber si la cifra era cierta o no, pero esas eran las aseveraciones de los prisioneros; estaba en una posición bien defendida y tenía ametralladoras, armas livianas y parque en cantidad.

Entendimos que lo mejor era no empeñar un combate directo, de resultados dudosos, ya que nuestras fuerzas tenían aproximadamente el mismo número de combatientes, pero con armamento inferior y Sánchez Mosquera estaba a la defensiva, bien parapetado. Decidimos acosarlo para imposibilitar sus movimientos hasta que llegara la noche, momento propicio para nuestro ataque.

A las pocas horas, sin embargo, llegó la noticia de que una tropa de refuerzo comandada por el capitán Sierva, estaba subiendo desde el mar. Organizamos inmediatamente dos patrullas que debían detenerlos: una de ellas, dirigida por William Rodríguez, debía atacarlo en la zona de Dos Brazos del Turquino. La otra, comandada por el teniente Leyva, debía esperar los refuerzos para atacarlos en momentos que coronaran la ascensión de una serranía, a sólo dos kilómetros del lugar de combate, en una posición muy favorable para nosotros, y allí aniquilarles la vanguardia. De la preparación de esta

última posición me ocupé personalmente, dejando a cargo de la iniciativa de los otros compañeros la preparación de las emboscadas primeras.

Todo el frente estaba tranquilo y, sólo de cuando en cuando, disparábamos algún tiro sobre el techo de zinc de la casa donde ataban los soldados, para mantenerlos en jaque. Sin embargo, a media tarde, se oyó un prolongado tiroteo sobre la parte superior de la posición y, más tarde, me llegaba la noticia triste: Ciro Redondo, tratando de forzar las líneas enemigas, había sido muerto y se había perdido su cuerpo, no así sus armas, rescatadas por Camilo. Por nuestro lado se empezaban a escuchar también los tiros con que anunciaban los soldados enemigos su llegada. Al poco tiempo se originaba un fuerte tiroteo y nuestras defensas en la parte sur eran arrolladas por el refuerzo que le llegaba a Sánchez Mosquera.

Debimos retirarnos. Una vez más se salvaba este esbirro. Dimos las órdenes pertinentes para efectuar una retirada tranquila y lo fuimos haciendo a paso lento nosotros también, para llegar al arroyo del Guayabo y, después, al valle del Hombrito, nuestra guarida más segura.

Al llegar allí y establecer el recuento de todas las acciones habidas, podíamos decir lo siguiente: Según las narraciones de los combatientes, había varios muertos, noticia cuya veracidad no se podía asegurar, de la parte del ejército; asimismo, lo manifestaron los defensores de la posición del extremo sur al mando del teniente Leyva. Sin embargo, se había perdido un grupo de mochilas que dejaron en custodia en la zona sur nuestros combatientes. Uno de ellos, de nombre Alberto, que había sido envia-

do a llevar los prisioneros hechos por la mañana, al regresar decidió quedarse a dormir en ese lugar en vez de seguir el combate y las tropas enemigas lo sorprendieron durmiendo junto con todas las mochilas y le hicieron prisionero. Después nos enteraríamos que fuera asesinado en la zona del Hombrito.

Estaban heridos Roberto Fajardo, Joel Pardo, del día anterior en otro combate con Sánchez Mosquera, un combatiente de apellido Reyes, que luego muriera con el grado de capitán, Javier Pazos y Joel Iglesias y había muerto Ciro Redondo. La pesadumbre era grande, se aunaba el sentimiento por no haber podido aprovechar la victoria contra Sánchez Mosquera y la pérdida de nuestro gran compañero Ciro Redondo.

Envié entonces una carta a Fidel proponiendo su ascenso póstumo y poco después se le confería ese grado, lo que aparecía publicado en nuestro periódico *El Cubano Libre.*

El combate y la muerte de Ciro Redondo, ocurrió el 29 de noviembre de 1957.

Poco antes de retirarnos una bala dio en el tronco de un árbol a pocos centímetros de mi cabeza y Leonel Rodríguez me increpó por no agacharme. Después razonaba este compañero, quizás con la tendencia a las especulaciones matemáticas impuestas por su carrera de ingeniero, que él tenía más chance de llegar con vida al fin de la revolución que yo, pues nunca la arriesgaba si no era para cosas necesarias. Y era verdad, aunque Leonel Rodríguez, que en ese combate tuvo su bautismo de fuego, nunca arriesgaba la vida innecesariamente, siempre fue un combatiente ejemplar, por su valor, su decisión y su inteligencia, pero fue él el que no

llegó a ver el final de la guerra revolucionaria; unos meses después caía durante la gran ofensiva del ejército contra nuestras posiciones.

Por la noche dormíamos en el Guayabo. Había que preparar todas las condiciones para que no fueran a ocurrir algunas sorpresas y no se nos fueran a meter en el Hombrito sin combatir fuertemente para lograrlo. Esa era nuestra tarea fundamental por el momento.

ALTOS DE CONRADO

Los días siguientes al combate de Mar Verde fueron de febril actividad, el convencimiento de que todavía nuestras fuerzas no tenían la capacidad combativa suficiente para organizar luchas continuadas o cercos eficaces, ni para resistir ataques frontales, hacía que se extremaran las precauciones en el Valle del Hombrito. Este valle queda a pocos kilómetros de Mar Verde y para ir a él, hay que subir por el camino real que va a Santa Ana, cruzando por el río Guayabo, pequeño arroyo serrano, de Santa Ana se llega al Valle del Hombrito. Pero también tiene entradas posibles por el mismo río Guayabo por el sur, por la Loma de la Botella y, además, por el camino real que viene de la Mina del Frío.

Todos estos puntos había que defenderlos y establecer vigilancia constante para evitar que nos sorprendieran haciendo avanzar la tropa directamente por los montes.

La impedimenta mayor había sido trasladada a la zona de La Mesa, en la casa de Polo Torres, y los heridos también habían sido trasladados hacia este lugar, de ellos, el único que no podía caminar, en razón de sus heridas en la pierna, era Joel Iglesias.

Las tropas de Sánchez Mosquera estaban acampadas precisamente en Santa Ana, aunque había otras que se habían movido por el camino de California, cuyo paradero no se conocía.

Cuatro o cinco días después del encuentro de Mar Verde, se dio la orden de alarma de combate, avanzaban las tropas de Sánchez Mosquera por el camino más lógico, el que va directamente de Santa Ana al Hombrito. Se avisó inmediatamente a las emboscadas y se chequearon las minas. Estas primeras minas fabricadas por nosotros tenían una rudimentaria espoleta hecha con un resorte y un clavo que, al liberarse, impulsado por el resorte golpeaba el detonante, sin embargo, no habían funcionado en la emboscada de Mar Verde, y esta vez, tampoco funcionaron.

Al poco tiempo se escuchaban los disparos del combate desde el puesto de mando y llegaba la noticia al no funcionar las minas y dada la cantidad de tropas enemigas que venían, que se habían retirado los combatientes, pero no sin hacerles varias bajas al enemigo. El primero de ellos era descripto como un sargento grande, gordo, con un revolver 45 y sus arreos, que venía encabezando la columna montado a caballo.

El Teniente Enrique Noda y un combatiente llamado el Mexicano, le habían tirado con sus

Garands a pocos pasos y los dos coincidían en la descripción del individuo, además, se decía que había otras bajas, pero lo cierto es que, las tropas de Sánchez Mosquera habían desbaratado la defensa.

(Semanas después un campesino de apellido Brito, vino a agradecerme la generosidad nuestra, ya que fue obligado a encabezar la columna y vio cuando los muchachos le tiraron "para hacer el paripé". Ese mismo campesino me informó que no hubo bajas allí, pero sí en Altos de Conrado.) El lugar que ocupábamos era tan difícil de defender con nuestras pocas fuerzas que no habíamos hecho propiamente atrincheramiento, salvo las defensas viejas, construidas para obstaculizar el acceso desde las Minas de Bueycito y, al avanzar por el camino real, el enemigo ponía en peligro todas nuestras emboscadas, de manera que se dio orden de repliegue a todas ellas y fuimos retirándonos, quedando sólo algunas pocas familias que se animaban a resistir la maldad de los guardias, ya sea por su valor personal o porque tenia algún secreto contacto con ellos.

Nos retiramos lentamente por el camino que va hacia Altos de Conrado. Los Altos de Conrado no es más que un pequeño montículo que sobresale en la línea de la Maestra y en cuya parte superior vivía un campesino llamado Conrado. Este compañero era miembro del Partido Socialista Popular y desde el primer momento se había conectado con nuestras tropas, prestándonos valiosos servicios, había evacuado la familia y la casa estaba sola. El lugar era magnífico para hacer una emboscada, allí solamente se podía llegar por tres estrechos senderos que ser-

pentean por los firmes de las lomas, muy arbolados y, por tanto, muy fáciles de defender, todo el resto está defendido por peñones abruptos y por laderas igualmente abruptas, sumamente difíciles de escalar.

En un lugar donde hay una pequeña furnia, el camino se abre. Allí preparaban las condiciones para resistir el ataque de las fuerzas de Sánchez Mosquera. Y también, desde el primer día, en el fogón de la casa, colocamos dos bombas con sus mechas, la trampa era muy simple, si nos retirábamos probablemente ellos quedarían en la casa y usarían el fogón. En medio de las cenizas, cubiertas totalmente por ellas, estaban las dos bombas, calculábamos que el calor del fuego o alguna brasa que se pusiera en contacto con las mechas, las haría estallar haciendo una buena cantidad de bajas, pero, naturalmente, ese era un recurso posterior, primero habría que luchar en los Altos de Conrado.

Allí estuvimos pacientemente esperando, durante tres días, haciendo guardias constantes las 24 horas. Las noches eran muy frías y húmedas a aquellas alturas y en aquella época del año, realmente, ni teníamos la preparación necesaria ni el hábito de pasarnos toda la noche en posición de combate a la intemperie.

Habíamos hecho preparar en el mimeógrafo de nuestro periódico *El Cubano Libre*, cuyo primer número había salido en esos días, una proclama a los militares para dejarla pegada en los árboles del camino que debían seguir. El día 8 de diciembre por la mañana, oímos desde las alturas del peñón los aprontes de la tropa para subir, caracoleando por el camino, hasta la zona donde estábamos unos doscientos me-

tros más arriba. Mandamos a colocar las proclamas, y lo hizo el compañero Luis Olazábal. Oíamos los gritos de la tropa en una discusión muy violenta en la cual se alcanzó a escuchar con toda nitidez, por mí personalmente, pues estaba atisbando desde la orilla del paredón, el grito de alguien que mandaba, al parecer un oficial y que decía: "Usted va delante por mis cojones" mientras el soldado, o quien fuera, respondía airadamente que no. La discusión cesó y la tropa se puso en movimiento.

Podíamos ver la columna en marcha, a retazos, oculta entre los árboles. Cuando llevaban algún tiempo de escalar por el camino, me llené de dudas sobre si era bueno o no prevenirlos acerca de la emboscada con las proclamas. En definitiva, mandé nuevamente a Luis a que retirara los papeles, por solamente fracciones de segundos pudo hacerlo, ya que los primeros soldados venían subiendo rápidamente.

Las disposiciones del combate eran muy sencillas, suponíamos que, al llegar al claro, vendría uno solo delante a alguna distancia de sus compañeros, ese por lo menos tenía que caer. Detrás de un gran almácigo estaba Camilo esperándolo, de manera que, al cruzar por delante de él, atento a lo que pasaba, seguramente mirando al frente, le descargaría su ametralladora a menos de un metro, entonces se generalizaría el fuego de las dos alas donde estaban diversos tiradores apostados, perfectamente escondidos en el monte. El Teniente Ibrahím y algún otro más, justo frente al camino, a unos diez metros de Camilo, debían cubrirlo con su fuego frontal de manera que nadie pudiera acercarse a su refugio, luego que éste matara al de la vanguardia.

Mi puesto estaba a unos veinte metros en una posición oblicua, detrás de un tronco que me protegía la mitad del cuerpo y apuntando directamente a la entrada del camino donde venían los soldados. Algunos compañeros y yo no podíamos mirar en el primer momento, pues estábamos en un lugar pelado y seríamos visibles, debíamos esperar a que Camilo abriera el fuego. Atisbando, contra la orden que yo mismo había dado, pude apreciar ese momento tenso antes del combate en que el primer soldado apareció mirando desconfiado a uno y otro lado y fue avanzando lentamente. De verdad, todo allí olía a emboscada, era un espectáculo extraño al paisaje el peladero con un pequeño manantial que corría constantemente, en medio de la exuberancia del bosque que nos rodeaba. Los árboles, algunos tumbados y otros en pie, muertos por la candela, daban una impresión tétrica. Escondí la cabeza esperando el comienzo del combate, sonó un disparo y enseguida se generalizó el fuego. Después me enteré que no había sido Camilo el que tiró, Ibrahím, nervioso por la espera, disparó antes de tiempo y en pocos instantes se había generalizado el tiroteo, aunque, en realidad de cada puesto de observación se podía ver muy poco. Nuestros tiros aislados con pretensiones de llevar la muerte en cada uno y los disparos de la soldadesca, dilapidados en largas ráfagas, se "juntaban, pero no se mezclaban", reconociéndose en uno y otro ruido la identtdad de quien los hacía. A los pocos minutos —cinco o seis— se sintieron sobre nuestras cabezas los primeros silbidos de morteros o bazookas que disparaban los soldados, pero que pasaban de largo estallando a nuestras espaldas.

De pronto sentí la desagradable sensación, un poco como de quemadura o de la carne dormida, señal de un balazo en el pie izquierdo que no estaba protegido por el tronco. Acababa de disparar con mi fusil (lo había tomado de mirilla telescópica para ser más preciso en el tiro), simultáneamente con la herida oí el estrépito de gente que avanzaba rápidamente sobre mi, partiendo ramas, como a paso de carga. El fusil no me servía, pues acababa de disparar; la pistola, al estar tirado en el suelo se me había corrido, quedando debajo del cuerpo y no podía levantarme porque estaba directamente expuesto al fuego del enemigo. Revolviéndome como pude, con desesperada celeridad, llegué a empuñar la pistola en el mismo momento en que aparecía uno de los combatientes nuestros de nombre *Cantinflas*. Sobre la angustia pasada y el dolor de la herida, se interponía de pronto el pobre *Cantinflas*, diciéndome que se retiraba porque su fusil estaba encasquillado. Lo tomé violentamente de las manos mientras se agachaba a mi lado y examiné su Garand, solamente tenía el clip levemente ladeado y eso lo había trabado. Se lo arreglé con un diagnóstico que cortaba como una navaja: "Usted lo que es es un pendejo." *Cantinflas*, Oñate de apellido, tomó el fusil y se incorporó, dejando el refugio del tronco, para vaciar su peine de Garand en demostración de valentía. Sin embargo, no nudo hacerlo completo porque una bala le penetró por el brazo izquierdo saliéndole por el omóplato, después de cubrir una curiosa trayectoria. Ya éramos dos los heridos en el mismo lugar y era difícil retirarse bajo el fuego, había que dejarse deslizar sobre los troncos de la tumba y des-

pués caminar bajo ellos, heridos como estábamos y sin saber del resto de la gente. Poco a poco lo hicimos, pero *Cantinflas* se fue desmayando y yo, que a pesar del dolor, podía moverme mejor, llegué hasta donde estaban los demás para pedir ayuda.

Se sabía que había algunos muertos entre los soldados, aunque no el número exacto. Después de rescatados los heridos (nosotros dos) nos fuimos alejando hasta la casa de Polo Torres, dos o tres kilómetros Maestra abajo. Después de pasado el primer momento de euforia y la emoción en el combate, el dolor cada vez era más intenso impidiéndome caminar. Al fin, a mitad de camino, monté un caballo que me llevó hasta el improvisado hospital, mientras *Cantinflas* era traído en nuestra camilla de campaña, una hamaca.

El tiroteo había ya cesado y nosotros supusimos que ya habían tomado el Alto de Conrado. Establecimos las postas para detenerlos en la orilla de un pequeño arroyo en un lugar bautizado por nosotros con el nombre de Pata de la Mesa, mientras organizábamos la retirada de los campesinos con sus familias y le enviaba a Fidel una larga carta explicatoria de los hechos.

Envié la columna comandada por Ramiro Valdés, a que se uniera a Fidel, pues había cierta sensación de derrota y de miedo en nuestra tropa y quería permanecer solamente con la gente indispensable para realizar una defensa ágil. Camilo quedaba al frente del pequeño grupo de defensa.

Debido a la tranquilidad aparente que había, mandamos al día siguiente al del combate a uno de nuestros mejores exploradores, Lien

de apellido, a que viera qué estaba haciendo el ejército enemigo. Nos enteramos entonces de que la tropa se había retirado totalmente de la zona, el explorador llegó hasta la casa de Conrado y no había rastro de soldados, como prueba de su inspección traía una de las bombas que habían quedado ocultas en el bohío.

Al pasar revista a las armas, faltaba un fusil, el del compañero Guile Pardo que había cambiado su arma por otra y, al retirarse, había llevado solamente la última dejando la anterior en su puesto de combate. Ese era uno de los delitos más graves que se podía cometer y la orden fue terminante: Tenía que ir con un arma corta y rescatar el fusil de manos del enemigo o traer otro. Cabizbajo, partió Guile a cumplir su misión, pero a las pocas horas volvía sonriente con su propia arma en la mano, el enigma despejado era que el ejército nunca avanzó más allá del lugar donde se atrincheró al resistir nuestro ataque, que cada uno se había retirado por su lado de modo que ningún ser viviente había llegado hasta el puesto de combate, lo único que había sufrido el fusil era un aguacero.

Este punto de avance del ejército significó en mucho tiempo su mayor penetración en la sierra, y en esta zona concretamente, esa fue su mayor penetración. Un reguero de casas quemadas, como siempre sucedía al paso de Sánchez Mosquera, era lo que quedaba en El Hombrito y en otras zonas. Nuestro horno de pan había sido concienzudamente destruido y entre las ruinas humeantes solamente se encontraron algunos gatos y algún puerco que escapó a la vesania del ejército invasor para caer en nuestras fau-

ces. Uno o dos días después del combate, Machadito, hoy Ministro de Salud Pública, con una cuchilla de afeitar me operó la herida, extrayéndome una bala de carabina M-1, con lo que rápidamente inicié el proceso de curación.

Sánchez Mosquera había cargado con todo lo que podía, desde sacos de café hasta muebles que habían llevado sus soldados. Daba la impresión que no repetiría pronto una incursión por la sierra y había que preparar las condiciones políticas de toda la zona y volver a la tarea de organizar nuestro centro fundamental industrial que ahora ya no estaría en El Hombrito, sino un punto más atrás, en la misma zona de la Mesa.

PINO DEL AGUA, II

Al iniciarse el año 1958 se había producido cierta tregua entre nuestras fuerzas y las tropas batistianas. Se sucedían, sin embargo, los partes del ejercito en los cuales se hablaba un día de 8, otro de 23 bajas rebeldes por supuesto sin sufrir ellos ninguna; ésta era precisamente la técnica que dominaba, sobre todo en la zona en que operaba mi columna, donde Sánchez Mosquera se dedicaba a imaginarias batallas contra las fuerzas rebelde" asesinando campesinos con cuyos cadáveres nutría su hoja de servicios.

En los últimos días de enero se levantaba la censura y los periódicos por última vez hasta que acabó la guerra, publicaban algunas noticias. El ambiente gubernamental respiraba aires de tregua. Ramírez León, legislador batistiano, hacía un viaje más o menos espontáneo acompañado de un concejal de Manzanillo, Lalo Roca, y de un periodista español del *París Match*, Meneses, que hiciera una serie de entrevistas en la sierra

Se publicaba en Estados Unidos extensas declaraciones sobre la denuncia del pacto de Miami hechos por el Comité del 26 de Julio en el exilio que tenía como presidente a Mario Llerena, y como tesorero a Raúl Chibás. (Estos comisionados encontraron tan saludable su trabajo en aquella zona del mundo que, aparentemente, la han fijado como residencia habitual en los momentos actuales y, quizás, tengan profesiones similares a las de la época de la guerra de liberación, cuando parecían personas honestas.)

Las entrevistas con Meneses, que se publicaron en la revista Bohemia tuvieron su repercusión también en el mundo entero, pero internamente fue interesante la polémica sostenida entre Masferrer y Ramírez León, en esos fugaces días en que la prensa habanera publicaba algunas noticias.

La censura se había levantado en cinco de las seis provincias. Oriente seguía con las garantías constitucionales suprimidas y con censura.

A mediados de enero era presentado ante los periodistas un grupo de militantes del 26 de Julio que había sido tomado prisionero al bajar de la sierra: Armando Hart, Javier Pazos. Luis Buch y el guía llamado Eulalio Vallejo. Tiene algún interés esta noticia, a pesar de que todos los días caían compañeros presos y muchas veces eran asesinados, porque es un índice de la polémica que ya existía más o menos abierta entre las dos partes del 26 de Julio. Frente a una carta, bastante idiota, que yo le había enseñado al compañero René Ramos Latour, éste me contestó, pero además circuló una copia de mi hoja; Armando Hart me escribió una nota

polémica y pensaba mandármela desde la sierra, donde fue a ver a Fidel, pero éste razonó que esa carta provocaría una nueva contestación, la que a su vez, provocaría otra, hasta que en un momento dado podía caer alguna en manos del enemigo, lo que no nos haría ningún favor. Armandito, disciplinadamente, cumplió la orden, pero olvidó la nota en uno de sus bolsillos y, cuando fuera apresado, la tenía encima.

La vida de Armando Hart y de sus compañeros estuvo pendiente de un hilo durante el curso de los días en que estuvieron presos e incomunicados. La embajada yanqui se movilizó para averiguar el origen de esta controversia A través de toda una serie de términos que se expresaban en las argumentaciones respectivas, el enemigo intuyó algo y paró la oreja.

Independientemente del incidente anotado, Fidel consideró que era importante dar un golpe de resonancia, aprovechando el levantamiento de la censura y nos preparábamos para ello.

El punto elegido era nuevamente Pino del Agua. Una vez lo habíamos atacado con buen éxito y desde ese momento, Pino del Agua estaba ocupado por el enemigo. Aún cuando las tropas no se movían mucho, su particular posición en la cresta de la Maestra hacía que hubiera que dar largos rodeos y que siempre fuera peligroso el tráfico cerca de la zona, de manera que la supresión de Pino del Agua como punto avanzado del ejército podría ser de mucha importancia estratégica y, dadas las condiciones de la prensa en el país, de resonancia nacional.

Desde los primeros días de febrero, empezaron los preparativos febriles y las investigacio-

nes de la zona, en las cuales tomaron parte fundamental, por ser vecinos de allí, Roberto Ruíz y Félix Tamayo, ambos oficiales de nuestro ejército en la actualidad. Además, incrementábamos los preparativos de nuestra última arma, a la que atribuimos una importancia excepcional, el M-26, también llamado Sputnik, una pequeña bombita de hojalata que primeramente se arrojaba mediante un complicado aparato, una especie de catapulta confeccionada con las ligas de un fusil de pesca submarina. Más tarde fue perfeccionado hasta lograr impulsarlo por un disparo de fusil, con bala de salva, que hacía ir más lejos el artefacto.

Estas bombitas hacían mucho ruido, realmente asustaban, pero, dado que solamente tenían una coraza de hojalata, su poder mortífero era exiguo y sólo inferían pequeñas heridas cuando explotaban cerca de algún soldado enemigo, sin contar con que era muy difícil hacer coincidir perfectamente, desde el momento en que se encendía la mecha, la trayectoria en el aire y su explosión al caer. Por efecto del impacto al ser despedida solía desprenderse la mecha y la bombita no explotaba, cayendo intacta en poder del enemigo. Cuando éste conoció su funcionamiento le perdió el miedo: en ese primer combate tuvo su efecto sicológico.

Con bastante minuciosidad se prepararon las cosas, el ataque tuvo lugar el día 16 de febrero, el parte de nuestro ejército que saliera en *El Cubano Libre* y que aquí reproducimos es una síntesis bastante exacta de lo que sucedió.

El plan estratégico era muy simple: Fidel, sabiendo que había una compañía entera en el aserrío, no tenía confianza en que nuestras tro-

pas pudieran tomarlo; lo que se pretendía era atacarlo, liquidar sus postas, cercarlo y esperar a los refuerzos, pues ya sabíamos bien que las tropas que van en camino son mucho más vulnerables que las que están acantonadas, Se establecieron las distintas emboscadas de las cuales esperábamos tener resultados grandes. En cada una pusimos el número de hombres equivalente a la probabilidad de que por allí viniera el enemigo.

El ataque fue dirigido personalmente por Fidel, cuyo Estado Mayor estaba directamente a la vista del aserrío, en una loma situada al norte y de la que se dominaba perfectamente el objetivo. En el mapa Nº 2 se puede apreciar el plan de acción; Camilo debía avanzar por el camino que viene de Uvero pasando por la Bayamesa, sus tropas, que constituían el pelotón de vanguardia de la columna 4, debían tomar las postas, avanzar hasta donde lo permitiera el terreno y ahí mantenerse. La huida de los guardias se impediría por el pelotón del Capitán Raúl Castro Mercader, situado a la vera del camino que conduce a Bavamo y, en el caso de que trataran de ganar el río Peladero, el Capitán Guillermo García con unos 25 hombres los esperaba.

Al iniciarse el fuego entraría en función nuestro mortero, que tenía exactamente 6 granadas y estaba manejado por Quiala: luego comenzaría el asedio. Había una emboscada dirigida por el Teniente Vilo Acuña, en la loma de la Virgen, destinada a interceptar las tropas que vinieran de Uvero y, más alejado hacia el norte, esperando las tropas que vinieran de Yao por Vega de los Jobos, estaba Lalo Sardiñas con algunos escopeteros.

En esta emboscada se probó por primera vez un tipo especial de mina cuyo resultado no fue nada halagüeño. El compañero Antonio Estévez (muerto más tarde durante un ataque a Bayamo), había ideado el sistema de hacer explotar una bomba de aviación íntegra, usando un escopetazo como detonador, e instalamos el artefacto previendo que el ejército avanzara por esa zona en la que teníamos tan poca fuerza. Hubo una lamentable equivocación: el compañero encargado de anunciar la llegada del enemigo, muy inexperto y muy nervioso, dio el aviso en el momento en que subía un camión civil; la mina funcionó y su conductor resultó la víctima inocente de esta nueva arma de destrucción que, después de desarrollada, sería tan eficaz.

En la madrugada del día 16, Camilo avanzó para tomar las postas, pero nuestros guías no habían previsto que los guardias se retiraban durante la noche hasta muy cerca del campamento, de manera que tardaron bastante en empezar el ataque creían haberse equivocado de lugar y cada paso lo iban dando con mucho cuidado, sin percatarse de cuál había sido la maniobra. Caminar los 500 metros existentes entre ambos emplazamientos le demoró a Camilo no menos de una hora, avanzando con sus 20 hombres en fila india.

Al final llegaron al caserío: los guardias habían instalado un sistema elemental de alarma consistente en unos hilos a ras del suelo que tenían amarradas unas latas, las que sonaban al pisarlas o tocar el hilo pero, al mismo tiempo, habían dejado algunos caballos pastando, de manera que cuando la vanguardia de la co-

lumna tropezara con la alarma, se confundieron con el ruido de los caballos. Así Camilo pudo llegar prácticamente hasta donde estaban los soldados.

Del otro lado, nuestra vigilia era angustiada por las horas que pasaban sin comenzar el tan esperado ataque; por fin se oyó el primer disparo que marcaba el inicio del combate, empezando nuestro bombardeo con los 6 morteros, el que muy pronto finalizaba sin pena ni gloria.

Los guardias habían visto u oído a los primeros atacantes empezar el ataque; y con la ráfaga que inició el combate hirieron al compañero Guevara, muerto después en nuestros hospitales. En pocos minutos las fuerzas de Camilo habían arrasado con la resistencia, tomando 11 armas, entre ellas dos fusiles ametralladoras y tres guardias prisioneros, además de hacer 7 u 8 muertos, pero inmediatamente se organizó la resistencia en el cuartel y fueron detenidos nuestros ataques.

En sucesión, los Tenientes Noda y Capote, y el combatiente Raimundo Lien, morían en el intento de seguir avanzando, Camilo era herido en un muslo y Virelles, que era el encargado de manejar la ametralladora, tuvo que retirarse, dejándola abandonada. A pesar de su herida, Camilo volvió a tirarse para tratar de salvar el arma, ya en las primeras luces de la madrugada y en medio de un fuego infernal; volvió a ser herido, con tan buena suerte que la bala le penetró en el abdomen saliendo por el costado sin interesar ningún órgano vital. Mientras salvaron a Camilo, perdiéndose la ametralladora, otro compañero, de nombre Luis Macías, era herido y se arrastraba entre las matas hacia el lugar

opuesto a la retirada de sus compañeros, encontrando allí la muerte. Algunos combatientes aislados, desde posiciones cercanas al cuartel, lo bombardeaban con los sputniks o M-26, sembrando la confusión entre los soldados; Guillermo García no pudo intervenir para nada en este combate, ya que nunca los guardias hicieron tentativas de salir de su refugio y, como se preveía, inmediatamente hicieron un llamado de auxilio por radio.

Ya a media mañana la situación era de calma en toda la zona, pero desde nuestras posiciones, en el Estado Mayor, oíamos unos gritos que nos llenaban de angustia y que decían más o menos: "Ahí va la ametralladora de Camilo", mientras tiraban una ráfaga junto con la ametralladora trípode perdida, Camilo había dejado su gorra que tenía el nombre escrito en la parte trasera y los guardias se mofaban de nosotros en esa forma. Intuíamos que algo había pasado, pero no se pudo hacer contacto durante todo el día con las tropas instaladas al otro lado, mientras Camilo, atendido por Sergio del Valle, se negaba a retirarse y quedaban allí a la expectativa.

Las predicciones de Fidel se cumplían; desde el Oro de Guisa, la compañía mandada por el capitán Sierra, enviaba su punta de vanguardia para que llegara a explorar lo que sucedía en Pino del Agua la estaba esperando el pelotón completo de Paco Cabrera, unos 30 o 35 hombres apostados en la forma en que se ve en el mapa 3, al lado del camino, en la loma llamada del Cable, precisamente porque hay un cable, con el cual se ayuda a subir a los vehículos la difícil altura. Estaban instaladas nues-

tras escuadras al mando de los Tenientes Suñol, Alamo, Reyes y William Rodríguez; Paco Cabrera, estaba allí también como jefe del pelotón, pero quienes estaban encargados de detener a la punta de vanguardia eran Paz y Duque, de frente al camino. La pequeña fuerza enemiga avanzó y fue destruida totalmente; 11 muertos, 5 prisioneros heridos, que se curaron en una casa y se dejaron allí, el 2do. Teniente Lafarté, hoy con nosotros, fue tomado prisionero; se ocuparon 12 fusiles, entre ellos dos M-1 y un fusil ametralladora, además de un Johnson.

Uno o dos soldados que pudieron huir llegaron con la noticia al Oro de Guisa. Al recibir esta nueva, la gente de Oro de Guisa debe haber pedido auxilio, pero entre Guisa y el Oro de Guisa estaba, precisamente, apostado Raúl Castro con todas sus fuerzas, pues era el punto donde presumíamos que más posibilidades ofrecía de que llegaran los guardias en auxilio de los atacados en Pino del Agua. Raúl dispuso sus fuerzas de tal manera que Félix Pena cerraría con la vanguardia el camino de los refuerzos e inmediatamente, su escuadra, con la de Ciro Frias y la que estaba directamente al mando de Raúl, atacaría al enemigo, mientras que Efigenio cerraría el cerco por la retaguardia.

Un detalle pasó inadvertido en ese momento: dos campesinos inofensivos y aturdidos, que cruzaron por todas las posiciones con sus gallos bajo el brazo, resultaron ser soldados del ejército de Oro de Guisa que habían sido mandados precisamente para explorar el camino. Pudieron observar la disposición de nuestras tropas y avisaron a sus compañeros de Guisa, por lo

que Raúl se vio obligado a resistir la ofensiva que el ejército, conociendo sus posiciones, le hacía desde una altura que había tomado y tuvo que hacer una larga retirada, en el transcurso de la cual perdió un hombre, Florentino Quesada, y tuvo un herido. El camino que viene de Bayamo, pasando por el Oro de Guisa, fue la única vía por la que el ejército intentó avanzar. Si bien Raúl se vio obligado a retroceder, dada su posición inferior, las tropas enemigas avanzaron con mucha lentitud por el camino y no se presentaron en todo ese día. El mapa 4 muestra la maniobra aproximada. Ese día sufrimos el ataque constante de los B-26 del ejército que ametrallaran las lomas sin más resultado que el de incomodarnos y obligarme a mantener ciertas precauciones. Fidel estaba eufórico por el combate y, al mismo tiempo, preocupado por la suerte de los compañeros y se arriesgó varias veces más de lo debido, eso provocó que días después un grupo de oficiales le enviáramos el documento que insertamos, pidiéndole, en nombre de la Revolución que no arriesgara su vida inútilmente. Este documento, un tanto infantil, que hiciéramos impulsados por los deseos más altruistas, creemos que no mereció ni una leída de su parte y, de más está decirlo, no le hizo el más mínimo caso.

Por la noche, insistí en que era posible un ataque del tipo del que Camilo realizara y dominar a las guardias que estaban apostada en Pino del Agua. Fidel no era partidario de la idea pero en definitiva accedió a hacer la prueba, enviando una fuerza bajo el mando de Escalona, que constaba de los pelotones de Ignacio Pérez y Raúl Castro Mercader; los compañeros

se acercaron e hicieron todo lo posible por llegar hasta el cuartel pero eran repelidos por el fuego violento de los soldados y se retiraron sin intentar nuevamente el ataque. Pedí que se me diera el mando de la fuerza, cosa que Fidel aceptó a regañadientes. Mi idea era acercarme lo más posible y, con cócteles Molotov hechos con la gasolina que había en el propio aserrío, incendiar las casas que eran todas de madera y obligarlos a rendirse o a salir a desbandada, cazándolos, entonces, con nuestro fuego Cuando estábamos llegando al lugar del combate, aprestándonos a tomar posiciones, recibí este pequeño manuscrito de Fidel:

> 16 de febrero de 1958. *Che.* Si todo depende del ataque por este lado, sin apoyo de Camilo y Guillermo, no creo que deba hacerse nada suicida porque se corre el riesgo de tener muchas bajas y no lograr el objetivo.
>
> Te recomiendo, muy seriamente, que tengas cuidado. Por orden terminante, no asumas posición de combatiente. Encárgate de dirigir bien a la gente que es lo indispensable en este momento (f)—Fidel.

Además, me decía verbalmente Almeida, portador del mensaje, que bajo mi responsabilidad podía atacar en los términos de la carta, pero que él (Fidel), no estaba de acuerdo. Pesaba sobre mi la orden terminante de no entrar en combate, la posibilidad cierta, casi segura, de la muerte de varios combatientes y la no seguridad de la toma del cuartel, sin saber la dispo-

sición de las fuerzas de Guillermo y Camilo, que estaban aisladas, y con toda la responsabilidad sobre mis hombros; fue demasiado para mí y, cabizbajo, tomé el mismo camino de mi antecesor, Escalona. Al día siguiente por la mañana, en medio de las continuas incursiones de los aviones, se dio la orden de retirada general y, después de hacer con la mirilla telescópica algunos disparos sobre los soldados que ya empezaban a salir de sus refugios, nos fuimos retirando por el firme de la Maestra.

Como se puede apreciar en el parte oficial que en aquel momento dimos, el enemigo sufrió de 18 a 25 muertos y las armas ocupadas fueron 33 fusiles, 5 ametralladoras y parque abundante. A la lista de bajas señaladas, hay que agregar la del compañero Luis Macías, cuya suerte no se conocía en ese momento, y algunos compañeros, como Luis Olazábal y Quiroba, heridos en distintas acciones del prolongado combate. En el periódico *El Mundo* del 19 de febrero aparecía la siguiente información:

> *El Mundo*, miércoles 19 de febrero de 1958. Reportan la baja de 16 insurgentes y 5 soldados. Ignoran si hirieron a Guevara. El Estado Mayor del Ejército expidió un comunicado, a las cinco de la tarde de ayer, negando que haya tenido lugar una importante batalla con los rebeldes de Pino del Agua, al sur de Bayamo. Admítese asimismo en el parte oficial que "han ocurrido alguna que otra escaramuza entre patrullas de reconocimiento del ejército y grupos alzados", añadiendo que en el

> momento de emitir ese propio parte "Las bajas rebeldes ascienden a 16, teniendo el ejército como resultado de dichas escaramuzas, cinco bajas". En cuanto a que haya sido herido el conocido comunista argentino Che Guevara, añade el comunicado, hasta ahora no se ha podido confirmar. Sobre la presencia del cabecilla insurreccional en estos encuentros, nada se ha podido confirmar y sí que permanece escondido en las intrincadas cuevas de la Sierra Maestra.

Poco después, o quizás ya en ese momento, habían provocado la masacre del Oro de Guisa realizada por Sosa Blanco el asesino que, en los primeros días de enero de 1959, moría ante un pelotón de fusilamiento.

Mientras la dictadura sólo podía confirmar que Fidel permanecía "escondido en las intrincadas cuevas de la Sierra Maestra", las tropas bajo su dirección personal le pedían que no arriesgara inútilmente la vida y el ejército enemigo no subía hasta nuestras bases. Tiempo más tarde, Pino del Agua era desalojado y completábamos la liberación de la zona occidental de la Maestra.

A los pocos días de este combate se produce uno de los hechos más importantes de la contienda; la columna 3, bajo el mando del Comandante Almeida, parte de la región de Santiago y la columna 6, Frank País, bajo el mando del Comandante Raúl Castro Ruz, cruza los llanos orientales, se interna en los Mangos de Baraguá, pasa a Pinares de Mayarí y luego forma el Segundo Frente Oriental Frank País.

PINO DEL AGUA, III

Pino del Agua es un batey instalado en la cima de la Maestra a un lado del Pico la Bayamesa. Estaba defendido por la compañía del capitán Guerra, muy bien atrincherada y fortificada. Es el punto más avanzado sobre la Sierra Maestra. El objetivo del ataque no era tomar el aserrío, sino establecer un cerco que obligara al ejército a mandar tropas en su ayuda. La situación de las tropas más cercanas era la siguiente: en San Pablo de Yao, la compañía de Sánchez Mosquera, a unos doce kilómetros del aserrío; en el Oro, la compañia del capitán Sierra, a unos seis kilómetros; a veinticinco kilómetros está Uvero con una guarnición de la Marina; los otros lugares de donde se esperaban refuerzos eran Guisa y Bayamo. Interceptando cada uno de los caminos que iban de estos puntos a Pino del Agua había fuerzas nuestras.

A las cinco y treinta de la mañana del día 16 de febrero iniciaron el ataque fuerzas de la cuar-

ta columna, al mando del capitán Camilo Cienfuegos. El ataque fue llevado en forma tan violenta que se tomaron las postas sin ninguna dificultad ocasionando al enemigo ocho muertos, cuatro prisioneros y varios heridos. A partir de ese momento se intensificaba la resistencia enemiga muriendo de nuestra parte, los Tenientes Gilberto Capote y Enrique Noda y el compañero Raimundo Lien; el compañero Angel Guevara resultó tan mal herido que murió varios días después en nuestros hospitales de campaña.

El cerco continuó durante todo el día moviéndose fuerzas del Oro, en número de diecisiete hombres, para un reconocimiento en dirección de Pino del Agua. Estas fuerzas, fueron sorprendidas y totalmente aniquiladas; se hicieron tres prisioneros heridos, los que fueron dejados por la imposibilidad del transporte en casas de campesinos. El jefe de la columna, segundo teniente Evelio Laferté, está prisionero. Sólo dos hombres, aparentemente heridos, pudieron escapar, el resto murió en la acción.

Las fuerzas que defendían los caminos de Yao y Uvero debieron permanecer inactivas debido a que estas tropas no se movieron de sus emplazamientos. La columna del Comandante Raúl Castro Ruz debió librar combate en situación muy critica, pues sus hombres no podían disparar sobre el enemigo, debido a que éste avanzó precedido por una muralla de mujeres y niños campesinos. En esta acción, murió el compañero Florentino Quesada. Desconociéndose las bajas sufridas por el ejército.

Horas después de retirarse la columna del Comandante Raúl Castro, el ejército avanzó so-

bre las posiciones nuestras en las que quedaba un grupo de campesinos atemorizados e indefensos que se habían refugiado en unos bohíos para escapar a la batalla. Se ordenó entonces salir a todos los refugiados ametrallándose sin compasión, y matando a trece individuos, la mayoría mujeres y niños. Los heridos hechos en esa "victoriosa" acción del ejército fueron atendidos en Bayamo, y son los citados por los primeros partes no oficiales sobre la batalla.

A pesar del día brumoso, durante todo el tiempo de combate los aviones estuvieron ametrallando las posiciones ocupadas por nuestras fuerzas, que no sufrieron daño. A mediodía del día 17, se retiraron nuestras fuerzas de Pino del Agua, cerrándose la acción con un nuevo ataque sobre el Oro, por parte de elementos de la sexta columna. No se conocen los resultados de este encuentro por parte del enemigo, nuestras fuerzas sin novedad.

El saldo final es el siguiente: El enemigo perdió de 18 a 25 muertos, un número equivalente de heridos, cinco prisioneros: Evelio Laferté, segundo teniente; Erasmo Yera, Francisco Travieso Camacho, Ceferino Adrián Trujillo y Bernardo San Bartolomé Martínez y Carral, soldados (éste último herido), 33 fusiles, 5 ametralladoras y gran cantidad de parque. Nuestras tropas sufrieron las bajas nombradas, más 3 heridos, uno de ellos el Capitán Camilo Cienfuegos, todos leves.

No se realizó en Pino del Agua el total del ambicioso plan concebido por el Estado Mayor de nuestro ejército, pero se obtuvo una victoria completa sobre el ejército, destruyendo aún más su ya claudicante moral de combate, y demos-

trando a la nación entera la fuerza creciente de la revolución y de nuestro ejército revolucionario, que se apresta a bajar al llano a continuar su serie de victorias.

(Publicado en El Cubano Libre, febrero de 1958)

Sierra Maestra, 19 de febrero de 1958.

Sr. Comandante
Dr. Fidel Castro
Compañero:

Debido a la urgente necesidad, y presionado por las circunstancias que imperan, la oficialidad así como todo el personal responsable que milita en nuestras filas, quiere hacer llegar a usted el sentido de apreciación que tiene la tropa respecto a su concurrencia al área de combate.

Rogamos deponga esa actitud siempre asumida por usted, que inconscientemente pone en peligro el éxito bueno de nuestra lucha armada y más que nada llevar a su meta la verdadera revolución.

Sepa usted, compañero, que esto está muy lejos de ser una movilización sectaria, que pretende demostrar fuerza de ninguna especie. Sólo nos mueve sin que falte en ningún momento el afecto y aprecio que se merece, el amor a la Patria, a nuestras causas, a nuestra ideas.

Usted sin egolatría de ninguna especie había de comprender la responsabilidad que sobre usted descansa y las ilusiones y esperanzas que

sobre usted tienen cifradas las generaciones de ayer, de hoy y de mañana Consciente de todo esto ha de aceptar este ruego de carácter imperativo, algo atrevido y exigente quizás Pero por Cuba se hace, y por Cuba le pedimos un sacrificio más.

Sus hermanos de lucha e ideales,

Comandante *Che*
Capitán Aud. Juan Almeida
Celia Sánchez
Raúl Castro Ruz
Dr. Martínez Páez
Ciro Frías
Dr. Sergio del Valle
Dr. Machado
Luis Crespo
Félix Pena
Paco Cabrera
Guillermo García
I. Pérez
M. Fajardo
Vitalio Acuña
Ramiro Valdés
Delio Gómez Ochoa
E. Sardiñas
Camilo Cienfuegos

Raúl Castro Mercader
Efigenio Ameijeiras
Luis Orlando Rodríguez
H. Sorí Marín
José Quiala
Universo Sánchez
Idelfredo Figueredo Ríos
Marcos Borrero
Horacio Rodríguez
Calixto García
José Arios Soto Mayor
Ernesto Casillas
Fernando Virelles
Abelardo Cofre Ibarra
Humberto Rodríguez Díaz
Hermes Cardero M.
Botello
F. Villegas
Armando Veis

INTERLUDIO

En los meses de abril de 1958 y junio del mismo año se observaron dos polos de la ola insurreccional.

A partir de febrero, después del combate de Pino del Agua ésta fue aumentando gradualmente hasta amenazar convertirse en avalancha incontenible. El pueblo se insurreccionaba contra la dictadura en todo el país y particularmente en Oriente. Luego del fracaso de la huelga general decretada por el Movimiento, la ola decreció hasta alcanzar su punto más bajo en junio, cuando las tropas de la dictadura estrechaban más y más el cerco sobre la Columna 1.

En los primeros días de abril salía Camilo del abrigo de la sierra hacia la zona del Cauto, donde recibiría su nombramiento de comandante de la Columna 2, "Antonio Maceo", y realizaba una serie de hazañas impresionantes en los llanos de Oriente. Camilo fue el primer coman-

dante del ejército que salió al llano a combatir con la moral y la eficacia del ejército de la sierra, poniendo en duros aprietos a la dictadura hasta días después del fracaso del 9 de abril, momentos en que retornara a la Sierra Maestra.

Al amparo de la situación, en los días de auge de la ola revolucionaria, se fueron creando toda una serie de campamentos, formados por alguna gente que ansiaba luchar y por otra que pensaba solamente en conservar el uniforme limpio para poder entrar en triunfo en La Habana. Después del 9 de abril, cuando la contraofensiva de la dictadura empezó a acentuarse, estos grupos fueron desapareciendo o se incorporaron a la sierra.

La moral cayó tanto que el ejército consideró oportuno ejercer la gracia y preparó unos volantes que distribuía desde el aire en las zonas de alzados. El volante decía así:

> Compatriotas: Si con motivo de habérsete complicado en complots insurreccionales te encuentras todavía en el campo o en el monte, tienes oportunidad de rectificar y volver al seno de tu familia.
>
> El Gobierno ha ordenado ofrecer respeto para tu vida y enviarte a tu hogar si depones las armas y te acoges a la Ley.
>
> Preséntate al Gobernador de la Provincial al Alcalde de tu Municipio al Congresista amigo, al Puesto Militar, Naval o Policíaco más cercano o a cualquier autoridad eclesiástica.

Si estuvieres en despoblado, trae contigo tu arma colocada sobre uno de tus hombros y con las manos en alto.

Si hicieras tu presentación en zona urbana, deja escondido en lugar se seguro tu armamento para que lo comuniques y sea recogido inmediatamente.

Hazlo sin pérdida de tiempo, porque las operaciones para la pacificación total continuarán con mayor intensidad en la zona donde te encuentras.

Después publicaban fotos de presentados, algunos reales y otros no. Lo evidente es que la ola contrarrevolucionaria aumentaba. Al final se estrellaría contra los picos de la sierra, pero a fines de abril y principios de mayo estaba en pleno ascenso.

Nuestra misión, en la primera fase del periodo examinado, era mantener el frente que ocupaba la cuarta columna y que llegaba a las cercanías del poblado de Minas de Bueycito. Allí estaba Sánchez Mosquera acantonado y nuestra lucha fue de fugaces encuentros sin arriesgar por una y otra parte un combate decisivo. Nosotros, por las noches, les tirábamos nuestros M-26, pero ellos ya conocían el escaso poder mortífero de esta arma y simplemente habían puesto una gran red de alambre tejido donde las cargas de TNT estallaban en sus fundas de lata de leche condensada, produciendo solamente mucho ruido.

Nuestro campamento llegó a estar situado a unos 2 kilómetros de las Minas, en un paraje denominado La Otilia, en la casa de un latifundista de la zona. Desde allí vigilábamos los

movimientos de Sánchez Mosquera y día a día se entablaban curiosas escaramuzas. Los esbirros salían por la madrugada quemando chozas de campesinos a los que despojaban de todos sus bienes y retirándose antes de que nosotros interviniéramos, en otras oportunidades atacaban algunas de nuestras fuerzas de escopeteros diseminadas por la zona, poniéndolas en fuga. Campesino sobre el que recayera la sospecha de un entendimiento con nosotros, era asesinado.

Nunca he podido averiguar por qué razón Sánchez Mosquera permitió que estuviéramos cómodamente instalados en una casa, en una zona relativamente llana y despoblada de vegetación, sin llamar a la aviación enemiga para que nos atacara. Nuestras conjeturas eran que él no tenía interés en entablar combate y que no quería hacer ver a la aviación lo cercanas que estaban las tropas, ya que tendría que explicar por qué no atacaba. No obstante, repetidas escaramuzas, como he dicho, se realizaban entre nuestras fuerzas.

Uno de esos días salí con un ayudante para ver a Fidel, situado a la sazón en el Jíbaro, la caminata era larga, toda la jornada prácticamente. Después de permanecer un día con Fidel, salimos al siguiente para volver a nuestro cuartel de La Otilia. Por alguna razón que no recuerdo, mi ayudante debió quedarse y me vi obligado a aceptar un nuevo guía, una parte de la ruta transcurría por un camino de automóviles, después se penetraba en fincas onduladas cubiertas de pastizales. En esta última etapa, cerca ya de la casa, se presentó un raro espectáculo, a la luz de una luna llena que iluminaba claramente los contornos, en uno de esos

potreros ondulados, con palmas diseminadas, apareció una hilera de mulos muertos, algunos con sus arreos puestos.

Cuando nos bajamos de los caballos a examinar el primer mulo y vimos los orificios de las balas, la cara con que me miró el guía era una imagen de película de *cowboys*. El héroe de la película que llega con su compañero y ve, por lo general, un caballo muerto por una flecha, pronuncia algo así como, "Los Sioux", y pone una cara especial de circunstancias, así era la del hombre y, quizás, también la mía propia, pero yo no me preocupaba mucho de examinarme. Unos metros más lejos estaba el segundo, luego el tercero y el cuarto o quinto mulo muertos. Había sido un convoy de abastecimientos para nosotros capturado por una excursión de Sánchez Mosquera, creo recordar que también hubo algún civil asesinado. El guía se negó a seguirme, alegó desconocer el terreno y simplemente subió en su cabalgadura y nos separamos amigablemente.

Yo tenía una Beretta y, con ella montada, llevando el caballo de las riendas me interné en los primeros cafetales. Al llegar a una casa abandonada, un tremendo ruido me sobresaltó hasta el punto que por poco disparo, pero era sólo un puerco, asustado también por mi presencia. Lentamente y con muchas precauciones fui recorriendo los escasos centenares de metros que me separaban de neutra posición, la que encontré totalmente abandonada. Tras mucho rebuscar, encontré un compañero que había quedado durmiendo en la casa.

Universo, que había quedado al mando de la tropa, había ordenado la evacuación de la casa

previendo algún ataque nocturno o de madrugada. Como las tropas estaban bien diseminadas defendiendo el lugar, me acosté a dormir con el único acompañante. Toda aquella escena no tiene para mí otro significado que el de la satisfacción que experimenté al haber vencido el miedo durante un trayecto que se me antojó eterno hasta llegar, por fin, solitario, al puesto de mando. Esa noche me sentí valiente.

Pero la confrontación más dura con Sánchez Mosquera se produjo en un pequeño pobladito o caserío llamado Santa Rosa. Como siempre de madrugada avisaron que Sánchez Mosquera estaba allí y nos dirigimos rápidamente al lugar, yo estaba con algo de asma y por lo tanto iba montado en un caballo bayo con el que habíamos hecho buenas migas. La lucha se extendía en determinados parajes en forma fraccionada. Hubo que abandonar la cabalgadura. Con el grupo de hombres que estaba conmigo, tomamos posición de un pequeño cerro, distribuyéndonos en dos o tres alturas diferentes. El enemigo tiraba algunos morterazos previos, sin mayor puntería. Por un instante arreció el tiroteo a mi derecha y me encaminé a visitar las posiciones, pero a medio camino también empezaron por la izquierda, mandé a mi ayudante a no sé qué lugar y quedé solo entre los dos extremos de los disparos. A mi izquierda, las fuerzas de Sánchez Mosquera, después de disparar algunos obuses de mortero, subieron la loma en medio de un griterío descomunal. Nuestra gente con poca experiencia, no atinó a disparar salvo alguno que otro tiro aislado y salió corriendo loma abajo. Sólo, en un potrero pelado, vi cómo aparecían varios cascos de soldados. Un esbirro

echó a correr ladera abajo en persecución de nuestros combatientes que se internaban en los cafetales, le disparé con la Beretta sin darle, e inmediatamente, varios fusiles me localizaron, tirándome. Emprendí una zigzagueante carrera llevando sobre los hombros mil balas que portaba en una tremenda cartuchera de cuero, y saludado por los gritos de desprecio de algunos soldados enemigos. Al llegar cerca del refugio de los árboles mi pistola se cayó. Mi único gesto altivo de esa mañana triste fue frenar, volver sobre mis pasos recoger la pistola y salir corriendo, saludado esta vez, por la pequeña polvareda que levantaban como puntillas a mi alrededor las balas de los fusiles. Cuando me consideré a salvo, sin saber de mis compañeros ni del resultado de la ofensiva quedé descansando, parapetado en una gran piedra, en medio del monte. El asma, piadosamente, me había dejado correr unos cuantos metros, pero se vengaba de mí y el corazón saltaba dentro del pecho. Sentí la ruptura de ramas por gente que se acercaba ya no era posible seguir huyendo (que realmente era lo que tenía ganas de hacer), esta vez era otro compañero nuestro, extraviado recluta recién incorporado a la tropa. Su frase de consuelo fue más o menos: "no se preocupe, comandante, yo muero con usted". Yo no tenía ganas de morir y sí tentaciones de recordarle algo de su madre, me parece que no lo hice. Ese día me sentí cobarde.

A la noche hacíamos el recuento de todos los hechos, un magnífico compañero, Mariño de apellido, había sido muerto en una de las escaramuzas, lo demás era bien pobre en cuanto a resultado para ellos. El cadáver de un campesi-

no con un balazo en la boca, asesinado quién sabe por qué, era lo que había quedado en las posiciones del ejército, abandonado por éste. Allí, con una pequeña cámara de cajón sacó la fotografía del campesino asesinado, el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti que por primera vez nos visitara en la sierra y con el cual sostendríamos luego una profunda y duradera amistad.

Después de estos combates nos retiramos de La Otilia un poco hacia atrás, pero ya me reemplazaba como comandante en la Columna 4, Ramiro Valdés, ascendido en esos días. Salí de la zona, acompañado de un pequeño grupo de combatientes, a hacerme cargo de la Escuela de Reclutas, en la cual debían entrenarse los hombres que tendrían que hacer la travesía desde Oriente a Las Villas. Además, había que prepararse para lo que ya era inminente: la ofensiva del ejército. Todos los días siguientes, finales de abril y primero de mayo, fueron dedicados a la preparación de los puntos defensivos y a tratar de llevar hacia las lomas la mayor cantidad posible de alimentos y medicamentos para poder soportar lo que ya se veía venir, una ofensiva en gran escala.

Como tarea paralela, estábamos tratando de lograr un impuesto a los azucareros y ganaderos. En esos días subió Remigio Fernández, latifundista ganadero que ofreció el oro y el moro, pero se olvidó las promesas al llegar al llano.

Tampoco los azucareros dieron nada. Pero después, cuando nuestra fuerza era sólida, nos tomamos la revancha, aunque pasáramos esos días de ofensiva sin elementos indispensables para nuestra defensa.

Poco tiempo después, Camilo era llamado para cubrir mejor nuestro pequeño territorio que encerraba incalculables riquezas: una emisora, hospitales, depósitos de municiones y, además, un aeropuerto situado entre las lomas de La Plata, donde podía aterrizar una avioneta ligera.

Fidel mantuvo el principio de que no importaban los soldados enemigos, sino la cantidad de gente que nosotros necesitáramos para hacer invulnerable una posición y que a eso debíamos atenernos. Esa fue nuestra táctica y por ello todas nuestras fuerzas se fueron juntando alrededor de la comandancia para ofrecer un frente compacto. No había mucho más de 200 fusiles útiles cuando el 25 de mayo empezara la esperada ofensiva en medio de un mitin que Fidel estaba dando a unos campesinos, discutiendo las condiciones en que podría realizarse la cosecha del café, ya que el ejército no permitía el ascenso de jornaleros para la zafra de ese producto.

Le había dado cita a unos trescientos cincuenta campesinos muy interesados en resolver sus problemas de cosecha. Fidel había propuesto crear un dinero de la sierra para pagar a los trabajadores, traer yarey y los sacos para los envases, crear cooperativas de trabajo y consumo y una comisión de fiscalización. Además, se ofrecía el concurso del Ejército Guerrillero para la cosecha. Todo fue aprobado pero, cuando iba a cerrar el acto el propio Fidel, comenzó el ametrallamiento, el ejército enemigo había chocado con los hombres del capitán Angel Verdecia y su aviación castigaba los contornos.

UNA REUNION DECISIVA

Durante todo el día 3 de mayo de 1958, se realizó en la Sierra Maestra en Los Altos de Mompié, una reunión casi desconocida hasta ahora, pero que tuvo importancia extraordinaria en la conducción de la estrategia revolucionaria. Desde las primeras horas del día, hasta las 2 de la mañana, se estuvieron analizando las consecuencias del fracaso del "9 de Abril" y el porqué de esa derrota y tomando las medidas necesarias para la reorganización del Movimiento y la superación de las debilidades consecuentes a la victoria de la dictadura.

Aunque yo no pertenecía a la Dirección Nacional, fui invitado a participar en ella a instancias de los compañeros Faustino Pérez y René Ramos Latour (Daniel) a quienes había hecho fuertes críticas anteriormente. Estábamos presentes, además de los nombrados, Fidel, Vilma Espín (Débora en la clandestinidad) Ñico Torres, Luis Busch, Celia Sánchez, Marcelo Fernández (Zoilo en aquella época), Haydée

Santamaría, David Salvador y a mediodía se nos unió Ernio Infante (Bruno).

La reunión fue tensa, dado que había que juzgar la actuación de los compañeros del llano, que hasta ese momento, en la práctica, habían conducido los asuntos del 26 de Julio. En esa reunión se tomaron decisiones en las que primó la autoridad moral de Fidel, su indiscutible prestigio y el convencimiento de la mayoría de los revolucionarios allí presentes de los errores de apreciación cometidos. La Dirección del Llano había despreciado la fuerza del enemigo y aumentado subjetivamente las propias, esto sin contar los métodos usados para desencadenarla. Pero lo más importante, es que se analizaban y juzgaban dos concepciones que estuvieron en pugna durante toda la etapa anterior de conducción de la guerra. La concepción guerrillera saldría de allí triunfante, consolidado el prestigio y la autoridad de Fidel y nombrado Comandante en Jefe de todas las fuerzas incluidas las de la milicia —que hasta esos momentos estaban supeditados a la Dirección del Llano— y Secretario General del Movimiento

Hubo muchas discusiones enconadas al analizar la participación de cada quien en los hechos analizados pero la más violenta quizá, fue la sostenida con los representantes obreros que se oponían a toda participación del Partido Socialista Popular en la organización de la lucha. El análisis de la huelga demostraba que sus preparativos y su desencadenamiento estaban saturados de subjetivismo y de concepciones puchistas, el formidable aparato que parecía tener el 26 de julio en sus manos, en forma de organización obrera celular, se había desbara-

tado en el momento de la acción. La política aventurera de los dirigentes obreros había fracasado contra una realidad inexorable. Pero no eran los únicos responsables de la derrota, nosotros opinábamos que las culpas máximas caían sobre el delegado obrero David Salvador, el responsable de La Habana, Faustino Pérez y el jefe de las milicias del llano, René Ramos Latour.

El primero, por sostener y llevar a cabo su concepción de una huelga sectaria que obligara a los demás movimientos revolucionarios a seguir a la zaga del nuestro. A Faustino por la falta de perspectiva que tuvo al creer en la posibilidad de la toma de la capital por sus milicias, sin aquilatar las fuerzas de la reacción en su bastión principal. A Daniel se le impugnaba la misma falta de visión pero referida a las milicias del llano que fueron organizadas como tropas paralelas a las nuestras, sin entrenamiento ni moral de combate y sin pasar por el riguroso proceso de selección de la guerra.

La división entre la sierra y el llano era real. Había ciertas bases objetivas para ello, dadas por el mayor grado de madurez alcanzado en la lucha guerrillera por los representantes de la sierra y el menor de los combatientes del llano, pero también había un elemento de extraordinaria importancia y algo que pudiéramos llamarle la deformación profesional. Los compañeros del llano tenían que trabajar en su ambiente y, poco a poco, se iban acostumbrando a ver los métodos de trabajo necesarios para esas condiciones, como ideales y los únicos posibles para el Movimiento y, además —humanamente lógico— a considerar el llano con mayor importancia relativa que la Sierra.

Después de los fracasos frente a las fuerzas de la dictadura, surgía ya una sola capacidad dirigente, la de la sierra, y, concretamente, un dirigente único, un Comandante en Jefe, Fidel Castro. Al final de una exhaustiva y muchas veces violenta discusión, se resolvió separar de sus cargos a Faustino Pérez, que sería reemplazado por Ochoa, y a David Salvador, que sería reemplazado por Ñico Torres. Con este último cambio no se hacía ningún adelanto sustantivo en cuanto a concepción de la lucha ya que frente al planteamiento de la unidad de todas las fuerzas obreras para preparar la próxima huelga general revolucionaria, que debía estar ordenada desde la sierra, Ñico manifestaba su disposición a trabajar disciplinadamente con los "stalinistas" pero que eso no conduciría a nada. Se refería en esos términos a los compañeros del Partido Socialista Popular.

El tercer cambio, el de Daniel, no producía sustituto ya que pasaba a ser Fidel directamente Comandante en Jefe de las milicias del llano. Además, se tomó la determinación de enviar a Haydée Santamaría como agente especial del Movimiento a Miami, haciéndose cargo de las finanzas en el exilio. En la parte política, la Dirección Nacional pasaba a la Sierra Maestra, donde Fidel ocuparía el cargo de Secretario General y se constituía un secretariado de cinco miembros donde había uno de finanzas, de asuntos políticos y de asuntos obreros. No recuerdo ahora quiénes fueron los compañeros designados para estos puestos, pero todo lo referente a envíos de armas o a la decisión sobre las armas, y las relaciones exteriores, correría de allí en adelante por cuenta del Secretario

General. Los tres compañeros separados debían ir a la sierra donde ocuparía un cargo de delegado obrero David Salvador y serían Comandantes Faustino y Daniel. Este último, fue puesto al mando de una columna que tuvo activa participación en la lucha de la última ofensiva del ejército que estaba al desencadenarse, muriendo al frente de las tropas mientras atacaba a una de las columnas en retirada. Su carrera revolucionaria le valió un puesto en la lista selecta de nuestros mártires.

Faustino solicitó y obtuvo autorización para volver a La Habana y arreglar toda una serie de asuntos del Movimiento, entregar la jefatura y reintegrarse luego a la lucha en la sierra, así lo hizo, y en la Columna 1 José Martí, comandada por Fidel Castro acabó la guerra. Aunque la historia debe consignar los sucesos tal como ocurrieron, debe aclararse el alto concepto que siempre nos mereció quien en un momento dado fuera nuestro adversario dentro del movimiento. Faustino siempre fue considerado un compañero honesto a carta cabal y arriesgado hasta el extremo. De su arrojo tengo pruebas presenciales, cuando quemó un avión que nos había traído armas desde Miami, descubierto por la aviación enemiga y dañado. Bajo la metralla, Faustino, realizó la operación necesaria para evitar que cayera en manos del ejército, dándole candela mediante la gasolina que se vertía por las perforaciones de los impactos. De su calidad revolucionaria da cuenta toda su trayectoria.

En aquella reunión se tomaron también acuerdos de menor importancia y se aclararon toda una serie de aspectos oscuros de nuestras

relaciones recíprocas. Se escuchó un informe de Marcelo Fernández en relación a la organización del Movimiento en el llano y se le encargó otro, para los núcleos del Movimiento, detallando los resultados y acuerdos de la reunión de la Dirección Nacional. También se escuchó un informe sobre organización de la resistencia cívica, su constitución, forma de trabajo, componentes, ampliación y fortalecimiento de las mismas. El compañero Busch informó sobre el comité del exilio, la posición débil de Mario Llerena y sus incompatibilidades con Urrutia. Se decidió ratificar a Urrutia como candidato de nuestro Movimiento y pasarle una pensión, que hasta ese momento recibía Llerena, único cuadro profesional que mantenía el Movimiento en el exilio. Además, se decidió que si Llerena continuaba con sus interferencias debía cesar en el cargo de presidente del comité del exilio. En el exterior había muchos problemas, en Nueva York, por ejemplo, los grupos de Barrón, Pérez Vidal y Pablo Díaz, trabajaban separados entre sí y, a veces, tenían choques o interferencias. Se resolvió que Fidel enviara una carta a los emigrados y exiliados reconociendo como único organismo oficial al comité del exilio del Movimiento 26 de Julio, se analizaron todas las posibilidades que brindaba el gobierno de Venezuela, presidido por Wolfgan Larrazábal en aquel momento, que había prometido apoyar al Movimiento y que de hecho lo hizo. La única queja que pudiéramos tener con Larrazábal, estriba en que nos envió, junto con un avión de armas, al "benemérito" Manuel Urrutia Lleó pero, en realidad, nosotros mismos habíamos hecho tan deplorable elección.

Se tomaron otros acuerdos en la reunión, además de Haydée Santamaría, que debía ir a Miami, Luis Busch debía trasladarse a Caracas con instrucciones precisas acerca de Urrutia. A Carlos Franqui se le ordenaba llegar a la sierra para hacerse cargo de la Dirección de Radio Rebelde. Los contactos se harían por radio a través de Venezuela mediante unas claves confeccionadas por Luis Busch que funcionaron hasta el final de la guerra

Como puede apreciarse de los acuerdos tomados en esta reunión, ella tuvo una importancia capital, por fin quedaban dilucidados varios problemas concretos del Movimiento. En primer lugar, la guerra sería conducida militar y políticamente por Fidel en su doble cargo de Comandante en Jefe de todas las fuerzas y Secretario General de la Organización. Se seguiría la línea de la sierra, de la lucha armada directa, extendiéndola hacia otras regiones y dominando el país por esa vía y se acababa con algunas ilusiones ingenuas de pretendidas huelgas generales revolucionarias cuando la situación no había madurado lo suficiente para que se produjera una explosión de ese tipo y sin que el trabajo previo tuviera características de una preparación conveniente para un hecho de tal magnitud. Además, la Dirección radicaba en la sierra con lo que objetivamente se eliminaban algunos problemas prácticos de decisión que impedían que Fidel ejerciera realmente la autoridad que se había ganado. De hecho no hacía nada más que marcar una realidad, el predominio político de la gente de la sierra, consecuencia de su justa posición y de su correcta interpretación de los hechos. Se corroboró la justeza

de nuestras dudas cuando pensábamos en la posibilidad del fracaso de las fuerzas del Movimiento en el intento de la huelga general revolucionaria, si ésta se llevaba en la forma en que se había esbozado en una reunión anterior al 9 de abril.

Quedaban todavía por realizar algunas tareas muy importantes, ante todo, resistir la ofensiva que se avecinaba, ya que las fuerzas del ejército se iban colocando en anillo alrededor del bastión principal de la revolución que era la comandancia de la Columna 1, dirigida por Fidel, después la invasión de los llanos, la toma de las provincias centrales y, por último, la destrucción de todo el aparato político-militar del régimen. Nos llevaría 7 meses consumarlas totalmente.

En esos días lo más apremiante era fortalecer el frente de la sierra y asegurar un pequeño bastión que pudiera seguir hablando a Cuba y sembrando la semilla revolucionaria en nuestro pueblo. También teníamos comunicaciones con el exterior que era importante mantener. Pocos días antes había sido testigo de una conversación por radio entre Fidel y Justo Carrillo que representaba al grupo de Montecristi, o sea, aspirantes a gorilas, donde militaban representantes del imperialismo como el mismo Carrillo y Barquín. Justico ofrecía el oro y el moro, pero pedía que Fidel hiciera una declaración apoyando a los militares "puros". Este le contestó que no era imposible esto, pero que sería difícil para nuestro Movimiento entender un llamamiento de este tipo cuando nuestro pueblo caía víctima de los soldados, y que era difícil precisar entre los buenos y los malos cuando

todos estaban reunidos en montón, en resumen, que no se hizo. También se habló con Llerena, me parece recordar, y con Urrutia, para hacer un llamado a la Unidad y no dejar romper el endeble agrupamiento de personalidades dispares que, desde Caracas, estaban tratando de capitalizar el movimiento armado en su propio provecho pero representaban nuestras aspiraciones de reconocimiento externo y por lo tanto debíamos cuidar.

Inmediatamente después de la reunión, sus participantes se disgregaron y a mí me tocó inspeccionar toda una serie de zonas, tratando de crear líneas defensivas con nuestras pequeñas huestes para ir resistiendo el empuje del ejército, hasta empezar la resistencia realmente fuerte en las zonas más montañosas, desde La Sierra de Caracas, donde estarían los grupos pequeños y mal armados de Crescencio Pérez, hasta la zona de La Botella o La Mesa, donde estaban distribuidas las fuerzas de Ramiro Valdés.

Este pequeño territorio debería defenderse con no mucho más de doscientos fusiles útiles, cuando pocos días después comenzara la ofensiva de "cerco y aniquilamiento" del ejército de Batista.

UN AÑO DE LUCHA ARMADA

Al iniciarse el año 1958 cumplimos más de uno de lucha. Se impone un pequeño recuento de nuestra situación alcanzada en el plano militar, organizativo y político y de cómo fuimos avanzando.

Recordemos sucintamente, en lo militar, que nuestra tropa desembarcó el día 2 de diciembre de 1956 en la playa Las Coloradas, fue sorprendida y batida en Alegría del Pío tres días después, el 5 de diciembre, y se reagrupó a finales de ese mismo mes, para volver a iniciar las acciones en la escala pequeña que correspondía a nuestra nueva fuerza, en la Plata, pequeño cuartel situado a las orillas del río del mismo nombre en la costa sur de Oriente.

La característica fundamental de nuestra tropa, en todo el período que va desde el desembarco y la inmediata derrota de Alegría de Pío hasta el combate de Uvero, es la existencia de un solo grupo guerrillero dirigido por Fidel Cas-

tro, y la posibilidad constante (fase nómada, podríamos llamarle).

Las conexiones con la ciudad se establecen lentamente en el lapso comprendido entre el 2 de diciembre y el 28 de mayo, fecha del combate de Uvero. Estas relaciones, durante el tiempo analizado, se caracterizan por la incomprensión por parte de la Dirección del Movimiento en el llano de nuestra importancia como vanguardia de la revolución y de la altura de Fidel como jefe de ella.

Es en este momento en que se forjan dos opiniones distintas en cuanto a la táctica a seguir, respondiendo a dos conceptos estratégicos, distintos, bautizados entonces como la sierra y el llano, nuestras discusiones y nuestras luchas internas fueron bastante agudas. Con todo, en esta fase la preocupación fundamental era subsistir e ir creando la base guerrillera. El campesinado ha seguido un proceso que hemos analizado en reiteradas oportunidades. En el instante siguiente al desastre de Alegría de Pío, hubo un cálido sentimiento de compañerismo y un apoyo espontáneo a nuestra tropa en derrota, después del reagrupamiento y las primeras acciones, conjuntamente con la represión del ejército, se produce el terror entre los campesinos y la frialdad ante nuestras fuerzas. El problema fundamental era que si nos veían tenían que denunciarnos pues si el ejército llegaba a saberlo por otras vías, estaban perdidos; la denuncia iba contra su propia conciencia y, además, también los ponía en peligro porque la justicia revolucionaria era expedita.

Pese a un campesinado aterrorizado, a lo más, neutral, inseguro, que elegía, como méto-

do para sortear la gran disyuntiva, el abandonar la sierra, nuestro ejército fue asentándose cada vez más, haciéndose más dueño del terreno y logrando el control absoluto de una zona de la Maestra que llegaba más allá del Pico Turquino hacia el este y hasta las inmediaciones del pico denominado Caracas en el oeste. Poco a poco, cuando los campesinos vieron lo indestructible de la guerrilla y lo largo que lucía el proceso de lucha, fueron reaccionando en la forma más lógica e incorporándose a nuestro ejército como combatientes. Desde ese momento, no sólo nutrieron nuestras filas, sino que además se agruparon a nuestro lado, el ejército guerrillero se asentó fuertemente en la tierra, dada la característica de los campesinos de tener parientes en toda la zona. Esto es lo que llamamos vestir de yarey a la guerrilla.

La columna no se nutrió solamente por el aporte de los campesinos y el de los voluntarios individuales, también de fuerzas enviadas por la Dirección Nacional y la Provincial de Oriente que tenía bastante autonomía. En el periodo que va desde el desembarco hasta Uvero, llega una columna compuesta por unos cincuenta hombres divididos en cinco pelotones de combatientes cada uno con un arma, aunque las había de distinto tipo y sólo 30 eran de buena calidad. Antes de la llegada de este grupo se habían realizado los combates de la Plata y de Arroyo del Infierno, habíamos sido sorprendidos en los Altos de Espinosa, perdiendo un hombre y otra vez estuvimos a punto de serlo en la región de Gaviro; había un traidor infiltrado en nuestra pequeña tropa que llevara tres veces al ejército hacia donde estábamos y que tenía la encomienda de matar a Fidel.

Con las amargas experiencias de estas sorpresas y la vida dura del monte, fuimos adquiriendo temple de veteranos. La nueva tropa recibió su bautismo de fuego en el combate de Uvero. Esta acción tiene una gran importancia porque marca el instante en que realizamos un ataque frontal contra un puesto bien defendido, a la luz del día. Además, fue uno de los sucesos más sangrientos de la guerra, habida cuenta de la duración del combate y de la cantidad de participantes en él. A raíz de este encuentro fueron desalojadas por el enemigo las zonas costeras de la Sierra Maestra.

Posteriormente a Uvero y después del reencuentro con la columna principal de una, pequeña, que había quedado a mi cargo con los heridos y se había ido nutriendo de distintos combatientes aislados, se me nombra jefe de la Segunda Columna, nominada 4, que debía operar al este del Turquino. Vale decir, la columna dirigida personalmente por Fidel operaría fundamentalmente al oeste de ese pico y la nuestra del otro lado, hasta donde pudiéramos abarcar. Había cierta independencia de mando táctico, pero estábamos dirigidos por Fidel, con el cual manteníamos correspondencia por medio de mensajeros cada semana o quince días. Esta división coincidió con el aniversario del 26 de Julio y mientras las tropas de la Columna 1, José Martí, atacaban Estrada Palma, haciendo un serie de demostraciones, nosotros marchábamos aceleradamente hacia la lona de Bueycito, poblado al que atacamos y tomamos como primera acción. Desde la fecha apuntada hasta los primeros días de enero del año 58, se produce la consolidación del territorio rebelde;

el ejército, para entrar tiene que concentrar fuerzas y avanzar en columnas fuertes; los preparativos son grandes y los resultados escasos, ya que no tienen movilidad. Varias columnas enemigas son cercadas y otras diezmadas o, al menos, detenidas. Aumenta el conocimiento de la zona y la capacidad de maniobra, iniciándose el periodo sedentario o de fijación perenne al terreno. En el primer ataque a Pino del Agua utilizamos métodos más sutiles, engañando totalmente al enemigo, pues ya conocíamos sus costumbres, según lo previó Fidel, días después de dejarse ver en la zona llegaría la expedición punitiva... y mi tropa los esperaba emboscada, mientras Fidel se hacía ver por otros lares.

A fines del año, las tropas enemigas se retiraban una vez más de la sierra y quedábamos dueños del territorio existente entre el Pico Caracas y Pino del Agua, de oeste a este, el mar al sur y los pequeños poblados de las estribaciones de la Maestra, ocupados por el ejército al norte.

Nuestra zona de operaciones se ampliaría grandemente al ser atacado por segunda vez Pino del Agua, por todas nuestras fuerzas en conjunto bajo la dirección personal de Fidel y formarse dos nuevas columnas, la 6, que llevaría el nombre de Frank País, al mando de Raúl y la columna de Almeida. Ambas eran desprendimientos de la 1, comandada por Fidel, la que fue nutriente perenne de estos desgajamientos que se producían para asentar nuevas fuerzas en territorios distantes. Así se vigorizaría la tendencia iniciada con la formación de la Columna 4, que se puede comparar al fenómeno de creación de nuevas columnas a partir de la colmena madre, la Columna 1.

El periodo de consolidación de nuestro ejército, en el cual no podíamos atacar por falta de fuerzas las posiciones que el enemigo ocupaba en puntos fortificados y relativamente fáciles de defender, y éste no avanzaba sobre nosotros, se mantuvo como característica hasta el segundo combate de Pino del Agua, el 16 de febrero del año 1958.

En nuestro campo se han sufrido las muertes de los mártires del Granma, todas ellas sentidas, pero de particular significación las de Ñico López y Juan Manuel Márquez. Otros combatientes, que por su arrojo, y sus cualidades morales habían adquirido gran prestigio entre la tropa, han dejado su vida en este primer año, entre ellos, cabe citar a Nano y Julio Díaz, que no eran hermanos, muertos los dos en el combate de Uvero y el último veterano del Moncada, Ciro Redondo, muerto en el combate de Mar Verde, el Capitán Soto, muerto en el combate de San Lorenzo. En la lucha en las ciudades, además de un largo número de mártires, debíamos apuntar como la perdida más grande de la revolución hasta ese momento, la muerte de Frank País en Santiago de Cuba.

A la lista de hechos de armas en la Sierra Maestra, debía adjuntarse el trabajo desplegado, por las fuerzas del llano en las ciudades. En todas las principales poblaciones del país actuaban grupos que combatían el régimen de Batista, pero los dos polos de lucha más importantes estaban en La Habana y Santiago En la primera, el movimiento infructuosamente trató de desarrollar una línea armada que diera señales constantes de vida y movimiento, Santiago, por el contrario, se convertía en una trin-

chera de primer orden en la larga batalla contra la dictadura batistiana, está ligada geográficamente con la Sierra Maestra.

Lo que faltó en todo momento fue una conexión completa entre el llano y la sierra, debido a dos factores fundamentales, el aislamiento geográfico de la sierra y las divergencias de tipo táctico y estratégico entre los dos grupos del movimiento. Este último fenómeno provenía de concepciones sociales y políticas diferentes.

La sierra estaba aislada por sus condiciones naturales y además por los cordones de vigilancia que en algunos momentos llegaron a hacerse extremadamente difíciles de pasar. En este breve bosquejo de la lucha del país en un año, habría que señalar también las acciones en general infructuosas y que llegaron a tristes resultados, de otros grupos de combatientes.

El 13 de marzo de 1957, el Directorio Estudiantil atacaba Palacio en un intento de ajusticiar a Batista. En esa acción cayó un selecto puñado de combatientes, encabezados por el Presidente de la FEU y gran luchador, todo un símbolo de nuestra juventud, *Manzanita*, Echeverría.

Pocos meses después, en mayo, se intentaba un desembarco que probablemente haya sido entregado antes de partir de Miami, pues era financiado con los dineros del traidor Prío, y cuyo resultado fue una masacre casi completa de los participantes. Se trata de la expedición del Corynthia, dirigida por Calixto Sánchez, muerto, como casi todos sus compañeros, por Cowley, el asesino de la zona norte de Oriente que después fuera ajusticiado por miembros de nuestro Movimiento.

Se iniciaba la fijación de grupos de lucha en el Escambray orientados algunos de ellos por el Movimiento 26 de Julio y otros por el Directorio Estudiantil. Estos últimos fueron encabezados primero por un miembro del Directorio que traicionaría a esa agrupación, para después traicionar a toda la revolución, el hoy exiliado Gutiérrez Menoyo.

Los combatientes leales al Directorio formaron una columna aparte que después dirigía el Comandante Chomón y los restantes dieron origen al llamado II Frente Nacional del Escambray.

Se formaban pequeños núcleos en las sierras de Cristal y de Baracoa, a veces mitad guerrillas y mitad "comevacas", que Raúl debió depurar en su invasión con la Columna 6. Otro aspecto de la lucha armada de esta época es el alzamiento de la Base Naval de Cienfuegos, el 5 de septiembre de 1957, dirigido por el teniente San Román, que fuera asesinado a raíz del fracaso del golpe. La Base Naval de Cienfuegos no estaba destinada a alzarse sola, ni fue una acción espontánea, era parte de un gran movimiento subterráneo entre las fuerzas armadas, dirigido por un grupo de militares llamados puros (los no maculados con los crímenes de la dictadura) que estaban —hoy se ve claro— penetrados por el imperialismo yanqui. Por algún oscuro motivo, el alzamiento fue pospuesto para otra fecha pero, la Base Naval de Cienfuegos, por no recibir la orden a tiempo o no poder impedirlo ya, resolvió alzarse. En el primer momento dominaron la situación pero cometieron el trágico error de no encaminarse a la sierra del Escambray, distante sólo algunos minutos

de Cienfuegos, cuando tenían dominada toda la ciudad y disponían de los medios para hacerlo con rapidez y formar un sólido frente en la montaña.

Tienen participación activa dirigentes nacionales y locales del 26 de Julio, y el pueblo participa, al menos en el entusiasmo que provoca el alzamiento y algunos toman las armas. Esto puede haber creado obligaciones morales a los jefes del mismo que les atara más aún a la ciudad conquistada, pero el desarrollo de los acontecimientos siguen una línea lógica en este tipo de golpe que la historia recoge antes y después de él. Juega aquí, evidentemente, un papel importante el poco valor dado por los militares de academia a la lucha guerrillera, la falta de fe en la guerrilla como expresión de la lucha del pueblo. Y fue así cómo los conjurados, pensando probablemente que sin el auxilio de sus compañeros de armas estaban derrotados, decidieron sostener una lucha a muerte en los estrechos límites de una ciudad, de espaldas al mar, hasta ser prácticamente aniquilados por la superioridad del enemigo que movilizó cómodamente sus tropas convergiendo sobre Cienfuegos. El 26 de Julio, participando como asociado sin armas, no hubiera podido cambiar el panorama aunque sus dirigentes vieran claro el resultado final, cosa que tampoco ocurrió. La lección para el futuro es que el poseedor de la fuerza dicta la estrategia.

Las grandes matanzas de civiles, los fracasos repetidos y los asesinatos cometidos por la dictadura en distintos aspectos de la lucha que se han analizado indicaba que la acción guerrillera en terrenos favorables era la expresión más

acabada de la técnica de la lucha popular frente a un gobierno despótico y fuerte todavía, y la menos dolorosa para los hijos del pueblo. Mientras nuestras bajas se contaban con los dedos, después del asentamiento de la guerrilla —si bien eran compañeros sobresalientes por su valor y por su decisión en el combate—, en las ciudades también morían los decididos, pero los seguía un gran número de individuos de menor significación revolucionaria y, hasta inocentes de lo imputado, debido a la gran vulnerabilidad frente a la acción represiva.

Al finalizar este primer año de lucha, el panorama era de un alzamiento general en todo el territorio nacional. Se sucedían los sabotajes, que iban desde algunos técnicamente realizados y bien meditados, hasta acciones terroristas banales realizadas al calor dé impulsos individuales, dejando un saldo doloroso de muertes inocentes y de sacrificios de los mejores luchadores, sin significar un verdadero provecho a la causa del pueblo.

Nuestra situación militar se consolidaba y era amplio el territorio que ocupábamos. Estábamos en una paz armada con Batista, sus capitanes no subían a la sierra y nuestras tropas no podían bajar mucho, el cerco se estrechaba todo lo que podía el enemigo, pero nuestras tropas lo burlaban aún.

En el aspecto organizativo nuestro Ejército Guerrillero había avanzado lo suficiente como para tener, al final del año, organizaciones elementales de acopio, algunos servicios industriales mínimos, hospitales y comunicaciones formadas.

Los problemas del guerrillero eran muy sim-

ples, para subsistir individualmente necesitaba comida en pocas cantidades, alguna ropa y algunas medicinas indispensables, para subsistir como guerrilla, es decir, como fuerza armada en lucha, armas y parque, para desarrollarse en el aspecto político, vehículos de propaganda. Para poder asegurar estas necesidades mínimas, era preciso que existiera un aparato de comunicaciones e información.

Al principio, las pequeñas fuerzas guerrilleras, una veintena de hombres, comían una magra ración de alguno de los vegetales de la sierra, algún caldo de pollo, en los casos de banquete o algún puerco de los campesinos, pagándolo religiosamente. A medida que iban aumentando las guerrillas y los grupos de preguerrilleros que se entrenaban, eran necesarios abastecimientos más copiosos. Los campesinos de la sierra no tienen animales vacunos, y, en general, toda su dieta ha sido de subsistencia, dependiendo del café para lograr los artículos industriales que necesiten o algunos comestibles imprescindibles como la sal, que no existe en la sierra. Como primera medida, ordenamos siembras especiales a algunos campesinos, a los cuales asegurábamos las compras de las cosechas de frijoles, de maíz, de arroz, etcétera, y, al mismo tiempo, organizábamos con algunos comerciantes de los pueblos aledaños, vías de abastecimiento, que permitían llevar a la sierra la comida y algunos equipos. Se crearon arrias de mulos pertenecientes a las fuerzas guerrilleras.

En cuanto a las medicinas, se obtenían de la ciudad, pero no siempre en la cantidad y calidad requeridas, por lo tanto debíamos mante-

ner también cierta organización para asegurarlas.

Las armas fue difícil lograrlas desde el llano, a las dificultades naturales del aislamiento geográfico, se agregaban las necesidades de las mismas fuerzas de las ciudades y su renuencia a entregarlas a las fuerzas guerrilleras, duras discusiones tuvo que mantener Fidel para que algunos equipos llegaran. El único cargamento importante que podemos apuntar en este primer año de lucha, fuera del que trajeron los propios combatientes incorporados, fue un remate de las armas utilizadas en el ataque a Palacio que fue transportado con la complicidad de un gran maderero latifundista de la zona, llamado Babún, a quien ya nos hemos referido en estas notas.

El parque escaseaba mucho, lo recibíamos contado y sin la variedad necesaria, pero para nosotros fue imposible organizar fábricas, ni siquiera recargar cartuchos en esta primera época, salvo las balas de revólver 38, que eran recargadas por el armero con un poco de pólvora, y algunos 30-06 que se usaban en los fusiles de cerrojo, ya que en los fusiles semiautomáticos se trababan e impedían su funcionamiento correcto.

En el aspecto de la organización de la vida de los campamentos; se establecieron algunas regulaciones sanitarias y en esta época nacieron los hospitales, uno de éstos estaba instalado en la zona bajo mi mando, en un lugar de bastante difícil acceso y que ofrecía relativa seguridad a los heridos, pues era invisible desde el aire, pero el ambiente húmedo del paraje, rodeado de montes, era bastante insalubre para

los heridos o enfermos que allí estaban. Este hospital fue organizado por el compañero Sergio del Valle. Los médicos Martínez Páez, Vallejo y Piti Fajardo, organizaban en la columna de Fidel hospitales similares pero solamente adquirieron categoría superior en el segundo año de la lucha.

Las necesidades de equipo de la tropa, tales como cartucheras, cananas, mochilas, zapatos, eran cubiertas por una pequeña talabartería que habíamos desarrollado en nuestra zona (el primer gorro del ejército que salió fue llevado por mí a Fidel, orgullosamente, porque decían que era una gorra de guaguero, palabra cuyo significado no conocía bien hasta ese momento, el único que se mostró clemente conmigo fue un concejal batistiano de Manzanillo que había ido de visita en trámites para pasarse a nuestras fuerzas y que la llevó consigo de recuerdo).

Nuestra creación industrial más importante era una pequeña herrería y armería, donde se arreglaban las armas defectuosas y, al mismo tiempo, se hacían bombas, minas de distinto tipo y el famoso M-26. Las minas se hacían al principio con hojalata y se les llenaba con el material de las bombas que frecuentemente lanzaba la aviación enemiga y no explotaban, estas minas eran muy defectuosas, tenían además un percutor de contacto, por presión sobre un fulminante, que fallaba mucho. Posteriormente un compañero tuvo la idea de usar la bomba completa para ataques mayores, quitándole el fulminante a la misma y poniendo en su lugar una escopeta con un cartucho, el gatillo de la escopeta se halaba con un cordel desde lejos y explotaba. Más adelante, perfeccionamos

el sistema, haciendo funciones especiales con metal patente y poniéndole fulminantes eléctricos, lo que dio mejores resultados. Aunque nosotros empezamos este desarrollo, el que le dio verdadero impulso fue Fidel y, posteriormente, Raúl en su nuevo centro de operaciones, creando industrias más poderosas que las que existían en este primer año de guerra.

Para la satisfacción de los fumadores de nuestra tropa, teníamos una fábrica de tabacos, que los hacía muy malos, pero sabían a gloria cuando no había otros.

La carnicería de nuestro ejército se abastecía con reses que confiscábamos a chivatos y latifundistas y el reparto era equitativo, parte para la población campesina y parte para nuestras propias fuerzas.

En cuanto a la difusión de nuestras ideas, primero creamos un pequeño periódico llamado *El Cubano Libre*, en recordación de los héroes de la manigua, del cual salieron tres o cuatro números bajo nuestra dirección para pasar luego a la de Luis Orlando Rodríguez y, posteriormente, Carlos Franqui, que le dio un nuevo impulso. Teníamos un mimeógrafo traído del llano y con él tirábamos los números.

Al finalizar este primer año de guerra y comenzar el segundo, teníamos una pequeña planta transmisora. Las primeras transmisiones formales se realizaron en los días de febrero del año 1958 y los únicos oyentes que tuvimos fueron Pelencho, un campesino cuyo bohío estaba situado en la loma de enfrente a la planta y Fidel, que estaba de visita en nuestro campamento preparando las condiciones para atacar Pino del Agua, y escuchó la transmisión de

nuestro receptor. Paulatinamente fue mejorando la calidad técnica de las emisiones, pasando entonces a la Columna 1, siendo una de las estaciones de más "rating" de Cuba, al finalizar la campaña en diciembre del 58.

Todos estos pequeños adelantos, incluyendo algunos equipos, como un torno de un metro de bancada y algunos dínamos que, trabajosamente, habíamos subido a la sierra para tener luz eléctrica, se debían a nuestras propias conexiones. Frente a las dificultades, tuvimos que ir creando una red propia de comunicaciones e informaciones, en ese aspecto jugaron un papel importante Lidia Doce, en mi columna, y Clodomira en la de Fidel.

La ayuda de aquella época no era solamente de la población de los pueblos aledaños, sino, incluso, la burguesía de las ciudades aportaba algunos equipos a la lucha guerrillera. Nuestras líneas de comunicaciones llegaban a los poblados de Contramaestre, Palma, Bueycito, Las Minas de Bueycito, Estrada Palma, Yara, Bayamo, Manzanillo, Guisa, y estos puntos eran utilizados como intermedio para después traerlas a lomo de mulo, por caminos escondidos de la sierra, hasta nuestras posiciones. A veces las tropas que se estaban entrenando y no tenían armas todavía, bajaban con algunos de nuestros hombres armados hasta las poblaciones más cercanas, como Yao o las Minas y a tiendas bien abastecidas de la comarca, cargábamos a hombro los abastecimientos hacia nuestros refugios El único artículo que nunca nos faltó en la Sierra Maestra, o casi nunca; fue el café, a veces tuvimos falta hasta de sal, que es uno de los alimentos más importantes para la

vida y cuyas virtudes se reconocen plenamente cuando escasea.

Cuando ya nuestra emisora se hizo al aire y se conoció sin lugar a dudas en todo el ámbito de la república, la presencia beligerante de nuestras tropas, fueron aumentando las conexiones y haciéndose más complicadas, llegando incluso a La Habana y Camagüey, donde teníamos centros importantes de aprovisionamiento, por el oeste, y a Santiago por el este.

El servicio de información estaba desarrollado de tal manera que los campesinos de la zona inmediatamente avisaban la presencia, no sólo del ejército, sino de cualquier extraño y podíamos apresarlo fácilmente para investigar su actuación, así fueron eliminados muchos agentes del ejército y chivatos que se infiltraban en la zona para averiguar de nuestra vida y hazañas.

El servicio jurídico empezaba a estructurarse, pero todavía no había sido promulgada ninguna ley de la sierra.

Tal era nuestra situación organizativa al comenzar el último año de la guerra.

En cuanto a la lucha política, era muy complicada y contradictoria. La dictadura de Batista se desenvolvía con la ayuda de un congreso elegido mediante fraudes de tal tipo que aseguraban una cómoda superioridad al gobierno.

Se podían expresar, cuando no había censura, algunas opiniones disidentes, pero voceros oficiosos u oficiales del régimen llamaban a la concordia nacional con sus voces potentes, transmitidas en cadena para todo el territorio nacional. Con la histérica voz de Otto Meruelo se alternaban las engoladas de los payasos Pardo

Llada y Conte Agüero y, este último en la palabra escrita, repetía los conceptos de la radio, llamando al "hermano Fidel", a la coexistencia con el régimen batistiano.

Los grupos de oposición eran muy variados y disímiles, aunque la mayoría tenía el denominador común de su disposición de tomar para sí el poder (léase fondos públicos). Esto traía como consecuencia una sórdida lucha intestina para asegurar ese triunfo. Los grupos estaban totalmente penetrados por los agentes de Batista que, en el momento oportuno, denunciaban cualquier acción de alguna envergadura. A pesar del carácter gangsteril y arribista de estas agrupaciones, también tuvieron sus mártires, algunos de reconocida valía nacional, pues el desconcierto era total en la sociedad cubana y hombres honestos y valientes sacrificaban su vida en aras de la regalada existencia de personajes como Prío Socarrás.

El Directorio tomaba el camino de la lucha insurreccional, pero se separaba de nuestro movimiento manteniendo una línea propia, el PSP se unía a nosotros en algunas acciones concretas, pero existían recelos mutuos que impedían la acción común y fundamentalmente el partido de los trabajadores no había visto con suficiente claridad el papel de la guerrilla, ni el papel personal de Fidel en nuestra lucha revolucionaria.

En una discusión fraterna le dije una frase a un dirigente del PSP que él repitiera a otros como expresión de una verdad de aquel momento: "Ustedes son capaces de crear cuadros que se dejen despedazar en la oscuridad de un calabozo, sin decir una palabra, pero no de formar

cuadros que tomen por asalto un nido de ametralladora."

Desde mi punto de vista sectorial de la guerrilla había definido el resultado de un concepto estratégico, la decisión de luchar contra el imperialismo y los desmanes de las clases explotadoras, pero la falta de visión de la posibilidad de tomar el poder.

Después se incorporarían hombres de espíritu guerrillero, pero ya faltaba poco tiempo para el final de la lucha armada y no se sintieron apreciablemente sus efectos.

En el seno de nuestro propio movimiento se movían dos tendencias bastante acusadas, a las cuales hemos llamado ya la sierra y el llano. Diferencias de conceptos estratégicos nos separaban. La sierra estaba ya segura de poder ir desarrollando la lucha guerrillera; trasladarla a otros lugares y cercar así, desde el campo, a las ciudades de la tiranía, para llegar a hacer explotar todo el aparato del régimen mediante una lucha de estrangulamiento y desgaste. El llano planteaba una posición aparentemente más revolucionaria, como era la de la lucha armada, en todas las ciudades, convergiendo en una huelga general que derribara a Batista y permitiera la toma del poder en poco tiempo.

Esta posición era sólo aparentemente más revolucionaria, porque en aquella época todavía no se había completado el desarrollo político de los compañeros del llano y sus conceptos de la huelga general eran demasiado estrechos. Huelga general llamada por sorpresa, clandestinamente, sin una preparación política previa y sin una acción de masas, llevaría, el año siguiente, a la derrota del 9 de abril.

Estas dos tendencias tenían representación en la Dirección Nacional del Movimiento, que fue cambiando con el curso de la lucha. En la etapa de preparación, hasta que Fidel partió para México, la Dirección Nacional estaba compuesta por el mismo Fidel, Raúl, Faustino Pérez, Pedro Miret. Ñico López, Armando Hart, Pepe Suárez, Pedro Aguilera, Luis Bonito, Jesús Montané, Melba Hernández y Haydée Santamaría, si mi información no es incorrecta, ya que en esta época mi participación personal fue muy escasa y la documentación que se conserva es bastante pobre.

Posteriormente, por diversas incompatibilidades fueron separándose de la Dirección, Pepe Suárez, Pedro Aguilera y Luis Bonito, y, en el transcurso de la preparación de la lucha, entraban en la Dirección Nacional, mientras nosotros estábamos en México, Mario Hidalgo, Aldo Santamaría, Carlos Franqui, Gustavo Arcos y Frank País.

De todos los compañeros que hemos nombrado, llegaban y permanecían en la sierra durante este primer año, Fidel y Raúl solamente. Faustino Pérez, expedicionario del Granma, se encargaba de la acción en la ciudad, Pedro Miret era apresado horas antes de salir de México y quedaba allí hasta el año siguiente en que llegaría a Cuba con un cargamento de armas, Ñico López moría en los primeros días del desembarco, Armando Hart estaba preso al finalizar el año que estamos analizando (o principios del siguiente), Jesús Montané era apresado después del desembarco del Granma, al igual que Mario Hidalgo, Melba Hernández y Haydée Santamaría pernmecían en la acción de las ciu-

dades, Aldo Santamaría y Carlos Franqui se incorporarían al año siguiente a la lucha en la sierra, pero en 1957 no estaban allí, Gustavo Argos permanecía en México en contactos políticos y de aprovisionamiento en aquella zona, y Frank País, encargado de la acción en la ciudad de Santiago, moría en julio de 1957.

Después, en la sierra, se irían incorporando: Celia Sánchez, que permaneció con nosotros todo el año 58, Vilma Espín, que trabajaba en Santiago y acabó la guerra en la columna de Raúl Castro, Marcelo Fernández, coordinador del Movimiento, que reemplazó a Faustino después de la huelga del 9 de abril y solamente estuvo con nosotros algunas semanas, pues su labor era en las poblaciones, René Ramos Latour, encargado de la organización de las milicias del llano, que subiera a la sierra después del fracaso del 9 de abril y muriera heroicamente como comandante en las luchas del segundo año de guerra, David Salvador, encargado del Movimiento obrero, al que dio el sello de su acción oportunista y divisionista y que, posteriormente, traicionaría a la revolución, estando actualmente en la cárcel. Además, se incorporaron tiempo después algunos de los combatientes de la sierra, como Almeida.

Como se ve, en esta etapa los compañeros del llano constituían la mayoría y su extracción política, que no había sido influenciada grandemente por el proceso de maduración revolucionaria, los inclinaba a cierta acción "civilista", a cierta oposición al caudillo, que se temía en Fidel, y la fracción "militarista" que representábamos las gentes de la sierra. Ya apuntaban las divergencias, pero todavía no se

habían hecho lo suficientemente fuertes como para provocar las violencias que caracterizaron el segundo año de la guerra.

Es importante señalar que, el grupo de combatientes que en la sierra y en el llano dieron la pelea a la dictadura, supieron mantener opiniones tácticas a veces diametralmente opuestas, sin abandonar por eso el campo insurreccional, profundizando cada vez más su espíritu revolucionario, hasta el momento en que, lograda la victoria y luego de las primeras experiencias de la lucha contra el imperialismo se conjugaran todos en una fuerte tendencia partidaria, dirigida indiscutiblemente por Fidel y se uniera luego a los grupos del Directorio y el Partido Socialista Popular, para formar nuestro PURSC. Frente a las presiones externas a nuestro movimiento y a las tendencias de dividirlo o de penetrarlo, siempre presentamos un frente común de lucha y aun los compañeros que en aquel momento vieron con menos perspectiva el cuadro de la Revolución Cubana, supieron estar al acecho de los oportunistas.

Cuando Felipe Pazos, invocando el nombre del 26 de Julio, capitalizó para su persona y para intereses de las oligarquías más corrompidas de Cuba, los puestos ofrecidos por el Pacto de Miami, en el cual se apuntaba como presidente provisional, todo el Movimiento estuvo fuertemente unido en contra de esta actitud y respaldaron la carta que Fidel Castro enviara a las organización de la lucha contra Batista.

A FIDEL CASTRO (SOBRE LA INVASION)

Fidel, te escribo desde pleno llano, sin aviones, con relativamente pocos mosquitos y sin comer por la libre sólo debido al rápido tren de marcha que llevo. Te haré un corto relato: salimos por la noche del 31 con 4 caballos, pues era imposible salir en camiones debido a que a Magadan le cogieron toda la gasolina y se temía una emboscada en Jibacoa. Pasamos sin novedad por ese punto que estaba abandonado por los guardias pero no pudimos seguir más de un par de leguas, durmiendo en un cayito de monte de aquel lado de la carretera. Recomiendo establecer un pelotón permanente en Jibacoa que permitiría el abastecimiento desde esta zona, hasta ahora bastante controlada. El primero de septiembre pasamos la carretera y tomamos tres carros que se descomponían con una frecuencia aterradora, llegando hasta una estancia llamada Cayo Redondo donde pasamos

el día con el huracán acercándose. Los guardias llegaron cerca, en número de 40 pero se retiraron sin combatir; seguimos con los camiones, ayudados por 4 tractores, pero fue imposible y debimos renunciar a ellos para el día siguiente, 2 de septiembre, día en que seguimos a pie con unos cuantos caballos llegando a las orillas del Cauto que no se pudo pasar por la noche debido a una extraordinaria crecida. Pasamos de día empleando 8 horas en hacerlo y esta noche salimos de casa del Coronel para seguir la ruta estudiada. Estamos sin caballos pero podemos conseguir más en el camino y pienso llegar con todo el mundo montado a la zona de operaciones asignada. No se puede hacer cálculos exactos sobre el tiempo que tardaré debido a múltiples inconvenientes que van surgiendo por los caminos endemoniados. Trataré de seguir informándote en el camino para ir creándote correos eficientes y dándote informes de la gente que hay. De esta zona recomiendo solamente a dos hasta ahora: Pepín Magadan, que tiene sus defectos pero es de una efectividad asombrosa, al que se puede encargar de conseguir mercancías y dinero, y Concepción Rivero, que es un hombre serio, porque se ve.

Por ahora nada más, un gran abrazo al lejano mundo que apenas se dibuja en el horizonte, desde aquí.

Septiembre 8/58, 1.50 a.m

Después de agotadoras jornadas nocturnas, te escribo al fin desde Camagüey y sin perspectivas inmediatas de acelerar la marcha que lleva un promedio de 3-4 leguas diarias, con la

tropa montada a medias y sin monturas. Camilo está en las inmediaciones y lo esperaba aquí, en la arrocera Bartles, pero no llegó. El llano es formidable; no hay tantos mosquitos, no se ha visto ni un casquito y los aviones parecen inofensivas palomas. Radio Rebelde es escuchada con muchas dificultades a través de Venezuela.

Todo indica que los guardias no quieren guerra y nosotros tampoco; te confieso que le tengo miedo a una retirada con 150 inexpertos reclutas en estas zonas desconocidas, pero una guerrilla armada de 30 hombres puede hacer maravillas en la zona y revolucionarla. Yo de paso dejé las bases de un sindicato arrocero en Leonero y hablé del impuesto pero se me tiraron al suelo. No es que haya claudicado frente a la patronal pero me parece que la cuota es excesiva, les dije que eso se podría conversar y lo dejé para el próximo que caiga. Un tipo con conciencia social puede hacer maravillas en esta zona y hay bastante monte para esconderse. De mis planes futuros no te puedo decir nada, en cuanto a camino se refiere, porque yo mismo no lo sé; depende más bien de circunstancias especiales y aleatorias como ahora que estamos esperando unos camiones para ver si nos libramos de los caballos, perfectos para los tiempos anaviónicos de Maceo, pero muy visibles desde el aire. Si no fuera por la caballería podríamos caminar de día tranquilamente. El fango y el agua están por la libre y los fidelazos que he tenido que tirar para llegar con los obuses en buen estado son de película; hemos tenido que atravesar varios arroyos a nado con un trabajo bárbaro, pero la tropa se porta bien aunque la escuadra de castigo está funcionando a todo tren

y promete ser la más nutrida de la columna. El próximo informe irá por vías mecanizadas, si es posible de la ciudad de Camagüey. Nada más que la reiteración del fraterno abrazo a los de la "Sierra", que ya no se ve.

Septiembre 13/58, 9.50 p.m.

Después de algunas accidentadas jornadas te escribo todavía en pleno Camagüey, a punto hoy de cruzar la parte más peligrosa o una de las dos más peligrosas del recorrido. Camilo ya cruzó antenoche con bastantes dificultades técnicas pero sin problemas militares. Desde el último informe que te rendí pasaron algunas cosas desagradables pues, debido al fallo de los prácticos caímos en una emboscada en la finca de Remigio Fernández, en la Federal, muriendo Marcos Borrero, el que fuera capitán; redujimos a los guardias, que eran ocho, haciéndoles tres muertos y cuatro prisioneros que conservamos con nosotros hasta encontrar la oportunidad de soltarlos; uno escapó y dio el pitazo. Llegaron unos 60 guardias y, por consejo de Camilo que estaba cerca, nos retiramos sin combatir casi, pero perdimos otro hombre, Dalcio Gutiérrez, de la sierra. Herman fue herido en una pierna, levemente y Enriquito Acevedo de cierta gravedad en ambos brazos. Se distinguieron el mismo Acevedo, el Capitán Angel Frías y el Teniente Roberto Rodríguez (*Vaquerito*). Posteriormente, trataron nuevamente de avanzar y sorprendimos un camión pero con sólo cuatro hombres nuestros en la emboscada, haciéndole dos bajas por lo menos. Nos retiramos a la Federal y rápidamente nos fuimos, sacando a Enrique para

su curación, al día siguente ametrallaron los B-26. Camilo pudo seguir más aprisa y nosotros estamos esperando el resultado de unos camiones que mandé coger.

Por aquí están pasando cosas muy raras que indican la conveniencia inmediata de que venga un jefe de experiencia y "bicho" a estos contornos. No debe de ninguna manera tener más de 30 hombres armados, pero puede colectar aquí lo que le parezca en todos sentidos. Conviene trabajar la zona de las Naboas donde hay muy buen clima debido a los despojos del central Francisco. Hay monte firme hasta Santa Cruz, desde Santa Beatriz, bueno para ese número de hombres. Deben atender lo que hace la dirección en Camagüey pues están haciendo promesas de incorporación a todo el mundo y nos vemos asaltados por cuadrillas de desarmados pidiendo ingreso. Averigüé el asunto del loco y efectivamente el hombre tenía una psicosis de guerra terrible.

Hay muchos problemas más que quisiera plantearte, pero el tiempo no me alcanza, pues debo salir ya. Dicen que hay mucho guardia en el camino pero cuando este informe llegue sabrás por otros rumbos.

Marcha sobre Las Villas

Día 13 de septiembre. La noche de este día te envié el último informe anunciando los peligros a que estábamos expuestos. Los contactos con el Movimiento 26 de Julio habían asegura-

do la llegada de los prácticos, cosa que no sucedió. Viendo esta situación, resolví de todas maneras seguir con un práctico improvisado. El resultado final fue que nos metió al amanecer en una posta de Cuatro Compañeros. Las precauciones aconsejables no se habían podido tomar íntegramente y aunque no tuvimos bajas, se creó un estado de confusión. Desconociendo totalmente la zona ordenamos marchar hacia un monte que se veía en la media luz del alba, pero para llegar a él había que cruzar una línea sobre la cual los guardias avanzaron en dos direcciones diferentes. Hubo que entablar combate para permitir el paso de los compañeros más retrasados. Allí fue herido el Capitán Silva, quien ha continuado con estoicismo ejemplar al frente de sus hombres a pesar de haber sufrido la fractura de la región articular del hombro derecho. Tuvimos que seguir combatiendo sobre la línea férrea en una extensión de no más de 200 metros, conteniendo el avance del enemigo, pues nos faltaban hombres. Esa situación duró dos horas y media, hasta que a las 9 y 30 de la mañana di orden de retirada habiendo perdido al compañero Juan, al que una bomba de 100 libras le destrozó la pierna derecha; tuvimos otros heridos pero a resultas del bombardeo y ametrallamiento efectuado por dos B-26, dos C-47 y dos avionetas. a ras del monte y durante 45 minutos.

En días subsiguientes fue haciéndose la reagrupación de la gente, constatando por último que diez hombres dispersados estaban en la columna de Camilo y solamente desaparecido uno apodado Morenito cuyo nombre y apellido incluiré al final. Sin permitirnos un solo día de

descanso fuimos pasando sucesivamente por Remedios, una arrocera, Cadenas, algunos cayos de menor importancia, Laguna de Guano. Todo esto sin práctico, recogiendo a veces algún campesino y funcionando a brújula otras. La conciencia social del campesinado camagüeyano en las zonas ganaderas es mínima y debimos arrostrar las consecuencias de numerosos chivatazos.

20 de septiembre. Escuchamos este día por el radio, informe de Tabernilla sobre la columna destrozada del Che Guevara. Sucedió que en una de las mochilas encontraron la libreta donde estaba apuntado el nombre, la dirección, las armas, balas y pertrechos de toda la columna, miembro por miembro. Además, un miembro de esta columna, que es miembro también del PSP, dejó su mochila con documentos de esa organización. Cruzamos en días sucesivos el río San Pedro, y el Durán o Altamira, llegando hasta un lugar denominado El Chicharrón. Allí desertó un individuo incorporado en Camagüey y poco después en el cruce de una línea peligrosa se perdió José Pérez, incorporado a la columna antes de marchar de Oriente, el que sospecho deserto con su fusil.

Cruzamos un terraplén de cierto peligro y nos internamos en la zona arrocera donde están las grandes fincas de los hermanos Aguilera. No teníamos prácticos e íbamos tras las huellas esporádicas del compañero Camilo. Desde el día 20 caminamos casi ininterrumpidamente entre cenagales. Hubimos de abandonar los pocos caballos que llevábamos más de una vez; la mazamorra empezó a hacer estragos entre la tropa.

29 de septiembre. Habíamos dejado atrás la última arrocera Aguilera y entrado en terrenos del central Baraguá, cuando nos encontramos con que el ejército tenía bloqueada totalmente la línea que había que cruzar. Nos descubrieron en la marcha y de la retaguardia se repelió a los guardias con un par de tiros. Pensando que los tiros provenían de los guardias emboscados en la línea, siguiendo su inveterada costumbre, ordené esperar la noche, pensando que podríamos pasar. Cuando me enteré de la escaramuza, es decir, que el enemigo tenia pleno conocimiento de nuestra posición ya era tarde para intentar el paso, pues era una noche oscura y lluviosa y no teníamos reconocimiento alguno de la posición enemiga, muy reforzada. Hubo que retroceder a brújula, permaneciendo en la zona cenagosa y de monte ralo para despistar a los aviones que, efectivamente volcaron su ataque sobre un monte frondoso a cierta distancia de nuestra posición. Los exploradores encabezados por el Teniente Acevedo descubrieron un paso en la extremidad de la línea enemiga, pues descuidaron una laguna por la que creyeron imposible el tránsito. Por esa laguna cenagosa, tratando de amortiguar en lo posible el ruido de 140 hombres chapaleando fango caminamos cerca de 2 kilómetros hasta cruzar la línea a cerca de 100 metros de la última posta de la que escuchábamos su conversación. El chapaleo, imposible de evitar totalmente, y la luna clara me hacen pensar con visos de certeza que el enemigo se dio cuenta de nuestra presencia, pero el bajo nivel combativo que en todo momento han demostrado los soldados de la dictadura los hicieron sordos a todo rumor sospechoso.

Caminamos toda la noche entre cenagales de agua marina, y parte del día siguiente. Una cuarta parte de la tropa estaba sin zapatos o con ellos en malas condiciones.

3 de octubre. En un cayo cercano al central Baraguá, fue capturado el carnicero de ese central a cuya familia se le notificó que no le pasaría nada, pero que debía permanecer con nosotros como práctico un par de días. Parece que la mujer quería cambiar de marido y mandó un chivatazo flor de resultas del cual tuvimos la visita de los B-26 con su cargamento acostumbrado; no hubo novedad, pero debimos caminar toda la noche en una laguna llena de unas matas con hojas filosas que lastimaron los pies de algunos descalzos. La moral de la tropa iba sufriendo los impactos del hambre y la mazamorra. No podíamos descansar nunca pues los guardias seguían tras nuestro rastro con la ayuda principalísima de los aviones. En cada campesino veíamos al presunto chivato, en una situación psíquica similar a los primeros tiempos de la Sierra Maestra. No pudimos establecer contacto con la organización del 26 de Julio, pues un par de supuestos miembros se negaron a la hora en que pedí ayuda, y sólo la recibí, monetaria, nylons, algunos zapatos, medicinas, comida y guías de parte de los miembros del PSP, que me dijeron haber solicitado ayuda de los organismos del Movimiento, recibiendo la contestación siguiente que debe tomarse con beneficio de inventario, pues no me consta: "Si el *Che* manda un papel escrito, nosotros le ayudamos; si no, que se joda el *Che*".

7 de octubre. Hacemos contacto con tres prácticos del Escambray, que traen un rosario de quejas por la actuación de Gutiérrez Menoyo, informándome que Bordón había sido tomado preso y había existido una situación que llegó a estar cerca de una batalla campal entre los grupos. Me pareció que había muchos trapos sucios que sacar al sol en toda esta cuestión y mandé a uno de ellos ordenándole a Bordón que avanzara a mi encuentro. Este día, para tratar de limpiar la escoria de la columna, ordené el licenciamiento de todo el que lo solicitara; siete aprovecharon la oportunidad y doy sus nombres para la historia negativa de esta revolución: Víctor Sarduy, Juan Noguera, Ernesto Magaña, Rigoberto Solís, Oscar Macías, Teodoro Reyes y Rigoberto Alarcón. Un día antes se había extraviado y sospecho que desertó Pardillo, del pelotón de Joel.

A partir de este momento la aviación siguió matemáticamente nuestros pasos, bombardeando el monte que habíamos dejado el día anterior, mientras salían a cortarnos el paso por el río Jatibonico. En uno de esos bombardeos estalló en el aire un Jet de retropropulsión cuya noticia habrás oído por el radio. El día 10 de octubre nos alcanzó la aviación ametrallando el monte en que estábamos. Fueron las avionetas y no hubo víctimas. La vanguardia tomó al día siguiente un batey que comunicaba con una arrocera próxima y nos enteramos que el ejército conocía nuestra situación por las conversaciones telefónicas que interceptamos. "Las ratas" estaban perfectamente localizadas (aunque, previendo esto, hicimos abandono del monte y nos encerramos en una casa rodeada de potreros

donde permanecimos todo el día sin movernos). Según los informes recogidos de las conversaciones del ejército, éstos no nos creían capaces de caminar las dos leguas que nos separaban de Jatibonico. Por supuesto, las hicimos esa noche, cruzamos el río a nado, aunque mojando casi todo el armamento e hicimos una legua más hasta llegar al refugio seguro de un monte. El paso del Jatibonico fue como el símbolo de un pasaje de las tinieblas a la luz. Ramiro dice que fue como un conmutador eléctrico que encendiera la luz y es una imagen exacta. Pero desde el día anterior asomaban las sierras a lo lejos y hasta el más remiso lomero sentía unas ansias terribles de llegar.

Caminamos luego una jornada agotadora entre fangales, cruzamos arroceras y cañaverales, cruzamos el río Zaza que debe ser uno de los más anchos de Cuba, cruzamos el último cordón de guardias en la carretera de Trinidad a Sancti Spíritus, el día 15 por la noche, y comenzó nuestra fatigosa tarea política.

He oído el desastre de Vega, evidentemente es producto de la impericia, a Ramiro no le hubiera pasado eso; pero déjenos un tiempo y demostraremos que su presencia aquí es positiva para la revolución.

Sierra del Escambray, octubre 23 de 1958

APÉNDICES

UNA REVOLUCION QUE COMIENZA (1959)

La historia de la agresión militar que se consumó el 10 de marzo de 1952 —golpe incruento dirigido por Fulgencio Batista— no empieza, naturalmente, el mismo día del cuartelazo. Sus antecedentes habría que buscarlos muy atrás en la historia de Cuba: mucho más atrás que la intervención del embajador norteamericano Summer Welles, en el año 1933; más atrás aún que la Enmienda Platt, del año 1901: más atrás que el desembarco del héroe Narciso López, enviado directo de los anexionistas norteamericanos, hasta llegar a la raíz del tema en los tiempo de John Quincy Adams, quien a principio del siglo diecinueve anunció la constante de la política de su país respecto a Cuba: una manzana que, desgajada de España, debía caer fatalmente en manos del Uncle Sam. Son eslabones de una larga cadena de agresiones continentales que no se ejercen solamente sobre Cuba.

Esta marea, este fluir y refluir del oleaje imperial, se marca por las caídas de gobiernos democráticos o por el surgimiento de nuevos gobiernos ante el empuje incontenible de las multitudes. La historia tiene características parecidas en toda América Latina: los gobiernos dictatoriales representan una pequeña minoría y suben por un golpe de estado; los gobiernos democráticos de amplia base popular ascienden laboriosamente y, muchas veces, antes de asumir el poder, ya están estigmatizados por la serie de concesiones previas que han debido hacer para mantenerse. Y, aunque la Revolución Cubana marca, en ese sentido, una excepción en toda América, era preciso señalar los antecedentes de todo este proceso, pues el que esto escribe, llevado y traído por las olas de los movimientos sociales que convulsionan a América, tuvo oportunidad de conocer, debido a estas causas, a otro exiliado americano: a Fidel Castro.

Lo conocí en una de esas frías noches de México, y recuerdo que nuestra primera discusión versó sobre política internacional. A las pocas horas de la misma noche —en la madrugada— era yo uno de los futuros expedicionarios. Pero me interesa aclarar cómo y por qué conocí en México al actual Jefe del Gobierno en Cuba. Fue en el reflujo de los gobiernos democráticos en 1954, cuando la última democracia revolucionaria americana que se mantenía en pie en esta área —la de Jacobo Arbenz Guzmán— sucumbía ante la agresión meditada, fría, llevada a cabo por los Estados Unidos de Norteamérica tras la cortina de humo de su propaganda continental. Su cabeza visible era el

Secretario de Estado, Foster Dulles que por rara coincidencia también era abogado y accionista de United Fruit Company la principal empresa imperialista existente en Guatemala.

De allí regresaba uno en derrota, unido por el dolor a todos los guatemaltecos, esperando, buscando la forma de rehacer un porvenir para aquella patria angustiada. Y Fidel venía a México a buscar un terreno neutral donde preparar a sus hombres para el gran impulso. Ya se había producido una escisión interna, luego del asalto al cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, separándose todos los de ánimo flojo, todos los que por uno u otro motivo se incorporaron a partidos políticos o grupos revolucionarios, que exigían menos sacrificio. Ya las nuevas promociones ingresaban en las flamantes filas del llamado Movimiento 26 de Julio, fecha que marcaba el ataque al cuartel Moncada, en 1953. Empezaba una tarea durísima para los encargados de adiestrar a esa gente, en medio de la clandestinidad imprescindible en México, luchando contra el gobierno mexicano, contra los agentes del FBI norteamericano y los de Batista, contra estas tres combinaciones que se conjugaban de una u otra manera, y donde mucho intervenía el dinero y la venta personal. Además, había que luchar contra los espías de Trujillo, contra la mala selección hecha del material humano —sobre todo en Miami— y, después de vencer todas estas dificultades, debíamos lograr algo importantísimo: salir... y, luego... llegar, y lo demás que, en ese momento, nos parecía fácil. Hoy aquilatamos lo que aquello costó en esfuerzos, en sacrificios y vidas.

Fidel Castro, auxiliado por un pequeño equi-

po de íntimos, se dio con toda su vocación y su extraordinario espíritu de trabajo a la tarea de organizar las huestes armadas que saldrían hacia Cuba. Casi nunca dio clases de táctica militar, porque el tiempo le resultaba corto para ello. Los demás pudimos aprender bastante con el General Alberto Bayo. Mi impresión casi instantánea, el escuchar las primeras clases, fue la posibilidad de triunfo que veía muy dudosa al enrolarme con el comandante rebelde, al cual me ligaba, desde el principio, un lazo de romántica simpatía aventurera y la consideración de que valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro.

Así fueron pasando varios meses. Nuestra puntería empezó a perfilarse y salieron los maestros tiradores. Hallamos un rancho en México, donde bajo la dirección del General Bayo —estando yo como jefe de personal— se hizo el último apronte, para salir en marzo de 1956. Sin embargo, en esos días dos cuerpos policíacos mexicanos, ambos pagados por Batista, estaban a la caza de Fidel Castro, y uno de ellos tuvo la buenaventura económica de detenerle, cometiendo el absurdo error —también económico— de no matarlo, después de hacerlo prisionero. Muchos de sus seguidores cayeron en pocos días más; también cayó en poder de la policía nuestro rancho, situado en las afueras de la ciudad de México y fuimos todos a la cárcel

Aquello demoró el inicio de la última parte de la primera etapa. Hubo quienes estuvieron en prisión cincuenta y siete días, contados uno a uno, con la amenaza perenne de la extradición sobre nuestras cabezas (somos testigos el Comandante Calixto García y yo). Pero, en nin-

gún momento perdimos nuestra confianza personal en Fidel Castro. Y es que Fidel tuvo algunos gestos que, casi podríamos decir, comprometían su actitud revolucionaria en pro de la amistad. Recuerdo que le expuse específicamente mi caso: un extranjero, ilegal en México, con toda una serie de cargos encima. Le dije que no debía de manera alguna pararse por mi la revolución y que podía dejarme; que yo comprendía la situación y que trataría de ir a pelear desde donde me lo mandaran y que el único esfuerzo debía hacerse para que me enviaran a un país cercano y no a la Argentina. También recuerdo la respuesta tajante de Fidel: "Yo no te abandono". Y así fue porque hubo que distraer tiempo y dinero preciosos para sacarnos de la cárcel mexicana. Esas actitudes personales de Fidel con la gente que aprecia son la clave del fanatismo que crea a su alrededor, donde se suma a una adhesión de principios, una adhesión personal, que hace de este Ejército Rebelde un bloque indivisible.

Pasaron los días, trabajando en la clandestinidad, escondiéndonos donde podíamos, rehuyendo en lo posible toda presencia pública, casi sin salir a la calle. Pasados unos meses, nos enteramos de que había un traidor en nuestras filas, cuyo nombre no conocíamos, y que había vendido un cargamento de armas. Sabíamos también que había vendido el yate y un transmisor, aunque todavía no ataba hecho el "contrato legal" de la venta. Esta primera entrega sirvió para demostrar a las autoridades cubanas que efectivamente, el traidor conocía nuestras interioridades. Fue también lo que nos salvó, al demostrarnos lo mismo. Una actividad

febril hubo de ser desarrollada a partir de ese momento: el Granma fue acondicionado a una velocidad extraordinaria; se amontonaron cuantas vituallas conseguimos, bien pocas por cierto, y uniformes, rifles, equipos, dos fusiles antitanques casi sin balas. En fin, el 25 de noviembre de 1956, a las dos de la madrugada, empezaban a hacerse realidad las frases de Fidel, que habían servido de mofa a la prensa oficialista: "En el año 1956 seremos libres o seremos mártires".

Salimos, con las luces apagadas, del puerto de Tuxpan en medio de un hacinamiento infernal de materiales de toda clase y de hombres. Teníamos muy mal tiempo y, aunque la navegación estaba prohibida, el estuario del río se mantenía tranquilo. Cruzamos la boca del puerto, y a poco más, se encendieron las luces. Empezamos la búsqueda frenética de los antihistamínicos contra el mareo, que no aparecían; se cantaron los himnos nacional cubano y del 26 de Julio, quizá durante cinco minutos en total, y después el barco entero presentaba un aspecto ridículamente trágico: hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y con las ropas sucias del vómito. Salvo dos o tres marinos y cuatro o cinco personas más, el resto de los ochenta y tres tripulantes se marearon. Pero al cuarto o quinto día el panorama general se alivió un poco. Descubrimos que la vía de agua que tenía el barco no era tal, sino una llave de los servicios sanitarios abierta. Ya habíamos botado todo lo innecesario, para aligerar el lastre.

La ruta elegida comprendía una vuelta grande por el sur de Cuba, bordeando Jamaica, las islas del Gran Caimán, hasta el desembarco en algún lugar cercano al pueblo de Niquero, en la provincia de Oriente. Los planes se cumplían con bastante lentitud: el día 30 oímos por radio la noticia de los motines de Santiago de Cuba que había provocado nuestro gran Frank País, considerando sincronizarlos con el arribo de la expedición. Al día siguiente, primero de diciembre, en la noche, poníamos la proa en línea recta hacia Cuba, buscando desesperadamente el faro de Cabo Cruz, carentes de agua, petróleo y comida. A las dos dc la madrugada, con una noche negra, de temporal, la situación era inquietante. Iban y venían los vigías buscando la estela de luz que no aparecía en el horizonte. Roque, ex teniente dc la marina de guerra, subió una vez más al pequeño puente superior, para atisbar la luz del Cabo, y perdió pie, cayendo al agua. Al rato de reiniciada la marcha, ya veíamos la luz, pero, el asmático caminar de nuestra lancha hizo interminables las últimas horas del viaje. Ya de día arribamos a Cuba por el lugar conocido por Belic, en la playa de las Coloradas.

Un barco de cabotaje nos vio, comunicando telegráficamente el hallazgo al ejército de Batista. Apenas bajamos, con toda premura y llevando lo imprescindible, nos introducimos en la ciénaga, cuando fuimos atacados por la aviación enemiga. Naturalmente, caminando por los pantanos cubiertos de manglares no éramos vistos ni hostilizados por la aviación, pero ya el ejército de la dictadura andaba sobre nuestros pasos.

Tardamos varias horas en salir de la ciénaga, a donde la impericia e irresponsabilidad de un compañero que se dijo conocedor nos arrojara. Quedamos en tierra firme, a la deriva, dando traspiés, constituyendo un ejército de sombras, de fantasmas, que caminaban como siguiendo el impulso de algún oscuro mecanismo psíquico. Habían sido siete días de hambre y de mareo continuos durante la travesía, sumados a tres días más, terribles, en tierra. A los diez días exactos de la salida de México, el 5 de diciembre de madrugada, después de una marcha nocturna interrumpida por los desmayos y las fatigas y los descansos de la tropa, alcanzamos un punto conocido paradójicamente por el nombre de Alegría de Pío. Era un pequeño cayo de monte, ladeando un cañaveral por un costado y por otros abierto unas abras, iniciándose más lejos el bosque cerrado. El lugar era mal elegido para campamento, pero hicimos un alto para pasar el día e iniciar la marcha en la noche inmediata.

A las cuatro de aquella tarde, sin aviso previo, sin siquiera sospecharlo sonó el primer disparo seguido de una sinfonía de plomo que se cernió sobre nuestras cabezas, todavía no acostumbradas a ese viril deporte. Algún compañero cayó y, personalmente, tuve la desagradable impresión de recibir en mis carnes el bautismo simultáneo de fuego y sangre. Salimos de allí como pudimos, cada uno por su cuenta o en grupos y era inútil la voz de un jefe, sin contacto con los capitanes y mezcladas las patrullas. Recuerdo que el Comandante Almeida me dio un empujón, por causa de mi poca disposición para caminar, y gracias a su voz Imperativa) me le-

vanté y seguí la marcha creyendo estar en los últimos momentos de mi vida. Como en una imagen caleidoscópica, pasaban hombres gritando, heridos pidiendo ayuda, combatientes escondiendo los cuerpos detrás de las delgadas cañas de azúcar como si fueran troncos, otros atemorizados pidiendo silencio con un dedo sobre la boca en medio del fragor de la metralla, y, de pronto, el grito tétrico: "Fuego en el cañaveral."

Con Almeida a la cabeza salvamos una guardarraya caminando, caminando hasta llegar al monte espeso. Marchamos hasta que la oscuridad de la noche y los árboles, que nos impedían ver las estrellas; nos detuvieron, sin estar muy lejos del lugar del encuentro. Dormimos amontonados. Todo estaba perdido, menos las armas y dos cantimploras que traíamos Almeida y yo. En esas condiciones marchamos durante nueve días interminables de sufrimiento, sin probar bocado alguno cocinado~ masticando hierbas o algo de maíz crudo y hasta cangrejos vivos que ingirieron los más valientes, como Camilo Cienfuegos. En esos nueve días la moral se desmoronó totalmente y, despreciando los peligros, fuimos a comer a un bohío. Allí se produjo el desplome de algunos. Las noticias eran malas, por un lado, pero alentadoras por otro: a la cantidad de crímenes que nos asociaban, agregaban la nota de esperanza: Fidel estaba vivo. Los espeluznantes cuentos de los campesinos nos impulsaron a dejar las armas largas bien guardadas y tratar de cruzar, con las pistolas solamente, una carretera muy controlada. El resultado fue que todas las armas dejadas en custodia se perdieron mientras nosotros nos encaminábamos hacia el lugar de la Sierra Maestra, donde estaba Fidel.

Aproximadamente a los quince días del desastre nos unimos los sobrevivientes en pie de lucha de aquellos 82 "náufragos" del Granma, como nos definiera el compañero Juan Manuel Márquez. Eramos unos diecisiete hombres. El recuento de las víctimas era doloroso y extenso; el propio Juan Manuel Márquez; Ñico López —gran compañero obrero—; Juan Smith, capitán de la vanguardia; Cándido González, ayudante de Fidel y revolucionario sin tacha. En fin, la lista era amplia, casi constantemente se le agregaba un nuevo nombre que había cumplido cabalmente la sentencia de Fidel: "En el año 1956 seremos libres o seremos mártires". Quedaba ahora la responsabilidad nuestra —una quincena de hombres contados por Fidel Castro— el levantar la bandera de la insurrección y hacer válida la primera parte de aquella sentencia —"Seremos libres"—, en honor a los mártires; a los que cayeron y a los que fueron cayendo día a día en toda Cuba, en holocausto increíble de sangre, sufriendo torturas o asesinados sin piedad alguna. Tan increíble como que en ese pequeño grupo que aún no se conocía bien entre sí, se hablara ya de triunfo, se hablara de atacar.

Todos habíamos palpado el cariño sin reticencia de los campesinos de la zona, nos habían atendido y llevado por medio de una larga cadena clandestina, desde los lugares donde nos rescataran, hasta el punto de reunión, en la casa del hermano de Crescencio Pérez. Pero quien tenía más fe en el pueblo, quien demostró en todo momento su enjundia extraordinaria de conductor fue Fidel. Ya en aquellas noches, aquellas dilatadas noches —porque nuestra inactividad comenzaba al caer el sol— bajo las matas

de cualquier bosque comenzábamos a trazar planes y más planes: para ahora, para un poco más tarde, para el triunfo. Eran horas felices donde saboreaba los primeros tabacos (que aprendí a fumar para espantar algunos mosquitos demasiado agresivos), hasta que entró en mí la fragancia de la hoja cubana mientras las proyecciones hacia el futuro se sucedían vertiginosamente.

Fueron pasando los días y, poco a poco, reclutándose gente. Los primeros campesinos llegaban, a veces desarmados, a veces trayendo armas que nuestros compañeros habían abandonado en casas amigas o en cañaverales, al huir. La pequeña tropa contaba con veintidós fusiles en el momento en que se atacó La Plata, el 17 de enero de 1957, un mes y quince días después del desembarco. Aquel ataque dio a Cuba una esperanza de renacimiento, al oír de nuevas luchas en plena Sierra Maestra, aunque fue una insignificante acción de patrulla. Sorprendimos un puesto del ejército, de 12 a 15 hombres, los que se rindieron al cabo de una hora de lucha. (En aquellos momentos, una hora de lucha era una hora de tremendo sufrimiento). Fidel y yo, expertos tiradores de mirilla, teníamos 70 balas cada uno, 25 los fusiles automáticos, 15 los fusiles de cerrojo y 20 o 30 algunas ametralladoras. Con ese arsenal tomamos el pequeño cuartel de La Plata. Cinco días más tarde, pertrechados con una docena de nuevas armas, logradas en aquel asalto, derrotamos a la punta de vanguardia de un destacamento destinado a nuestra persecución, al mando del entonces Teniente Sánchez Mosquera, figura de siniestra recordación. Se sucedió luego un impasse

provocado por un traidor que, desde nuestras filas, daba la posición al enemigo y que por tres veces estuvo a punto de liquidarnos. (Es interesante destacar que este sujeto tenía la misión personal de matar a Fidel. Envuelto en la misma manta, una noche durmió junto a él, con una pistola montada a la cintura y no se animó a hacerlo, prefiriendo el sistema más fácil de abandonar el campamento, con cualquier pretexto, y llevar las tropas hasta donde estábamos. Fue descubierto en su cuarta intentona y ajusticiado. Pero ya era mucho el daño realizado.)

Por aquellos días vino a vernos el comentarista Herbert Matthews de *The New York Times*, y se informó al mundo —sobre todo a Cuba— con exacta noción de nuestra permanencia en la Sierra Maestra y la seguridad de que Fidel vivía. Sin embargo, de ninguna manera acabaron nuestros afanes, y continuó una peligrosa vida en punta de los montes inaccesibles, rodeados completamente de soldados de la dictadura sin aún contar con el apoyo unánime del pueblo. Todavía muchos campesinos huían atemorizados ante nuestra presencia, por miedo a las represalias que tomaba el gobierno cuando sabía de algún contacto, por sutil que fuera, entre los habitantes de la zona y nuestro grupo.

Un mes después, mediando marzo, ya estaba con nosotros un puñado de hombres enviados desde Santiago de Cuba por Frank País, que vinieron a dar una nueva característica a la revolución

Las armas traídas por los nuevos incorporados no eran, de manera alguna extraordinarias,

pero constituyeron un refuerzo considerable para la columna. Iniciamos entonces la marcha por regiones nuevas, subimos por primera vez el Turquino, la montaña más alta de Cuba, dejando allí señales de nuestro paso, y continuamos, caminando en duras jornadas, por todo el macizo de la Sierra Maestra, hasta situarnos en las inmediaciones de los "aserríos" de Pino del Agua y Babún.

Esperamos pacientemente la oportunidad propicia, que se presentó el 28 de mayo de 1957, cuando logramos tomar el destacamento militar de Uvero, situado en la costa, hasta donde baja casi vertical la Sierra Maestra. Esta pelea por Uvero, fue la más enconada de cuantas se han realizado en el curso de la guerra: de los 120 a 140 hombres que participaron, 40 quedaron fuera de combate; es decir, aproximadamente los muertos y heridos hacían un treinta por ciento del total de los combatientes. Y el resultado político de la batalla fue extraordinario, por haberse celebrado en uno de los pocos momentos que vivió la isla —después de la invasión del Granma— en que no había censura de prensa. Toda Cuba habló de Uvero. Y, a pesar de todas las nuevas armas tomadas al enemigo —cincuenta fusiles y parque— tuvimos que soportar serias contingencias. Como médico, fui depositario de siete heridos que quedaron a mi cargo y con los cuales estuvimos escondidos en unos bohíos, a cierta distancia del lugar del combate.

La columna siguió su marcha hacia los campamentos de costumbre, y nosotros nos incorporamos, al mes siguiente, con los heridos ya repuestos. Luego de la reincorporación se me nom-

bró comandante de otra agrupación a la que nombramos, por razones tácticas, Cuarta Columna. La Cuarta Columna —que en realidad era la Segunda— pasó a ocupar un lugar continuo a la Primera, dirigida por Fidel Castro. A partir de esa época, nosotros, mucho menos hostilizados, por nuestra menor importancia política, pudimos asentar las bases de las primeras fábricas y de los campamentos estables y acabar con la vida nómada. Realizamos algunas acciones de pequeña importancia, pero lo fundamental fue precisamente esa sedentarización realizada con grandes dificultades, trayendo a hombro los materiales desde regiones muy distantes.

Pudimos instalar así una fábrica de zapatos y una talabartería, una armería con su torno eléctrico, una hojalatería y una herrería encargada, entre otras cosas, de rellenar pequeñas granadas de latón, invento nuestro para lanzar con fusil. Se disparaba con una bala de salva y se la bautizó como M-26. También hicimos hornos de pan, escuelas, auditorías. Posteriormente se instaló la planta de Radio Rebelde y se editaba el primer periódico de la manigua, con el mismo nombre del periódico mambí de las guerras de 1868 y 1895: *El Cubano Libre*.

Todas estas realizaciones estuvieron en peligro varias veces, frente al impacto de las tropas enemigas; pero el lugar elegido en el valle La Mesa nunca fue vulnerado por el avance de las tropas, y pudimos mantener incólume la posición hasta el término de la guerra.

El incremento de nuestras fuerzas era continuo. Conseguimos fusiles en batallas victoriosas libradas en uno y otro frente; se dio el se-

gundo combate de Pino del Agua, triunfo rotundo para nuestras armas y que, efectuado también en un lapso de tiempo sin censura de prensa, tuvo gran resonancia política. Ese crecimiento nos permitió ir a la formación del Segundo Frente Oriental, y así fue como el Comandante Raúl Castro se hizo cargo de la Columna Seis, Frank País, en honor al viejo militante caído en Santiago de Cuba, en marzo de 1958, y cruzando la carretera central se internó en las lomas de Mayarí, al norte de la provincia de Oriente. Este Segundo Frente Oriental tendría después enorme importancia en el desarrollo de la contienda y fue el mejor organizado en todos los sentidos, contando con siete departamentos que hacían las veces de verdaderos ministerios, donde se administraba justicia, organizaban obras públicas, establecían leyes revolucionarias del ejército, del transporte. Había grandes adelantos con respecto a nuestras realizaciones más modestas de la Sierra Maestra. Nació con pujanza y todas las fábricas suyas se realizaron con un sentido casi industrial, con más materiales a mano —todo se hacía con más dinero, producto de impuestos cobrados a grandes compañías y a centrales azucareras.

También el Comandante Almeida se trasladaba de la vieja guardia, llegando a las cercanías de Santiago de Cuba, y creando allí otro Frente con la Columna Tres. Existían ya cuatro columnas en la Sierra Maestra y se combatía en uno u otro frente con más o menos intensidad, pero toda la provincia de Oriente estaba en llamas. Se iniciaban, entonces, pequeños encuentros en la región del Escambray, en el cen-

tro de la isla, que nunca preocuparon al régimen hasta nuestra llegada, y en la provincia de Camagüey surgían algunos brotes, como en la de Pinar del Río.

Todo el movimiento del llano se preparaba intensamente para la realización de una huelga general revolucionaria. Se había constituido el organismo Frente Obrero Nacional (FON), dirigido y capitalizado por el 26 de Julio, que adoleció desde su inicio del pecado del sectarismo y los obreros demostraron cierta tibieza frente a esa organización que salía a la vida, teñida completamente con los colores del 26 de Julio y con planteamientos demasiado radicales para la realidad del momento. Fidel Castro, pocos días antes del 9 de abril, había lanzado un manifiesto final en el cual amenazaba seriamente a todos los que no tomaron el camino de la revolución. Poco después, lanzaba otro manifiesto a los obreros, llamándoles a la unidad, dentro o fuera del FON, pues ya se había visto que no era este solo organismo, el que podía capitalizar una huelga.

Nuestras tropas se lanzaron a luchar, y Camilo Cienfuegos, capitán de la Columna Cuatro por ese tiempo, bajó a los llanos de Oriente en la región de Bayamo, donde pronto sembraba la muerte y la confusión entre el enemigo. Sin embargo, llegó el 9 de abril y toda nuestra lucha fue vana: la Dirección Nacional del Movimiento, equivocando completamente los principios de la lucha de masas, trató de iniciar la huelga sin anuncio previo, por sorpresa, a tiros, lo que provocó una contracción total del aporte obrero a la misma, y la muerte de muchos grandes compañeros en todo lo largo del país. El 9

de abril fue un sonado fracaso que en ningún momento puso en peligro la estabilidad del régimen. No tan sólo eso: después de esta fecha trágica, el gobierno pudo sacar tropas e ir poniéndolas gradualmente en Oriente y llevando a la Sierra Maestra la destrucción. Nuestra defensa tuvo que hacerse cada vez más dentro de la Sierra Maestra, y el gobierno seguía aumentando el número de regimientos que colocaba frente a posiciones nuestras, hasta llegar al número de diez mil hombres, con los que inició la ofensiva el 25 de mayo, en el pueblo de Las Mercedes, que era nuestra posición avanzada.

Allí se demostró la poca efectividad combatiente del ejército batistiano y también nuestra escasez de recursos: 200 fusiles hábiles, para luchar contra 10,000 armas de todo tipo; era una enorme desventaja. Nuestros muchachos se batieron valientemente durante dos días, en una proporción de 1 contra 10 o 15; luchando, además, contra morteros, tanques y aviación, hasta que el pequeño grupo debió abandonar el poblado. Era comandado por el Capitán Angel Verdecia, que un mes más tarde moriría valerosamente en combate

Ya por esa época, Fidel Castro había recibido una carta del traidor Eulogio Cantillo, quien, fiel a su actitud politiquera de saltimbanqui, como jefe de operaciones del enemigo, le escribía al jefe rebelde diciéndole que la ofensiva se realizaría de todas maneras, pero que cuidara "El Hombre" (Fidel) para esperar el resultado final. La ofensiva, efectivamente, siguió su curso y en los dos meses y medio de duro batallar, el enemigo perdió más de mil hombres entre muertos, heridos, prisioneros y desertores. Dejó

en nuestras manos seiscientas armas, entre las que contaban un tanque, doce morteros, doce ametralladoras de trípode, veintitantos fusiles ametralladoras y un sinnúmero de armas automáticas; además, enorme cantidad de parque y equipo de toda clase y cuatrocientos cincuenta prisioneros, que fueron entregados a la Cruz Roja al finalizar la campaña

El ejército batistiano salió con su espina dorsal rota, de esta postrera ofensiva sobre la Sierra Maestra, pero aún no estaba vencido. La lucha debía continuar. Se estableció entonces la estrategia final, atacando por tres puntos: Santiago de Cuba, sometido a un cerco elástico, Las Villas, adonde debia marchar yo, y Pinar del Río, en el otro extremo de la isla a donde debía marchar Camilo Cienfuegos, ahora comandante de la columna Dos, llamada Antonio Maceo, para rememorar la histórica invasión del gran caudillo del 95, que cruzara en épicas jornadas todo el territorio de Cuba, hasta culminar en Mantua. Camilo Cienfuegos no pudo cumplir la segunda parte de su programa, pues los imperativos de la guerra le obligaron a permanecer en Las Villas.

Liquidados los regimientos que asaltaron la Sierra Maestra; vuelto el frente a su nivel natural y aumentadas nuestras tropas en efectivo y en moral, se decidió iniciar la marcha sobre Las Villas, provincia céntrica. En la orden militar dictada se me indicaba como principal labor estratégica, la de cortar sistemáticamente las comunicaciones entre ambos extremos de la isla; se me ordenaba, además, establecer relaciones con todos los grupos políticos que hubiera en los macizos montañosos de esa región, y

amplias facultades para gobernar militarmente la zona a mi cargo Con esas instrucciones y pensando llegar en cuatro días, íbamos a iniciar la marcha, en camiones, el 30 de agosto de 1958, cuando un accidente fortuito interrumpió nuestros planes: esa noche llegaba una camioneta portando uniformes y la gasolina necesaria para los vehículos que ya estaban preparados, cuando también llegó por vía aérea un cargamento de armas a un aeropuerto cercano al camino. El avión fue localizado en el momento de aterrizar, a pesar de ser de noche, y el aeropuerto fue sistemáticamente bombardeado desde las veinte hasta las cinco de la mañana, hora en que quemamos el avión para evitar que cayera en poder del enemigo o siguiera el bombardeo diurno, con peores resultados. Las tropas enemigas avanzaron sobre el aeropuerto; interceptaron la camioneta con la gasolina, dejándonos a pie. Así fue como iniciamos la marcha el 31 de agosto, sin camioneta ni caballos, esperando encontrarlos luego de cruzar la carretera de Manzanillo a Bayamo. Efectivamente, cruzándola encontramos los camiones, pero también —el día primero de septiembre— un feroz ciclón que inutilizó todas las vías de comunicación, salvo la carretera central, única pavimentada en esta región de Cuba, obligándonos a desechar el transporte en vehículos. Había que utilizar, desde ese momento, el caballo, o ir a pie. Andábamos cargados con bastante parque, una bazoka con cuarenta proyectiles y todo lo necesario para una larga jornada y el establecimiento rápido de un campamento.

Se fueron sucediendo días que ya se tornaban difíciles a pesar de estar en el territorio

amigo de Oriente: cruzando ríos desbordados, canales y arroyuelos convertidos en ríos, luchando fatigosamente para impedir que se nos mojara el parque, las armas, los obuses; buscando caballos y dejando los caballos cansados detrás; huyendo a las zonas pobladas a medida que nos alejábamos de la provincia oriental.

Caminábamos por difíciles terrenos anegados, sufriendo el ataque de plagas de mosquitos que hacían insoportables las horas de descanso; comiendo poco y mal, bebiendo agua de ríos pantanosos o simplemente de pantanos. Nuestras jornadas empezaron a dilatarse y a hacerse verdaderamente horribles. Ya a la semana de haber salido del campamento, cruzando el río Jobabo, que limita las provincias de Camagüey y Oriente, las fuerzas estaban bastante debilitadas. Este río, como todos los anteriores y como los que pasaríamos después, estaba crecido. También se hacía sentir la falta de calzado en nuestra tropa, muchos de cuyos hombres iban descalzos y a pie por los fangales del sur de Camagüey.

La noche del 9 de septiembre, entrando en el lugar conocido por La Federal, nuestra vanguardia cayó en una emboscada enemiga, muriendo dos valiosos compañeros; pero, el resultado más lamentable fue el ser localizados por las fuerzas enemigas, que de allí en adelante no nos dieron tregua. Tras un corto combate se redujo a la pequeña guarnición que allí había, llevándonos cuatro prisioneros. Ahora debíamos marchar con mucho cuidado, debido a que la aviación conocía nuestra ruta aproximada. Así llegamos, uno o dos días después, a un lugar conocido por Laguna Grande, junto a la fuerza de

Camilo, mucho mejor montada que la nuestra. Esta zona es digna de recuerdo por la cantidad extraordinaria de mosquitos que había, imposibilitándonos en absoluto descansar sin mosquitero, y no todos lo teníamos.

Son días de fatigantes marchas por extensiones desoladas, en las que sólo hay agua y fango, tenemos hambre, tenemos sed y apenas si se puede avanzar porque las piernas pesan como plomo y las armas pesan descomunalmente. Seguimos avanzando con mejores caballos, que Camilo nos deja al tomar camiones, pero tenemos que abandonarlos en las inmediaciones del central Macareño. Los prácticos que debían enviarnos no llegaron y nos lanzamos sin más, a la aventura. Nuestra vanguardia choca con una posta enemiga en el lugar llamado Cuatro Compañeros, y empieza la agotadora batalla. Era el amanecer, y logramos reunir, con mucho trabajo, una gran parte de la tropa, en el mayor cayo de monte que había en la zona, peso el ejército avanzaba por los lados y tuvimos que pelear duramente para hacer factible el paso de algunos rezagados nuestros por una línea férrea, rumbo al monte. La aviación nos localizó entonces, iniciando un bombardeo los B-26, los C-47, los grandes C-3 de observación y las avionetas, sobre un área no mayor de doscientos metros de flanco. Después de todo, nos retiramos dejando un muerto por una bomba y llevando varios heridos, entre ellos al Capitán Silva, que hizo todo el resto de la invasión con un hombro fracturado.

El panorama, al día siguiente, era menos desolador, pues aparecieron varios de los rezagados y logramos reunir a toda la tropa, menos

10 hombres que seguirían a incorporarse con la columna de Camilo y con éste llegarían basta el frente norte de la provincia de Las Villas, en Yaguajay.

Nunca nos faltó, a pesar de las dificultades, el aliento campesino. Siempre encontrábamos alguno que nos sirviera de guía, de práctico, o que nos diera el alimento imprescindible para seguir. No era, naturalmente, el apoyo unánime de todo el pueblo que teníamos en Oriente; pero, siempre hubo quien nos ayudara. En oportunidades se nos delató, apenas cruzábamos una finca, pero eso no se debía a una acción directa del campesinado contra nosotros, sino a que las condiciones de vida de esta gente las convierte en esclavos del dueño de la finca y, temerosos de perder su sustento diario, comunicaban al amo nuestro paso por esa región y éste se encargaba de avisarle graciosamente a las autoridades militares.

Una tarde escuchábamos por nuestra radio de campaña un parte dado por el General Francisco Tabernilla Dolz, por esa época, con toda su prepotencia de matón, anunciando la destrucción de las hordas dirigidas por *Che* Guevara y dando una serie de datos de muertos, de heridos, de nombres de todas clases, que eran el producto del botín recogido en nuestras mochilas al sostener ese encuentro desastroso con el enemigo unos días antes, todo eso mezclado con datos falsos de la cosecha del Estado Mayor del ejército. La noticia de nuestra falsa muerte provocó en la tropa una reacción de alegría; sin embargo, el pesimismo iba ganándola poco a poco: el hambre y la sed, el cansancio, la sensación de impotencia frente a las fuerzas enemi-

gas que cada vez nos cercaban más y, sobre todo, la terrible enfermedad de los pies conocida por los campesinos con el nombre de mazamorra —que convertía en un martirio intolerable cada paso dado por nuestros soldados—, habían hecho de éste un ejército de sombras. Era difícil adelantar; muy difícil. Día a día, empeoraban las condiciones físicas de nuestra tropa y las comidas, un día sí, otro no, otro tal vez, en nada contribuían a mejorar ese nivel de miseria, que estábamos soportando. Pasamos los días más duros cercados en las inmediaciones del central Baraguá, en pantanos pestilentes, sin una gota de agua potable, atacados continuamente por la aviación, sin un solo caballo que pudiera llevar por ciénagas inhóspitas a los más débiles, con los zapatos totalmente destrozados por el agua fangosa de mar, con plantas que lastimaban los pies descalzos, nuestra situación era realmente desastrosa al salir trabajosamente del cerco de Baraguá y llegar a la famosa trocha de Júcaro a Morón, lugar de evocación histórica por haber sido escenario de cruentas luchas entre patriotas y españoles en la guerra de la independencia No teníamos tiempo de recuperarnos ni siquiera un poco cuando un nuevo aguacero, inclemencias del clima, además de los ataques del enemigo o las noticias de su presencia, volvían a imponernos la marcha. La tropa estaba cada vez más cansada y descorazonada. Sin embargo, cuando la situación era más tensa, cuando ya solamente al imperio del insulto, de ruegos, de exabruptos de todo tipo, podía hacer caminar a la gente exhausta, una sola visión en lontananza animó sus rostros e infundió nuevo espíritu a la

guerrilla. Esa visión fue una mancha azul hacia el Occidente, la mancha azul del macizo montañoso de Las Villas, visto por vez primera por nuestros hombres.

Desde ese momento las mismas privaciones, o parecidas, fueron encontradas mucho más clementes, y todo se antojaba más fácil. Eludimos el último cerco, cruzando a nado el río Júcaro, que divide las provincias de Camagüey y Las Villas, y ya pareció que algo nuevo nos alumbraba.

Dos días después estábamos en el corazón de la cordillera Trinidad Sancti Spiritus, a salvo, listos para iniciar la otra etapa de la guerra. El descanso fue de otros dos días, porque inmediatamente debimos proseguir nuestro camino y ponernos en disposición de impedir las elecciones que iban a efectuarse el 3 de noviembre. Habíamos llegado a la región de montañas de Las Villas el 16 de octubre. El tiempo era corto y la tarea enorme. Camilo cumplía su parte en el norte, sembrando el temor entre los hombres de la dictadura.

Nuestra tarea, al llegar por primera vez a la Sierra del Escambray, estaba precisamente definida: había que hostilizar al aparato militar de la dictadura, sobre todo en cuanto a sus comunicaciones. Y como objetivo inmediato, impedir la realización de las elecciones. Pero el trabajo se dificultaba por el escaso tiempo restante y por las desuniones entre los factores revolucionarios, que se habían traducido en reyertas intestinas que muy caro costaron, inclusive en vidas humanas.

Debíamos atacar a las poblaciones vecinas, para impedir la realización de los comicios, y se

establecieron los planes para hacerlo simultáneamente en las ciudades de Cabaiguán, Fomento y Sancti Spíritus, en los ricos llanos del centro de la isla, mientras se sometía el pequeño cuartel de Güinía de Miranda —en las montañas— y, posteriormente, se atacaba el de Banao con escasos resultados. Los días anteriores al 3 de noviembre, fecha de las elecciones, fueron de extraordinaria actividad: nuestras columnas se movilizaron en todas direcciones, impidiendo casi totalmente la afluencia a las urnas de los votantes de esas zonas. Las tropas de Camilo Cienfuegos, en la parte norte de la provincia, paralizaron la farsa electoral. En general, desde el transporte de los soldados de Batista hasta el tráfico de mercancía, quedaron detenidos.

En Oriente, prácticamente no hubo votación; en Camagüey, el porcentaje fue un poquito más elevado, y en la zona occidental, a pesar de todo, se notaba un retraimiento popular evidente. Este retraimiento se logró en Las Villas en forma espontánea, ya que no hubo tiempo de organizar sincronizadamente la resistencia pasiva de las masas y la actividad de las guerrillas

Se sucedían en Oriente sucesivas batallas en los frentes primero y segundo, aunque también en el tercero —con la columna Antonio Guiteras—, que presionaba insistente sobre Santiago de Cuba, la capital provincial. Salvo las cabeceras de los municipios, nada conservaba el gobierno en Oriente.

Muy grave se estaba haciendo, además, la situación en Las Villas, por la acentuación de los ataques a las vías de comunicación. Al llegar, cambiamos en total el sistema de lucha en

las ciudades, puesto que a toda marcha trasladamos los mejores milicianos de las ciudades al campo de entrenamiento, para recibir instrucción de sabotaje que resultó efectivo en las áreas suburbanas.

Durante los meses de noviembre y diciembre de 1958 fuimos cerrando gradualmente las carreteras. El capitán Silva bloqueó totalmente la carretera de Trinidad a Sancti Spíritus y la carretera central de la isla fue seriamente dañada cuando se interrumpió el Puente sobre el río Tuinucú, sin llegarse a derrumbar; el ferrocarril central fue cortado en varios puntos, agregando que el circuito sur estaba interrumpido por el segundo frente y el circuito norte cerrado por las tropas de Camilo Cienfuegos, por lo que la isla quedó dividida en dos partes. La zona más convulsionada, Oriente, solamente recibía ayuda del gobierno por aire y mar, en una forma cada vez más precaria. Los síntomas de descomposición del enemigo aumentaban.

Hubo que hacer en el Escambray una intensísima labor en favor de la unidad revolucionaria, ya que existía un grupo dirigido por el Comandante Gutiérrez Menoyo (Segundo Frente Nacional del Escambray), otro del Directorio Revolucionario (capitaneado por los comandantes Faure Chomón y Rolando Cubela), otro pequeño de la Organización Auténtica (OA), otro del Partido Socialista Popular (comandado por Torres), y nosotros; es decir, cinco organizaciones diferentes actuando con mandos también diferentes y en una misma provincia. Tras laboriosas conversaciones que hube de tener con sus respectivos jefes, se llegó a una serie de acuerdos entre las partes y se pudo ir a la integración de un frente aproximadamente común.

A partir del 16 de diciembre las roturas sistemáticas de los puentes y todo tipo de comunicación habían colocado a la dictadura en situación difícil para defender sus puestos avanzados y aun los mismos de la carretera central. En la madrugada de ese día fue roto el puente sobre el río Falcón, en la carretera central, y prácticamente interrumpidas las comunicaciones entre La Habana y las ciudades al este de Santa Clara, capital de Las Villas, así como una serie de poblados —el más meridional, Fomento— era sitiado y atacado por nuestras fuerzas. El jefe de la plaza se defendió más o menos eficazmente durante algunos días, pero a pesar del castigo de la aviación a nuestro Ejército Rebelde, las desmoralizadas tropas de la dictadura no avanzaban por tierra en apoyo de sus compañeros. Comprobando la inutilidad de toda resistencia, se rindieron, y más de cien fusiles fueron incorporados a las fuerzas de la libertad.

Sin darle tregua al enemigo, decidimos paralizar de inmediato la carretera central, y el día 21 de diciembre se atacó simultáneamente a Cabaiguán y Guayos, sobre la misma. En pocas horas se rendía este último poblado y dos días después, Cabaiguán con sus noventa soldados. (La rendición de los cuarteles se pactaba sobre la base política de dejar en libertad a la guarnición, condicionado a que saliera de territorio libre. De esa manera se daba la oportunidad de entregar las armas y salvarse.) En Cabaiguán se demostró de nuevo la ineficacia de la dictadura que en ningún momento reforzó con infantería a los sitiados.

Camilo Cienfuegos atacaba en la zona norte de Las Villas a una serie de poblados a los que

iba reduciendo, a la vez que establecía el cerco a Yaguajay, último reducto donde quedaban tropas de la tiranía al mando de un capitán de ascendencia china, que resistió once días, impidiendo la movilización de las tropas revolucionarias de la región, mientras las nuestras seguían ya por la carretera central avanzando hacia Santa Clara, la capital.

Caído Cabaiguán, nos dedicamos a atacar a Placetas, rendido en un solo día de lucha, en colaboración activa con la gente del Directorio Revolucionario. Después de tomar Placetas, liberamos en rápida sucesión a Remedios y a Caibarién, en la costa norte, y puerto importante el segundo. El panorama se iba ensombreciendo para la dictadura, porque a las continuas victorias obtenidas en Oriente, el Segundo Frente del Escambray derrotaba pequeñas guarniciones y Camilo Cienfuegos controlaba el norte.

Al retirarse el enemigo de Camajuaní, sin ofrecer resistencia, quedamos listos para el asalto definitivo a la capital de la provincia de Las Villas. (Santa Clara es el eje del llano central de la isla, con 150,000 habitantes, centro ferroviario y de todas las comunicaciones del país.) Está rodeada por pequeños cerros pelados, los que estaban tomados previamente por las tropas de la dictadura.

En el momento del ataque, nuestras fuerzas habían aumentado considerablemente su fusilería, en la toma de distintos puntos y en algunas armas pesadas que carecían de municiones. Teníamos una bazooka sin proyectiles y debíamos luchar contra una decena de tanques, pero también sabíamos que, para hacerlo con

efectividad, necesitábamos llegar a los barrios poblados de la ciudad, donde el tanque disminuye en mucho su eficacia

Mientras las tropas del Directorio Revolucionario se encargaban de tomar el cuartel Núm. 31 de la guardia rural, nosotros nos dedicábamos a sitiar casi todos los puestos fuertes de Santa Clara; aunque, fundamentalmente, establecíamos nuestra lucha contra los defensores del tren blindado situado a la entrada del camino de Camajuaní posiciones defendidas con tenacidad por el ejército, con un equipo excelente para nuestras posibilidades.

El 29 de diciembre iniciamos la lucha. La Universidad había servido en un primer momento, de base de operaciones. Después establecimos comandancias más cerca del centro de la ciudad. Nuestros hombres se batían contra tropas apoyadas por unidades blindadas y las ponían en fuga, pero muchos de ellos pagaron con la vida su arrojo y los muertos y heridos empezaron a llenar los improvisados cementerios y hospitales.

Recuerdo un episodio que era demostrativo del espíritu de nuestra fuerza en esos días finales. Yo había amonestado a un soldado, por estar durmiendo en pleno combate y me contestó que lo habían desarmado por habérsele escapado un tiro. Le respondí con mi sequedad habitual: "Gánate otro fusil yendo desarmado a la primera línea... si eres capaz de hacerlo". En Santa Clara, alentando a los heridos en el Hospital de Sangre, un moribundo me tocó la mano y dijo: "¿Recuerda, comandante? Me mandó a buscar el arma en Remedios... y me la gané aquí". Era el combatiente del tiro escapado,

quien minutos después moría, y me lució contento de haber demostrado su valor. Así es nuestro Ejército Rebelde.

Las lomas del Cápiro seguían firmes y allí estuvimos luchando durante todo el día 30, tomando gradualmente al mismo tiempo distintos puntos de la ciudad. Ya en ese momento se habían cortado las comunicaciones entre el centro de Santa Clara y el tren blindado. Sus ocupantes, viéndose rodeados en las lomas del Cápiro trataron de fugarse por la vía férrea y con todo su magnífico cargamento cayeron en el ramal destruido previamente por nosotros, descarrilándose la locomotora y algunos vagones. Se estableció entonces una lucha muy interesante en donde los hombres eran sacados con cócteles Molotov del tren blindado, magníficamente protegidos aunque dispuestos sólo a luchar a distancia, desde cómodas posiciones y contra un enemigo prácticamente inerme, al estilo de los colonizadores con los indios del este norteamericano. Acosados por hombres que, desde puntos cercanos y vagones inmediatos lanzaban botellas de gasolina encendida, el tren se convertía —gracias a las chapas del blindaje— en un verdadero horno para los soldados. En pocas horas se rendía la dotación completa, con sus 22 vagones, sus cañones antiaéreos, sus ametralladoras del mismo tipo, sus fabulosas cantidades de municiones (fabulosas para lo exiguo de nuestras dotaciones, claro está).

Se había logrado tomar la central eléctrica y toda la parte noroeste de la ciudad, dando al aire el anuncio de que Santa Clara estaba casi en poder de la revolución. En aquel anuncio que di como Comandante en Jefe de las fuerzas

armadas de Las Villas, recuerdo que tenía el dolor de comunicar al pueblo de Cuba la muerte del Capitán Roberto Rodríguez el *Vaquerito*, pequeño de estatura y de edad, jefe del "Pelotón Suicida", quien jugó con la muerte una y mil veces en lucha por la libertad. El "Pelotón Suicida" era un ejemplo de moral revolucionaria, y a ese solamente iban voluntarios escogidos. Sin embargo cada vez que un hombre moría —y eso ocurría en cada combate— al hacerse la designación del nuevo aspirante, los desechados realizaban escenas de dolor que llegaban hasta el llanto. Era curioso ver a los curtidos y nobles guerreros, mostrando su juventud en el despecho de unas lágrimas, por no tener el honor de estar en el primer lugar de combate y de muerte.

Después caía la Estación de Policía, entregando los tanques que la defendían y, en rápida sucesión se rendían al Comandante Cubela el Cuartel Nº 31 a nuestras fuerzas, la Cárcel, la Audiencia, el Palacio del Gobierno Provincial, el Gran Hotel, donde los francotiradores se mantuvieron disparando desde el décimo piso casi hasta el final de la lucha.

En ese momento sólo quedaba por rendirse el Cuartel "Leoncio Vidal", la mayor fortaleza del centro de la isla. Pero ya el día primero de enero de 1959 había síntomas de debilidad creciente entre las fuerzas defensoras. En la mañana de ese día mandamos a los Capitanes Núñez Jiménez y Rodríguez de la Vega a pactar la rendición del Cuartel. Las noticias eran contradictorias y extraordinarias: Batista había huido ese día, desmoronándose la jefatura de las fuerzas armadas. Nuestros dos delegados establecían contacto por radio con Cantillo, ha-

ciéndole conocer la oferta de rendición, pero éste estimaba que no era posible aceptarla porque constituía un ultimátum y que el había ocupado la jefatura del ejército siguiendo instrucciones precisas del líder Fidel Castro. Hicimos inmediato contacto con Fidel, anunciándole las nuevas, pero dándole la opinión nuestra sobre la actitud traidora de Cantillo, opinión que coincidía absolutamente con la suya (Cantillo permitió en esos momentos decisivos que se fugaran todos los grandes responsables del gobierno de Batista, y su actitud era más triste si se considera que fue un oficial que hizo contacto con nosotros y en quien confiamos como un militar con pundonor).

Los resultados siguientes son por todos conocidos: la negativa de Castro a reconocerle; su orden de marchar sobre la ciudad de La Habana; la posesión por el General Barquín de la jefatura del ejército, luego de salir de la prisión de Isla de Pinos, la toma de la Ciudad Militar de Columbia por Camilo Cienfuegos y de la Fortaleza de la Cabaña por nuestra Columna Ocho, y la instauración final, en cortos días, de Fidel Castro como Primer Ministro del Gobierno Provisional. Todo esto pertenece a la historia política actual del país.

Ahora estamos colocados en una posición en la que somos mucho más de simples factores de una nación; constituimos en este momento la esperanza de la América irredenta. Todos los ojos —los de los grandes opresores y los de los esperanzados— están fijos en nosotros. De nuestra actitud futura que presentemos, de nuestra capacidad para resolver los múltiples problemas, depende en gran medida el desarrollo de

los movimientos populares en América, y cada paso que damos está vigilado por los ojos omnipresentes del gran acreedor y por los ojos optimistas de nuestros hermanos de América.

Con los pies firmemente asentados en la tierra, empezamos a trabajar y a producir nuestras primeras obras revolucionarias, enfrentándonos con las primeras dificultades. Pero ¿cuál es el problema fundamental de Cuba sino el mismo de toda América, el mismo incluso del enorme Brasil, con sus millones de kilómetros cuadrados, con su país de maravilla que es todo un continente? La monoproducción. En Cuba somos esclavos de la caña de azúcar, cordón umbilical que nos ata al gran mercado norteño. Tenemos que diversificar nuestra producción agrícola, estimular la industria y garantizar que nuestros productos agrícolas y mineros y —en un futuro inmediato— nuestra producción industrial vaya a los mercados que nos convengan por intermedio de nuestra propia línea de transporte.

La primera gran batalla del gobierno se dará con la Reforma Agraria, que será audaz, integral, pero flexible, destruirá el latifundio en Cuba aunque no los medios de producción cubanos. Será una batalla que absorba en buena parte la fuerza del pueblo y del gobierno durante los años venideros. La tierra se dará al campesino gratuitamente Y se pagará a quien demuestre haberla poseído honradamente con bonos de rescate a largo plazo: pero también se dará ayuda técnica al campesino, se garantizarán los mercados para los productos del suelo y se canalizará la producción con un amplio sentido nacional de aprovechamiento en conjunción

con la gran batalla de la Reforma Agraria, que permita a las incipientes industrias cubanas en breve tiempo, competir con las monstruosas de los países en donde el capitalismo ha alcanzado su más alto grado de desarrollo. Simultáneamente con la creación del nuevo mercado interno que logrará la Reforma Agraria, y la distribución de productos nuevos que satisfagan a un mercado naciente, surgirá la necesidad de exportar algunos productos y hará falta el instrumento adecuado para llevarlos a uno y a otro punto del mundo. Dicho instrumento será una flota mercante, que la ley de fomento marítimo ya aprobada prevee. Con esas armas elementales, los cubanos iniciaremos la lucha por la liberación total del territorio. Todos sabemos que no será fácil, pero todos estamos conscientes de la enorme responsabilidad histórica del Movimiento 26 de Julio, de la Revolución Cubana, de la nación en general, para constituir un ejemplo para todos los pueblos de América, a los que no debemos defraudar.

Pueden tener seguridad nuestros amigos del continente insumiso que, si es necesario, lucharemos hasta la última consecuencia económica de nuestros actos y si se lleva más lejos aún la pelea, lucharemos hasta la última gota de nuestra sangre rebelde, para hacer de esta tierra una república soberana, con los verdaderos atributos de una nación feliz, democrática y fraternal de sus hermanos de América.

LIDIA Y CLODOMIRA

Conocí a Lidia, apenas a unos seis meses de iniciada la gesta revolucionaria. Estaba recién estrenado como comandante de la Cuarta Columna y bajábamos, en una incursión relámpago, a buscar víveres al pueblecito de San Pablo de Yao, cerca de Bayamo, en las estribaciones de la Sierra Maestra. Una de las primeras casas de la población pertenecía a una familia de panaderos. Lidia, mujer de unos cuarenta y cinco años, era uno de los dueños de la panadería. Desde el primer momento, ella, cuyo único hijo había pertenecido a nuestra columna, se unió entusiastamente y con una devoción ejemplar a los trabajos de la revolución.

Cuando evoco su nombre, hay algo más que una apreciación cariñosa hacia la revolucionaria sin tacha, pues tenía ella una devoción particular por mi persona que la conducía a trabajar preferentemente a mis órdenes, cualquiera que fuera el frente de operaciones al cual yo fuera asignado. Incontables son los hechos en

que Lidia intervino en calidad de mensajera especial, mía o del Movimiento. Llevó a Santiago de Cuba y a La Habana los más comprometedores papeles, todas las comunicaciones de nuestra columna, los números del periódico *El Cubano Libre*; traía también el papel, traía medicinas, traía, en fin, lo que fuera necesario, y todas las veces que fuera necesario.

Su audacia sin límites hacía que los mensajeros varones eludieran su compañía. Recuerdo siempre las apreciaciones, entre admirativas y ofuscadas, de uno de ellos que me decía: "Esa mujer tiene más... que Maceo, pero nos va a hundir a todos; las cosas que hace son de loco, este momento no es de juego." Lidia, sin embargo, seguía cruzando una y otra vez las líneas enemigas.

Me trasladaron a la zona de la Mina del Frío, en las Vegas de Jibacoa, y allí fue ella dejando el campamento auxiliar del cual había sido jefa, durante un tiempo, y a los hombres a los que mandó gallardamente y, hasta un poco, tiránicamente, provocando cierto resquemor entre los cubanos no acostumbrados a estar bajo el mando de una mujer. Ese puesto era el más avanzado de la revolución, situado en un lugar denominado la Cueva, entre Yao y Bayamo. Hube de quitarle el mando porque era una posición demasiado peligrosa y, después de localizada, eran muchas las veces que los muchachos tenían que salir a punta de bala de ese lugar. Traté de quitarla definitivamente de allí pero sólo lo consegní cuando me siguió al nuevo frente de combate.

Entre las anécdotas demostrativas del carácter de Lidia recuerdo ahora el día en que murió

un gran combatiente imberbe de apellido Geilín, de Cárdenas. Este muchacho integraba nuestra avanzada en el campamento cuando Lidia estaba allí. Al ella ir hacia el mismo, retornando de una misión, vio a los guardias que avanzaban sigilosamente sobre el puesto, respondiendo sin duda a algún "chivatazo". La reacción de Lidia fue inmediata; sacó su pequeño revólver 32 para dar la alarma con un par de tiros al aire; manos amigas se lo impidieron a tiempo, pues les hubiera costado la vida a todos; sin embargo, los soldados avanzaron y sorprendieron la posta del campamento. Guillermo Geilín se defendió bravamente hasta que, herido dos veces, sabiendo lo que le pasaría después si caía vivo en manos de los esbirros, se suicidó. Los soldados llegaron, quemaron lo que había quemable y se fueron. Al día siguiente encontré a Lidia. Su gesto indicaba la más grande desesperación por la muerte del pequeño combatiente y también la indignación contra la persona que le había impedido dar la alarma A mí me mataban, decía, pero se hubiera salvado el muchacho; yo, ya soy vieja, él no tenía 20 años. Ese era el tema central de sus conversaciones. A veces parecía que había un poco de alarde en su continuo desprecio verbal por la muerte, sin embargo, todos los trabajos encomendados eran cumplidos a perfección.

Ella conocía cómo me gustaban los cachorros y siempre estuvo prometiéndome traer uno de La Habana sin poder cumplir su promesa. En los días de la gran ofensiva del ejército, llevó Lidia, a cabalidad, su misión. Entró y salió de la sierra, trajo y llevó documentos importantísimos, estableciendo nuestras conexiones con

el mundo exterior. La acompañaba otra combatiente de su estirpe, de quien no recuerdo más que el nombre, como casi todo el Ejército Rebelde que la conoce y la venera: Clodomira. Lidia y Clodomira ya se habían hecho inseparables compañeras de peligro; iban y venían juntas de un lado a otro.

Había ordenado a Lidia que, apenas llegada a Las Villas, después de la invasión, se pusiera en contacto conmigo, pues debía ser el principal medio de comunicación con La Habana y con la Comandancia General de la Sierra Maestra. Llegué, y a poco encontramos su carta en la cual me anunciaba que me tenía un cachorro listo para regalármelo y que me lo traería en el próximo viaje. Ese fue el viaje que Lidia y Clodomira nunca realizaron. A poco me enteré que la debilidad de un hombre, cien veces inferior como hombre, como combatiente, como revolucionario o como persona, había permitido la localización de un grupo entre los que estaban Lidia y Clodomira. Nuestros compañeros se defendieron hasta la muerte; Lidia estaba herida cuando la llevaron. Sus cuerpos han desaparecido; están durmiendo su último sueño, Lidia y Clodomira, sin duda juntas como juntas lucharon en los últimos días de la gran batalla por la libertad.

Tal vez algún día se encuentren sus restos en algún albañal o en algún campo solitario de este enorme cementerio que fue la isla entera. Sin embargo, dentro del Ejército Rebelde, entre los que pelearon y se sacrificaron en aquellos días angustiosos, vivirá eternamente la memoria de las mujeres que hacían posible con su riesgo cotidiano las comunicaciones por toda la

isla, y, entre todas ellas, para nosotros, para los que estuvimos en el Frente Nº 1 y, personalmente, para mí, Lidia ocupa un lugar de preferencia. Por eso hoy vengo a dejar en homenaje estas palabras de recuerdo, como una modesta flor, ante la tumba multitudinaria que abrió sus miles de bocas en nuestra isla otrora alegre.

EL PATOJO

Hace algunos días, al referirse a los acontecimientos de Guatemala, el cable traía la noticia de la muerte de algunos patriotas y, entre ellos, la de Julio Roberto Cáceres Valle.

En este afanoso oficio de revolucionario, en medio de luchas de clases que convulsionan el continente entero, la muerte es un accidente frecuente. Pero la muerte de un amigo, compañero de horas difíciles y de sueños de horas mejores, es siempre doloroso para quien recibe la noticia y Julio Roberto fue un gran amigo. Era de muy pequeña estatura, de físico más bien endeble; por ello le llamábamos *El Patojo*, modismo guatemalteco que significa pequeño, niño.

El Patojo, en México había visto nacer el proyecto de la revolución, se había ofrecido como voluntario, además; pero Fidel no quiso traer más extranjeros a esta empresa de liberación nacional en la cual me tocó el honor de participar.

A los pocos días de triunfar la revolución, vendió sus pocas cosas y con una maleta se presentó ante mí, trabajó en varios lugares de la administración pública y llegó a ser el primer jefe de personal del Departamento de Industrialización del INRA, pero nunca estaba contento con su trabajo. *El Patojo* buscaba algo distinto, buscaba la liberación de su país; como en todos nosotros, una profunda transformación se había producido en él, el muchacho azorado que abandonaba Guatemala sin explicarse bien la derrota, hasta el revolucionario consciente que era ahora.

La primera vez que nos vimos fue en el tren, huyendo de Guatemala un par de meses después de la caída de Arbenz; íbamos hasta Tapachula de donde deberíamos llegar a México. *El Patojo* era varios años menor que yo, pero enseguida entablamos una amistad que fue duradera. Hicimos juntos el viaje desde Chiapas hasta la ciudad de México, juntos afrontamos el mismo problema, los dos sin dinero derrotados teniendo que ganarnos la vida en un medio indiferente cuando no hostil.

El Patojo no tenía ningún dinero y yo algunos pesos, compré una máquina fotográfica y, juntos nos dedicamos a la tarea clandestina de sacar fotos en los parques, en sociedad con un mexicano que tenía un pequeño laboratorio donde revelábamos. Conocimos toda la ciudad de México, caminándola de una punta a la otra para entregar las malas fotos que sacábamos, luchamos con toda clase de clientes para convencerlos de que realmente el niñito fotografiado lucía muy lindo y que valía la pena pagar un peso mexicano por esa maravilla. Con este

oficio comimos varios meses, poco a poco nos fuimos abriendo paso y las contingencias de la vida revolucionaria nos separaron. Ya he dicho que Fidel no quiso traerlo, no por ninguna cualidad negativa suya sino por no hacer de nuestro ejército un mosaico de nacionalidades.

El Patojo siguió su vida trabajando en el periodismo, estudiando física en la Universidad de México, dejando de estudiar, retomando la carrera, sin avanzar mucho nunca, ganándose el pan en varios lugares y con oficios distintos, sin pedir nada. De aquel muchacho sensible y concentrado, todavía hoy no puedo saber si fue inmensamente tímido o demasiado orgulloso para reconocer algunas debilidades y sus problemas más íntimos, para acercarse al amigo a solicitar la ayuda requerida. *El Patojo* era un espíritu introvertido, de una gran inteligencia, dueño de una cultura amplia y en constante desarrollo, de una profunda sensibilidad que estaba puesta, en los últimos tiempos, al servicio de su pueblo. Hombre de partido ya, pertenecía al PGT, se había disciplinado en el trabajo y estaba madurando como un gran cuadro revolucionario. De su susceptibilidad, de las manifestaciones de orgullo de antaño, poco quedaba. La revolución limpia a los hombres, los mejora como el agricultor experimentado corrige los defectos de la planta e intensifica las buenas cualidades.

Después de llegar a Cuba vivimos casi siempre en la misma casa, como correspondía a una vieja amistad. Pero la antigua confianza mutua no podía mantenerse en esta nueva vida y solamente sospeché lo que *El Patojo* quería cuando a veces lo veía estudiando con ahínco

alguna lengua indígena de su patria. Un día me dijo que se iba, que había llegado la hora y que debía cumplir con su deber.

El Patojo no tenía instrucción militar, simplemente sentía que su deber lo llamaba e iba a tratar de luchar en su tierra con las armas en la mano para repetir en alguna forma nuestra lucha guerrillera. Tuvimos una de las pocas conversaciones largas de esta época cubana; me limité a recomendarle encarecidamente tres puntos: movilidad constante, desconfianza constante, vigilancia constante. Movilidad, es decir, no estar nunca en el mismo lugar, no pasar dos noches en el mismo sitio, no dejar de caminar de un lugar para otro. Desconfianza, desconfiar al principio hasta de la propia sombra, de los campesinos amigos, de los informantes, de los guías, de los contactos; desconfiar de todo, hasta tener una zona liberada. Vigilancia; postas constantes, exploraciones constantes, establecimiento del campamento en lugar seguro y, por sobre todas estas cosas, nunca dormir bajo techo, nunca dormir en una casa donde se pueda ser cercado. Era lo más sintético de nuestra experiencia guerrillera, lo único, junto con un apretón de manos, que podía dar al amigo. ¿Aconsejarle que no lo hiciera?, ¿con qué derecho, si nosotros habíamos intentado algo cuando se creía que no se podía, y ahora, él sabía que era posible?

Se fue *El Patojo* y, al tiempo, llegó la noticia de su muerte. Como siempre, al principio había esperanzas de que dieran un nombre cambiado, de que hubiera alguna equivocación, pero ya, desgraciadamente, está reconocido el cadáver por su propia madre: no hay dudas de que murió. Y

no él solo, sino un grupo de compañeros con él, tan valiosos, tan sacrificados, tan inteligentes quizás, pero no conocidos personalmente por nosotros.

Queda una vez más el sabor amargo del fracaso, la pregunta nunca contestada: ¿por qué no hacer caso de las experiencias ajenas?, ¿por qué no se atendieron más las indicaciones tan simples que se daban? La averiguación insistente y curiosa de cómo se producía el hecho, de cómo había muerto *El Patojo*. Todavía no se sabe muy bien lo ocurrido, pero se puede decir que la zona fue mal escogida, que no tenían preparación física los combatientes, que no se tuvo la suficiente desconfianza, que no se tuvo por supuesto, la suficiente vigilancia. El ejército represivo los sorprendió, mató unos cuantos, los dispersó, los volvió a perseguir y, prácticamente, los aniquiló; algunos tomándolos prisioneros, otros, como *El Patojo*, muertos en el combate. Después de perdida la unidad de la guerrilla el resto probablemente haya sido la caza del hombre, como lo fue para nosotros en un momento posterior a Alegría de Pío.

Nueva sangre joven ha fertilizado los campos de América para hacer posible la libertad. Se ha perdido una nueva batalla; debemos hacer un tiempo para llorar a los compañeros caídos mientras se afilan los machetes y, sobre la experiencia valiosa y desgraciada de los muertos queridos, hacernos la firme resolución de no repetir errores, de vengar la muerte de cada uno con muchas batallas victoriosas y de alcanzar la liberación definitiva.

Cuando *El Patojo* se fue no me dijo que dejara nada atrás ni recomendó a nadie, ni tenía

casi ropa ni enseres personales en que preocuparse; sin embargo, los viejos amigos comunes de México me trajeron algunos versos que él había escrito y dejado allí en una libreta de notas. Son los últimos versos de un revolucionario pero, además, un canto de amor a la revolución, a la patria y a una mujer. A esa mujer que *El Patojo* conoció y quiso aquí en Cuba, vale la recomendación final de sus versos como un imperativo:

Toma, es sólo un corazón
tenlo en tu mano
y cuando llegue el día,
abre tu mano para que el Sol lo caliente...

El corazón de *El Patojo* ha quedado entre nosotros y espera que la mano amada y la mano amiga de todo un pueblo lo caliente bajo el sol del nuevo día que alumbrará sin duda para Guatemala y para toda América. Hoy, en el Ministerio de Industrias donde dejó muchos amigos, en homenaje a su recuerdo hay una pequeña Escuela de Estadística llamada "Julio Roberto Cáceres Valle". Después cuando la libertad llegue a Guatemala, allá deberá ir su nombre querido a una escuela, una fábrica, un hospital, a cualquier lugar donde se luche y se trabaje en la construcción de la nueva sociedad.

INDICE

Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril de 1996
en Impresiones SUD AMERICA - Andrés Ferreyra 3767/69, Capital